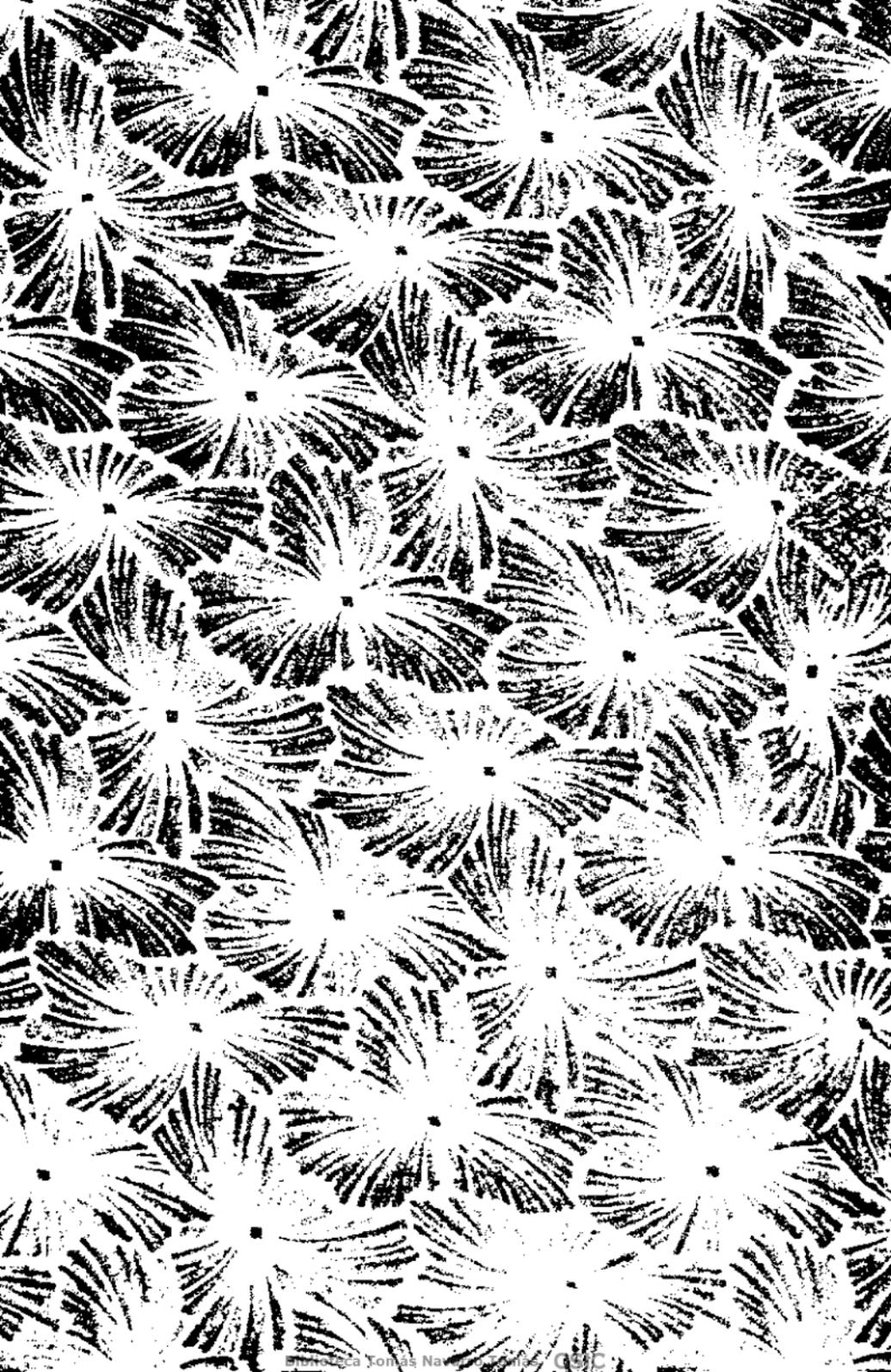


DUP

17417

E
1034





JUNTA PARA AMPLIACION
DE ESTUDIOS
INSTITUTO ESCUELA

BIBLIOTECA LITERARIA DEL
ESTUDIANTE XIX

POETAS
DE LOS SIGLOS XVI y XVII



P O E T A S
DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE
DIRIGIDA POR RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL
TOMO XIX

DOP/17417

POETAS

DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

SELECCION HECHA POR
P. BLANCO SUAREZ

Dibujos de F. Marco.



MADRID, MCMXXIII
INSTITUTO — ESCUELA
JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS

IMP. DE LA "REVISTA DE ARCHIVOS", OLÓZAGA, 1, MADRID



GARCILASO DE LA VEGA

Toledo, 1503—Niza (Francia), 1536.

EGLOGA PRIMERA

*A don Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca,
Virrey de Nápoles.*

SALICIO, NEMOROSO.

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
he de contar, sus quejas imitando;
cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores,
de pacer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
un nombre en todo el mundo,
y un grado sin segundo,
agora estés atento, solo y dado
al ínclito gobierno del Estado
albano; agora vuelto a la otra parte,
resplandeciente, armado,

representando en tierra el fiero Marte ;
agora de cuidados enojosos
y de negocios libre, por ventura
andes a caza, el monte fatigando
en ardiente jinete, que apresura
el curso tras los ciervos temerosos,
que en vano su morir van dilatando ;
espera, que en tornando
a ser restituído
al ocio ya perdido,
luego verás ejercitar mi pluma
por la infinita innumerable suma
de tus virtudes y famosas obras ;
antes que me consuma,
faltando a ti, que a todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino
viene a sacarme de la deuda un día,
que se debe a tu fama y a tu gloria ;
que es deuda general, no sólo mía,
mas de cualquier ingenio peregrino
que celebra lo dino de memoria ;
el árbol de vitoria
que ciñe estrechamente
tu gloriosa frente
dé lugar a la hiedra que se planta
debajo de tu sombra, y se levanta
poco a poco, arrimada a tus loores ;
y en cuanto esto se canta,
escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido,
rayaba de los montes el altura
el sol, cuando Salicio, recostado
al pie de un alta haya, en la verdura,
por donde un agua clara con sonido
atravesaba el fresco y verde prado ;
él, con canto acordado
al rumor que sonaba,
del agua que pasaba,
se quejaba tan dulce y blandamente
como si no estuviera de allí ausente
la que de su dolor culpa tenía ;
y así, como presente,
razonando con ella, le decía.

SALICIO

—¡ Oh más dura que mármol a mis quejas,
y al encendido fuego en que me quemo
más helada que nieve, Galatea !
Estoy muriendo, y aun la vida temo ;
témola con razón, pues tú me dejas ;
que no hay, sin ti, el vivir para qué sea.
Vergüenza he que me vea
ninguno en tal estado,
de ti desamparado,
y de mí mismo yo me corro agora.
¿ De un alma te desdeñas ser señora,
donde siempre moraste, no pudiendo
della salir un hora ?

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

El sol tiende los rayos de su lumbre
por montes y por valles, despertando
las aves y animales y la gente;
cuál por el aire claro va volando,
cuál por el verde valle o alta cumbre
paciendo va segura y libremente,
cuál con el sol presente
va de nuevo al oficio,
y al usado ejercicio
do su natura o menester le inclina:
siempre está en llanto esta ánima mezquina,
cuando la sombra el mundo va cubriendo
o la luz se avecina.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Y tú, desta mi vida ya olvidada,
sin mostrar un pequeño sentimiento
de que por ti Salicio triste muera,
dejas llevar, desconocida, al viento
el amor y la fe que ser guardada
eternamente sólo a mí debiera?
¡Oh Dios! ¿Por qué siquiera,
pues ves desde tu altura
esta falsa perjura
causar la muerte de un estrecho amigo,
no recibe del cielo algún castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿qué hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por ti el silencio de la selva umbrosa,
por ti la esquividad y apartamiento
del solitario monte me agradaba ;
por ti la verde yerba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba.

¡ Ay, cuánto me engañaba !

¡ Ay, cuán diferente era
y cuán de otra manera

lo que en tu falso pecho se escondía !

Bien claro con su voz me lo decía

la siniestra corneja, repitiendo

la desventura mía.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡ Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
reputándolo yo por desvarío,

vi mi mal entre sueños, desdichado !

Soñaba que en el tiempo del estío

llevaba, por pasar allí la siesta,

a beber en el Tajo mi ganado ;

y después de llegado,

sin saber de cuál arte,

por desusada parte

y por nuevo camino el agua se iba ;

ardiendo ya con la calor estiva,

el curso, enajenado, iba siguiendo

del agua fugitiva.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Tu dulce habla ¿ en cuya oreja suena ?

Tus claros ojos ¿a quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?
¿Cuál es el cuello que, como en cadena,
de tus hermosos brazos anudaste?
No hay corazón que baste,
aunque fuese de piedra,
viendo mi amada hiedra,
de mí arrancada, en otro muro asida,
y mi parra en otro olmo entretejida,
que no se esté con llanto deshaciendo
hasta acabar la vida.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Qué no se esperará de aquí adelante,
por difícil que sea y por incierto?

O ¿qué discordia no será juntada?

Y juntamente ¿qué tendrá por cierto,
o qué de hoy más no temerá el amante,
siendo a todo materia por ti dada?

Cuando tú enajenada

de mi cuidado fuiste,

notable causa diste

y ejemplo a todos cuantos cubre el cielo,

que el más seguro tema con recelo

perder lo que estuviere poseyendo.

Salid fuera sin duelo,

salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza
de alcanzar lo imposible y no pensado,

y de hacer juntar lo diferente,
dando a quien diste el corazón malvado,
quitándolo de mí con tal mudanza,
que siempre sonará de gente en gente.
La cordera paciente
con el lobo hambriento
hará su ayuntamiento,
y con las simples aves sin ruido
harán las bravas sierpes ya su nido;
que mayor diferencia comprendo
de ti al que has escogido.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Siempre de nueva leche en el verano
y en el invierno abundo en mi majada;
la manteca y el queso está sobrado;
de mi cantar, pues, yo te vi agradada,
tanto, que no pudiera el mantuano
Títilo ser de ti más alabado.

No soy, pues, bien mirado,
tan disforme ni feo;
que aun agora me veo
en esta agua que corre clara y pura,
y cierto no trocara mi figura
con ese que de mí se está riendo;
¡trocara mi ventura!

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿Cómo te fuí tan presto aborrecible?
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?

Si no tuvieras condición terrible,
siempre fuera tenido de ti en precio,
y no viera de ti este apartamiento.
¿No sabes que sin cuento
buscan en el estío
mis ovejas el frío
de la sierra de Cuenca, y el gobierno
del abrigado Estremo en el invierno?
Mas ; qué vale el tener, si derritiendo
me estoy en llanto eterno!
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mi llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan,
los árboles parece que se inclinan,
las aves que me escuchan, cuando cantan,
con diferente voz se condolecen,
y mi morir cantando me adivinan.
Las fieras que reclinan
su cuerpo fatigado,
dejan el sosegado
sueño por escuchar mi llanto triste.
Tú sola contra mí te endureciste.
los ojos aun siquiera no volviendo
a los que tú heciste
salir sin duelo, lágrimas, corriendo.

Mas ya que a socorrer aquí no vienes,
no dejes el lugar que tanto amaste,
que bien podrás venir de mí segura.
Yo dejaré el lugar do me dejaste ;

ven, si por sólo esto te detienes.
Ves aquí un prado lleno de verdura,
ves aquí un espesura,
ves aquí un agua clara,
en otro tiempo cara,
a quien de ti con lágrimas me quejo.
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
al que todo mi bien quitarme puede;
que pues el bien le dejo,
no es mucho que el lugar también le quede.—

Aquí dió fin a su cantar Salicio,
y suspirando en el postrero acento,
soltó de llanto una profunda vena.
Queriendo el monte al grave sentimiento
de aquel dolor en algo ser propicio,
con la pasada voz retumba y suena.
La blanca Filomena,
casi como dolida
y a compasión movida,
dulcemente responde al són lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso
decidlo vos, Piérides; que tanto
no puedo yo ni oso,
que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO

—Corrientes aguas, puras, cristalinas;
árboles que os estáis mirando en ellas,
verde prado de fresca sombra lleno,

aves que aquí sembráis vuestras querellas,
 hiedra que por los árboles caminas,
 torciendo el paso por su verde seno;
 yo me vi tan ajeno
 del grave mal que siento,
 que de puro contento
 con vuestra soledad me recreaba,
 donde con dulce sueño reposaba,
 o con el pensamiento discurría
 por donde no hallaba
 sino memorias llenas de alegría;
 y en este mismo valle, donde agora
 me entristezco y me canso, en el reposo
 estuve ya contento y descansado.
 ¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
 Acuérdome durmiendo aquí algún hora,
 que despertando, a Elisa vi a mi lado.
 ¡Oh miserable hado!
 ¡Oh tela delicada,
 antes de tiempo dada
 a los agudos filos de la muerte!
 Más conveniente suerte
 a los cansados años de mi vida,
 que es más que el hierro fuerte,
 pues no la ha quebrantado tu partida.
 ¿Dó están agora aquellos claros ojos
 que llevaban tras sí, como colgada,
 mi alma do quier que ellos se volvían?
 ¿Dó está la blanca mano delicada,

llena de vencimientos y despojos,
 que de mí mis sentidos le ofrecían?
 Los cabellos que vían
 con gran desprecio el oro,
 como a menor tesoro,
 ¿adónde están? ¿Adónde el blanco pecho?
 ¿Dó la coluna que el dorado techo
 con presunción graciosa sostenía?
 Aquesto todo agora ya se encierra,
 por desventura mía,
 en la fría, desierta y dura tierra.

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
 cuando en aqueste valle al fresco viento
 andábamos cogiendo tiernas flores,
 que había de ver con largo apartamiento
 venir el triste y solitario día
 que diese amargo fin a mis amores?
 El cielo en mis dolores
 cargó la mano tanto,
 que a sempiterno llanto
 y a triste soledad me ha condenado;
 y lo que siento más es verme atado
 a la pesada vida y enojosa,
 solo, desamparado,
 ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.

Después que nos dejaste, nunca paxe
 en hartura el ganado ya, ni acude
 el campo al labrador con mano llena.
 No hay bien que en mal no se convierta y mude:

la mala yerba al trigo ahoga, y nace
en lugar suyo la infelice avena ;
la tierra, que de buena
gana nos producía
flores con que solía
quitar en sólo vellas mil enojos,
produce agora en cambio estos abrojos,
ya de rigor de espinas intratable ;
yo hago con mis ojos
crecer, lloviendo, el fruto miserable.

Como al partir del sol la sombra crece,
y en cayendo su rayo se levanta
la negra escuridad que el mundo cubre,
de do viene el temor que nos espanta,
y la medrosa forma en que se ofrece
aquella que la noche nos encubre,
hasta que el sol descubre
su luz pura y hermosa ;
tal es la tenebrosa
noche de tu partir, en que he quedado
de sombra y de temor atormentado,
hasta que muerte el tiempo determine
que a ver el deseado
sol de tu clara vista me encamine.

Cual suele el ruiseñor con triste canto
quejarse, entre las hojas escondido,
del duro labrador, que cautamente
le despojó su caro y dulce nido
de los tiernos hijuelos, entre tanto

que del amado ramo estaba ausente,
y aquel dolor que siente
con diferencia tanta
por la dulce garganta
despide, y a su canto el aire suena,
y la callada noche no refrena
su lamentable oficio y sus querellas,
trayendo de su pena
al cielo por testigo y las estrellas ;
 desta manera suelto ya la rienda
a mi dolor, y así me quejo en vano
de la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazón metió la mano,
y de allí me llevó mi dulce prenda ;
que aquel era su nido y su morada.
¡ Ay muerte arrebatada !
Por ti me estoy quejando
al cielo y enojando
con importuno llanto al mundo todo :
el desigual dolor no sufre modo.
No me podrán quitar el dolorido
sentir, si ya del todo
primero no me quitan el sentido.

Tengo una parte aquí de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
que nunca de mi seno se me apartan ;
descójolos, y de un dolor tamaño
enternecerme siento, que sobre ellos
nunca mis ojos de llorar se hartan.

Sin que de allí se partan,
con suspiros calientes,
más que la llama ardientes,
los enjugo del llanto, y de consuno
casi los paso y cuento uno a uno;
juntándolos, con un cordón los ato.
Tras esto el importuno
dolor me deja descansar un rato.

Mas luego a la memoria se me ofrece
aquella noche tenebrosa, oscura,
que tanto aflige esta ánima mezquina
con la memoria de mi desventura.
Verte presente agora me parece
en aquel duro trance de Lucina,
y aquella voz divina,
con cuyo són y acentos
a los airados vientos
pudieras amansar, que agora es muda;
me parece que oigo que a la cruda,
inexorable diosa demandabas
en aquel paso ayuda;
y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?

¿Ibate tanto en perseguir las fieras?
¿Ibate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar a tal crueza,
que, conmovida a compasión, oído
a los votos y lágrimas no dieras
por no ver hecha tierra tal belleza,
o no ver la tristeza

en que tu Nemoroso
queda, que su reposo
era seguir tu oficio, persiguiendo
las fieras por los montes, y ofreciendo
a tus sagradas aras los despojos?

¿Y tú, ingrata, riendo
dejas morir mi bien ante los ojos?

Divina Elisa, pues agora el cielo
con inmortales pies pisas y mides,
y su mudanza ves, estando queda,
¿por qué de mí te olvidas, y no pides
que se apresure el tiempo en que este velo
rompa del cuerpo, y verme libre pueda,
y en la tercera rueda
contigo mano a mano
busquemos otro llano,
busquemos otros montes y otros ríos,
otros valles floridos y sombríos,
donde descanse y siempre pueda verte
ante los ojos míos,
sin miedo y sobresalto de perderte?—

Nunca pusieran fin al triste lloro
los pastores, ni fueran acabadas
las canciones que sólo el monte oía,
si mirando las nubes coloradas,
al tramontar del sol bordadas de oro,
no vieran que era ya pasado el día.
La sombra se veía
venir corriendo apriesa

ya por la falda espesa
del altísimo monte, y recordando
ambos como de sueño, y acabando
el fugitivo sol, de luz escaso,
su ganado llevando,
se fueron recogiendo paso a paso.



CANCIÓN QUINTA.
A LA FLOR DE GNIDO.

Si de mi baja lira
tanto pudiese el són, que un momento
aplacase la ira
del animoso viento,
y la furia del mar y el movimiento ;
y en ásperas montañas
con el suave canto enterneciese
las fieras alimañas,
los árboles moviese,
y al són confusamente los trajese ;
no pienses que cantado
sería de mí, hermosa flor de Gnido,



“...al remo condenado,
en la concha de Venus amarrado”.

el fiero Marte airado,
a muerte convertido,
de polvo y sangre y de sudor teñido ;
ni aquellos capitanes
en las sublimes ruedas colocados,
por quien los alemanes
el fiero cuello atados,
y los franceses van domesticados.

Mas solamente aquella
fuerza de tu beldad sería cantada,
y alguna vez con ella
también sería notada
el aspereza de que estás armada ;
y cómo por ti sola,
y por tu gran valor y hermosura,
convertida en viola,
llora su desventura
el miserable amante en su figura.

Hablo de aquel cativo,
de quien tener se debe más cuidado,
que está muriendo vivo,
al remo condenado,
en la concha de Venus amarrado.

Por ti, como solía,
del áspero caballo no corrige
la furia y gallardía,
ni con freno le rige,
ni con vivas espuelas ya le aflige.

Por ti, con diestra mano

no revuelve la espada presurosa,
y en el dudoso llano
huye la polvorosa
palestra como sierpe ponzoñosa.

Por ti, su blanda musa,
en lugar de la cítara sonante,
tristes querellas usa,
que con llanto abundante
hacen bañar el rostro del amante.

Por ti, el mayor amigo
le es importuno, grave y enojoso ;
yo puedo ser testigo,
que ya del peligroso
nafragio fuí su puerto y su reposo.

Y agora en tal manera
vence el dolor a la razón perdida,
que ponzoñosa fiera
nunca fué aborrecida
tanto como yo dél, ni tan temida.

No fuiste tú engendada
ni producida de la dura tierra ;
no debe ser notada
que ingratamente yerra
quien todo el otro error de sí destierra.

Hágate temerosa
el caso de Anajerete, y cobarde,
que de ser desdeñosa
se arrepintió muy tarde ;
y así, su alma con su mármol arde.

Estábase alegrando
del mal ajeno el pecho empedernido,
cuando abajo mirando
el cuerpo muerto vido
del miserable amante, allí tendido.

Y al cuello el lazo atado,
con que desenlazó de la cadena
el corazón cuitado,
que con su breve pena
compró la eterna punición ajena.

Sintió allí convertirse
en piedad amorosa el aspereza.
¡Oh tarde arrepentirse!
¡Oh última terneza!
¿Cómo te sucedió mayor dureza?

Los ojos se enclavaron
en el tendido cuerpo que allí vieron,
los huesos se tornaron
más duros y crecieron,
y en sí toda la carne convirtieron ;
las entrañas heladas
tornaron poco a poco en piedra dura ;
por las venas cuitadas
la sangre su figura
iba desconociendo y su natura ;
hasta que, finalmente,
en duro mármol vuelta y trasformada,
hizo de sí la gente
no tan maravillada

cuanto de aquella ingratitude vengada.

No quieras tú, señora,
de Némesis airada las saetas
probar, por Dios, agora ;
baste que tus perfetas
obras y hermosura a los poetas
den inmortal materia,
sin que también en verso lamentable
celebren la miseria
de algún caso notable
que por ti pase triste y miserable.

SONETOS.

X

¡ Oh dulces prendas por mi mal halladas, s
dulces y alegres cuando Dios quería !
Juntas estáis en la memoria mía,
y con ella en mi muerte conjuradas. L

¿ Quién me dijera, cuando en las pasadas «
horas en tanto bien por vos me vía,
que me habíades de ser en algún día
con tan grave dolor representadas ?

Pues en un hora junto me llevastes
todo el bien que por términos me distes,
llevadme junto el mal que me dejastes.

Sino, sospecharé que me pusistes
en tantos bienes, porque deseastes
verme morir entre memorias tristes.

XVII

Pensando que el camino iba derecho,
vine a parar en tanta desventura,
que imaginar no puedo, aun con locura,
algo de que esté un rato satisfecho.

El ancho campo me parece estrecho ;
la noche clara para mí es oscura ;
la dulce compañía, amarga y dura,
y duro campo de batalla el lecho.

Del sueño, si hay alguno, aquella parte
sola que es ser imagen de la muerte
se aviene con el alma fatigada.

En fin que, como quiera, estoy de arte,
que juzgo ya por hora menos fuerte,
aunque en ella me vi, la que es pasada.

XXXVI

A la entrada de un valle, en un desierto,
do nadie atravesaba ni se vía,
vi que con extrañeza un can hacía
estremos de dolor con desconcierto ;

ahora sueita el llanto al cielo abierto,
ora va rastreando por la vía ;
camina, vuelve, para, y todavía
quedaba desmayado como muerto.

Y fué que se apartó de su presencia
su amo, y no le hallaba, y esto siente :
mirad hasta dó llega el mal de ausencia.

Movióme a compasión ver su accidente;
dijele lastimado: "Ten paciencia,
que yo alcanzo razón, y estoy ausente."

CANCIÓN VIII.

Nadie puede ser dichoso,
señora, ni desdichado,
sino que os haya mirado.

Porque la gloria de veros
en ese punto se quita
que se piensa mereceros.

Así que, sin conoceros,
nadie puede ser dichoso,
señora, ni desdichado,
sino que os haya mirado.





GUTIERRE DE CETINA

Sevilla, 1518?—Sevilla, 1551?, 1557?

MADRIGALES.

I

Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar sois alabados,
¿por qué, si me miráis, miráis airados?
Si cuando más piadosos,
más bellos parecéis a aquel que os mira,
no me miréis con ira,
porque no parezcáis menos hermosos.
¡Ay tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos.

II

Cubrir los bellos ojos
• con la mano que ya me tiene muerto,
cautela fué por cierto;
que así doblar pensastes mis enojos.

Pero de tal cautela
harto mayor ha sido el bien que el daño ;
que el resplandor extraño
del sol se puede ver mientras se cela.

Así que, aunque pensastes
cubrir vuestra beldad, única, inmensa,
yo os perdono la ofensa ;
pues, cubiertos, mejor verlos dejaste.

SONETOS.

XCII

¿ En cuál región, en cuál parte del suelo,
en cuál bosque, en cuál monte, en cuál poblado,
en cuál lugar remoto y apartado
puede ya mi dolor hallar consuelo ?

Cuanto se puede ver debajo el cielo,
todo lo tengo visto y rodeado ;
y un medio que a mi mal había hallado,
hace en parte mayor mi desconsuelo.

Para curar el daño de la ausencia
pintoos cual siempre os vi, dura y proterva ;
mas Amor os me muestra de otra suerte.

No queráis a mi mal más experiencia,
sino que ya, como herida cierva,
do quier que voy, conmigo va mi muerte.

CX

Golfo de mar con gran fortuna airado
se puede comparar la vida mía :

van las ondas dó el viento las envía,
y las de mi vivir dó quiere el hado.

No hallan suelo al golfo, ni hallado
será cabo jamás en mi porfía;
en el golfo hay mil monstruos que el mar cría;
mi recelo mil monstruos ha criado.

En el mar guía el Norte, a mí una estrella;
nadie se fía del mar, de nada fío;
vase allí con temor, yo temeroso;
por mí cuidados van, naves por ella;
y si en algo difiere el vivir mío,
es que se aplaca el mar; yo no reposo.

CXV

Horas alegres que pasáis volando,
porque, a vueltas del bien, mayor mal sienta;
sabrosa noche que, en tan dulce afrenta,
el triste despedir me vas mostrando;
importuno reloj que, apresurando
tu curso, mi dolor me representa:
estrellas, con quien nunca tuve cuenta,
que mi partida vais acelerando;
gallo que mi pesar has denunciado,
lucero que mi luz va oscureciendo,
y tú, mal sosegada y moza aurora,
si en voz cabe dolor de mi cuidado,
id poco a poco el paso deteniendo,
si no puede ser más, siquiera un hora.



CRISTÓBAL DE CASTILLEJO

Ciudad Rodrigo (Salamanca), 1490?—Viena (Austria), 1550.

CONTRA LOS QUE DEJAN LOS METROS CASTELLANOS Y SIGUEN LOS ITALIANOS

Pues la Santa Inquisición
suele ser tan diligente
en castigar con razón
cualquier seta y opinión
levantada nuevamente,
resucítese Lucero
a corregir en España
una muy nueva y extraña,
como aquella de Lutero
en las partes de Alemania.

Bien se pueden castigar
a cuenta de anabaptistas,
pues por ley particular
se tornan a bautizar
y se llaman petrarquistas.
Han renegado la fe
de las trovas castellanas,
y tras las italianas
se pierden, diciendo que
son más ricas y galanas.

El juicio de lo cual
yo lo dejo a quien más sabe;
pero juzgar nadie mal
de su patria natural
en gentileza no cabe;
y aquella cristiana musa
del famoso Juan de Mena,
sintiendo desto gran pena,
por infieles los acusa
y de alevos los condena.

“Recuerde el alma dormida”,
dice don Jorge Manrique;
y mostróse muy sentida
de cosa tan atrevida,
porque más no se platique.
Garci-Sánchez respondió:
“¡Quién me otorgase, Señora,
vida y seso en esta hora
para entrar en campo yo
con gente tan pecadora!”

“Si algún Dios de amor había,
dijo luego Cartagena,
muestre aquí su valentía
contra tan gran osadía,
venida de tierra ajena.”
Torres Naharro replica:
“Por hacer, Amor, tus hechos,
consientes tales despechos,
y que nuestra España rica

se prive de sus derechos.”

Dios dé su gloria a Boscán
y a Garcilaso, poeta,
que con no pequeño afán
y con estilo galán
sostuvieron esta seta,
y la dejaron acá
ya sembrada entre la gente;
por lo cual debidamente
les vino lo que dirá
este soneto siguiente:

Soneto.

Garcilaso y Boscán, siendo llegados
al lugar donde están los trovadores,
que esta nuestra lengua y sus primores
fueron en este siglo señalados,
los unos a los otros alterados
se miran, demudadas las colores,
temiéndose que fuesen corredores
o espías o enemigos desmandados;
y juzgando primero por el traje,
pareciéndoles ser, como debía,
gentiles españoles caballeros;
y oyéndoles hablar nuevo lenguaje,
mezclado de extranjera poesía,
con ojos los miraban de extranjeros.

Mas ellos, caso que estaban

sin favor y tan a solas,
contra todos se mostraban,
y claramente burlaban
de las coplas españolas,
canciones y villancicos.
romances y cosa tal,
arte mayor y real,
y pies quebrados y chicos,
y todo nuestro caudal.

Y en lugar de estas maneras
de vocablos ya sabidos
en nuestras trovas caseras,
cantan otras forasteras,
nuevas a nuestros oídos:
sonetos de grande estima,
madrigales y canciones
de diferentes renglones,
de terciá y octava rima,
y otras lindas invenciones.

Desprecian cualquiera cosa
de coplas compuestas antes,
por baja de ley, y astrosa
usan ya de cierta prosa
medida sin consonantes.
Ya muchos de los que fueron
elegantes y discretos
tienen por simples pobretos,
por sólo que no cayeron
en la cuenta a los sonetos.

Daban, en fin, a entender
aquellos viejos autores
no haber sabido hacer
buenos metros ni poner
en estilos los amores;
y que el metro castellano
no tenía autoridad
de decir con majestad
lo que se dice en toscano
con mayor facilidad.

Mas esta falta o manquera
no la dan a nuestra lengua,
que es bastante y verdadera,
sino sólo dicen que era
de buenos ingenios mengua;
por lo cual en lo pasado
fueron todos carecientes
que han descubierto y hallado
los modernos y presentes.

Viéndoles que presumían
tanto de la nueva ciencia,
dijéronles que querían
de aquello que referían
ver algo por experiencia;
para prueba de lo cual,
por muestra de novel uso,
cada cual de ellos compuso
una rima en especial,
cual se escribe aquí de yuso.

Soneto de Boscán.

Si las penas que dáis son verdaderas
como muy bien lo sabe el alma mía,
¿por qué ya no me acaban? y sería
sin ellas mi morir muy más de veras;
mas si por dicha son tan lisonjeras,
que quieren retozar con mi alegría,
decid: ¿por qué me matan cada día
con muerte de dolor de mil maneras?

Mostradme este secreto ya, Señora,
y sepa yo de vos, pues por vos muero,
si aquesto que padezco es muerte o vida;
porque, siéndome vos la matadora,
mayor gloria de pena ya no quiero
que poder yo tener tal homicida.

Octava rima de Garcilaso.

Y ya que mis tormentos son forzados,
aunque vienen sin fuerza consentidos,
pues ¿qué mayor alivio a mis cuidados
que ser por vuestra causa padecidos?
Si, como son por vos bien empleados,
de vos fuesen, Señora, conocidos,
la más crecida angustia de mi pena
sería de descanso y gloria llena.

Juan de Mena, como oyó
la nueva trova pulida,

contentamiento mostró,
caso que se sonrió
como de cosa sabida,
y dijo: "Según la prueba,
once sílabas por pie
no hallo causa por qué
se tenga por cosa nueva
pues yo mismo las usé.

Don Jorge dijo: "No veo
necesidad ni razón
de vestir nuestro deseo
de coplas que por rodeo
van diciendo su intención.
Nuestra lengua es muy devota
de la clara brevedad,
y esta trova, a la verdad,
por el contrario denota
oscura prolijidad."

Garci-Sánchez se mostró
estar con alguna saña,
y dijo: "No cumple, no,
al que en España nació
valerse de tierra extraña;
porque en solas mis lecciones,
miradas bien sus estancias,
veréis tales consonancias,
que Petrarca y sus canciones
queda atrás en elegancias."

Cartagena dijo luego,

como práctico en amores:
"Con la fuerza de este fuego
no nos ganarán el juego
estos nuevos trovadores;
muy mal entonadas son
estas trovas, a mi ver,
enfadosas de leer
y tardas de relación
y enemigas de placer."

Torres dijo: "Si yo viera
que la lengua castellana
sonetos de mí sufriera,
fácilmente los hiciera,
pues los hice en la romana;
pero ningún sabor tomo
en coplas tan altaneras,
escritas siempre de veras,
que corren con pies de plomo,
muy pesadas de caderas."

Al cabo la conclusión
fué que por buena crianza
y por honrar la nación
de parte de la invención
sean dignas de alabanza.
Y para que a todos fuese
manifiesto este favor,
se dió cargo a un trovador
que aquí debajo escribiese
un soneto en su loor.

Soneto.

Musas italianas y latinas,
gentes en estas partes tan extraña,
¿cómo habéis venido a nuestra España,
tan nuevas y hermosas clavellinas?

O ¿quién os ha traído a ser vecinas
del Tajo y de sus montes y campaña?
O ¿quién es el que os guía o acompaña
de tierras tan ajenas peregrinas?—

Don Diego de Mendoza y Garcilaso
nos trujeron, y Boscán y Luis de Haro,
por orden y favor del dios Apolo,

los dos llevó la muerte paso a paso,
el otro Solimán, y por amparo
solo quedan don Diego, y basta solo.

SUEÑO.

Yo, Señora, me soñaba
un sueño que no debiera:
que por mayo me hallaba
en un lugar do miraba
una muy linda ribera,
tan verde, florida y bella,
que de miralla y de vella,
mil cuidados deseché,
y con sólo uno quedé
muy grande, por gozar della.

Sin temor que allí podría
haber pesares ni enojos,

cuanto más dentro me vía,
tanto más me parecía
que se gozaban mis ojos.
Entre las rosas y flores
cantaban los ruiseñores,
las calandrias y otras aves,
con sonos dulces, suaves,
pregonando sus amores.

Agua muy clara corría,
muy serena al parecer,
tan dulce si se bebía,
que mayor sed me ponía
acabada de beber.

Si a los árboles llegaba,
entre las ramas andaba
un airecico sereno,
todo manso, todo bueno,
que las hojas meneaba.

Buscando dónde me echar,
apartéme del camino,
y hallé para holgar
un muy sabroso lugar
a la sombra de un espino;
do tanto placer sentí
y tan contento me vi,
que diré que sus espinas
en rosas y clavellinas
se volvieran para mí.

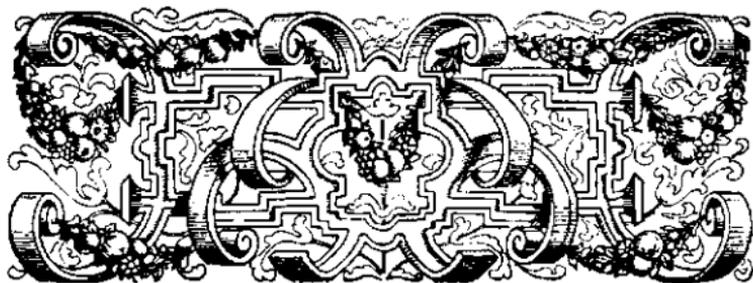
En fin, que ninguna cosa

de placer y de alegría,
agradable ni sabrosa,
en esta fresca y hermosa
ribera me fallecía.

Yo, con sueño no liviano,
tan alegre y tan ufano
y seguro me sentía,
que nunca pensé que había
de acabarse allí el verano.

Lejos de mi pensamiento
desde a poco me hallé,
que así durmiendo contento,
a la voz de mi tormento
el dulce sueño quebré;
y hallé que la ribera
es una montaña fiera,
muy áspera de subir,
donde no espero salir
de cautivo hasta que muera.





FRAY LUIS DE LEON

Belmonte (Cuenca), 1527

Madrigal de las Altas Torres (Avila), 1591

VIDA RETIRADA

(Primera redacción.)

¡Cuán descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo ha habido!

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
por sabio moro, en jaspe sustentado.

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,
ni mira si encarama

la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.
¡Oh campo!, ¡oh fuente!, ¡oh río!,
¡oh secreto del cielo delicioso!,
roto casi el navío
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Despiértente las aves
con su canto suave no aprendido;
no los cuidados graves
de aquel que sometido,
el que al ageno arbitrio está rendido.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
alegre, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza y de recelo.

Del monte a la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera
de bella flor cubierto
en esperanza muestra el fruto cierto.

Y como codiciosa
de ver acrecentar su hermosura,
del alto monte airosa
una fontana pura
para regar las flores se apresura.

El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido;

las hojas le menea
con un manso ruido
que del cetro y del mando pone olvido.

Ténganse su tesoro
los que de un frágil leño se confían;
no es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
con sed insaciable
del no durable mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,
de lauro y plecto eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce, acordado,
del plecto dulcemente meneado ¹.

¹ El original de esta *Primera redacción* se encuentra en un manuscrito de la Biblioteca del Palacio Real, de Madrid. En este original, la última estrofa, corregida por mano diferente, al parecer, de la que lo escribió, queda de la manera siguiente:

A la sombra tendido,
de yedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce, acordado,
del laúd sabiamente meneado.

(Segunda redacción.)

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento
si soy del vano dedo señalado;
si en busca de este viento
ando desalentado
con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh campo, oh monte, oh río!
¡Oh secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqúeste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;

no quiero ver el ceño
vanamente severo
de quien la sangre ensalza o el dinero.

Despiértente las aves
con su cantar suave no aprendido,
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
quien al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
de ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo,
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,

y ofrece mil olores al sentido,
los árboles menea
con un manso ruido,
que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
los que de un flaco leño se confían:
no es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna, al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla
mesa de amable paz bien abastada
me baste, y la bajilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
en sed insaciable
del no durable mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido
de yedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al són dulce acordado
del plectro sabiamente meneado.

A FRANCISCO SALINAS.

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo son divino
mi alma que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino,
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
en suerte y pensamientos se mejora;
el oro desconoce
que el vulgo ciego adora.
la belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no precedera
música, que es de todas la primera.

Ve cómo el gran maestro
a aquesta inmensa cítara aplicado,
con movimiento diestro
produce el són sagrado,
con que este eterno templo es sustentado.

Y como está compuesta
de números concordes, luego envía

consonante respuesta,
y entrambas a porfía
mezclan una dulcísima armonía.

Aquí la alma navega
por un mar de dulzura, y finalmente
en él así se anega,
que ningún accidente
extraño o peregrino oye o siente.

¡Oh desmayo dichoso!
¡oh muerte que das vida! ¡oh dulce olvido!
¡durase en tu reposo
sin ser restituído
jamás a aqueste bajo y vil sentido!

A este bien os llamo,
gloria del Apolíneo sacro coro,
amigos, a quien amo
sobre todo tesoro;
que todo lo demás es triste lloro.

¡Oh! Suene de contino,
Salinas, vuestro són en mis oídos ,
por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando a lo demás amortecidos.

PROFECÍA DEL TAJO.

Folgaba el rey Rodrigo
con la hermosa Cava en la ribera
del Tajo, sin testigo;
el pecho sacó fuera

el río y le habló desta manera :

En mal punto te goces,
injusto forzador ; que ya el sonido
y las amargas voces
y ya siento el bramido
de Marte, de furor, y ardor ceñido.

¡Aquesta tu alegría
qué llantos acarrea ! ¡aquesa hermosa,
que vió el sol en mal día,
al Godo, ¡ay ! cuán llorosa,
al soberano cetro, ¡ay ! cuán costosa.

Llamas, dolores, guerras,
muertes, asolamiento, fieros males
entre los brazos cierras,
trabajos inmortales,
a ti y a tus vasallos naturales ;
a los que en Constantina
rompe el fértil suelo, a los que baña
el Ebro, a la vecina
Sansueña, a Lusitania,
a toda la espaciosa y triste España.

Ya dende Cádiz llama
el injuriado conde, a la venganza
atento, y no a la fama,
la bárbara pujanza,
en quien para tu daño no hay tardanza.

Oye que al cielo toca
con temeroso són la trompa fiera,
que en Africa convoca

el moro a la bandera,
que al aire desplegada va ligera.

La lanza ya blande
el árabe cruel, y hiere el viento,
llamando a la pelea;
innumerable cuento
de escuadras juntas veo en un momento.

Cubre la gente el suelo,
debajo de las velas desaparece
la mar, la voz al cielo
confusa, incierta crece,
el polvo roba el día, y le escurece.

¡Ay, que ya presurosos
suben las largas naves! ¡ay, que tienden
los brazos vigorosos
a los remos, y encienden
las mares espumosas por do hienden.

El Eolo derecho
hinche la vela en popa, y larga entrada
por el hercúleo estrecho
con la punta acerada
el gran padre Neptuno da a la armada.

¡Ay triste! ¿y aún te tiene
el mal dulce regazo, ni llamado
al mal que sobreviene
no acorres? ¿Ocupado
no ves ya el puerto a Hércules sagrado?

Acude, corre, vuela
traspasa la alta sierra, ocupa el llano,

no perdones la espuela,
no des paz a la mano,
menea fulminando el hierro insano!

¡Ay cuánto de fatiga!
ay cuánto de sudor está presente
al que viste loriga,
al infante valiente,
a hombres y a caballos juntamente!

Y tú, Betis divino,
de sangre ajena y tuya amancillado,
¡darás al mar vecino
cuánto yelmo quebrado,
cuánto cuerpo de nobles destrozado!

El furibundo Marte
cinco luces las haces desordena,
igual a cada parte;
la sexta ¡ay! te condena,
¡oh cara patria! a bárbara cadena.



NOCHE SERENA.

Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado;
 el amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente;
despiden larga vena
los ojos hechos fuente;
la lengua dice al fin con voz doliente:
 Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,
mi alma que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura?
 ¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que de tu bien divino,
olvidado, perdido
sigue la vana sombra, el bien fingido?
 El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando,
y con paso callado
el cielo vueltas dando
las horas del vivir le va hurtando.
 ¡Ay! despertad, mortales;
mirad con atención en vuestro daño:

las almas inmortales
hechas a bien tamaño
podrán vivir de sombra, y solo engaño?

¡Ay! levantad los ojos
a aquesta celestial eterna esfera,
burlaréis los antojos
de aquesa lisonjera
vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¿Es más que un breve punto
el bajo y torpe suelo, comparado
a aqueste gran trasunto,
do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternals,
su movimiento cierto,
sus pasos desiguales,
y en proporción concorde tan iguales;

la luna cómo mueve
la plateada rueda, y va en pos de ella
la luz dó el saber llueve,
y la graciosa estrella
de amor le sigue reluciente y bella;

y cómo otro camino
prosigue el sanguinoso Marte airado,
y el Júpiter benino
de bienes mil cercado

serena el cielo con su rayo amado;
rodéase en la cumbre

Saturno, padre de los siglos de oro,
tras él la muchedumbre
del reluciente coro
su luz va repartiendo y su tesoro;
¿Quién es el que esto mira,
y precia la bajeza de la tierra,
y no gime y suspira
por romper lo que encierra
el alma, y de estos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
aquí reina la paz; aquí asentado
en rico y alto asiento
está el amor sagrado
de honra y de deleites rodeado.

Inmensa hermosura
aquí se muestra toda; y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece.

¡Oh campos verdaderos!
¡oh prados con verdad frescos y amenos!
¡riquísimos mineros!
¡Oh deleitosos senos!
¡repuestos valles de mil bienes llenos!

A FELIPE RUIZ.

¿Cuándo será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo,
Felipe, y en la rueda

que huye más del suelo,
contemplar la verdad pura sin velo?

Allí a mi vida junto
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo
el divino poder echó el cimiento
tan a nivel y plomo,
do estable eterno asiento
posee el pesadisimo elemento.

Veré las inmortales
columnas do la tierra está fundada,
las lindes y señales
con que a la mar airada
la Providencia tiene aprisionada.

Por qué tiembla la tierra,
por qué las hondas mares se embravecen,
dó sale a mover guerra
el cierzo, y por qué crecen
las aguas del Océano y descrecen.

De dó manan las fuentes ;
quién ceba, y quién bastece de los ríos
las perpetuas corrientes ;
de los helados fríos
veré las causas, y de los estíos.

Las soberanas aguas
del aire en la región quién las sostiene ;

de los rayos las fraguas ;
dó los tesoros tiene
de nieve Dios, y el trueno dónde viene.

¿No ves cuando acontece
turbarse el aire todo en el verano?
el día se ennegrece,
sopla el gallego insano,
y sube hasta el cielo el polvo vano ;
y entre las nubes mueve
su carro Dios ligero y reluciente,
horrible són conmueve,
relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humíllase la gente ;
la lluvia baña el techo,
envían largos ríos los collados ;
su trabajo deshecho,
los campos anegados
miran los labradores espantados.

Y de allí levantado
veré los movimientos celestiales,
así el arrebatado
como los naturales,
las causas de los hados, las señales.

Quién rige las estrellas
veré, y quién las enciende con hermosas
y eficaces centellas ;
por qué están las dos osas
de bañarse en el mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno,

fuelle de vida y luz dó se mantiene;
y por qué en el invierno
tan presuroso viene,
por qué en las noches largas se detiene.

Veré sin movimiento
en la más alta esfera las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas.

EN LA ASCENSIÓN.

¡Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto,
y tú rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro!

¿Los antes bienhadados,
y los agora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de ti desposeídos,
a dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos?
quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?

¿Aqueste mar turbado
quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
al viento fiero airado?

estando tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa
aun de este breve gozo ¿qué te aquejas?
¿dó vuelas presurosa?
¡cuán rica tú te alejas!
¡cuán pobres, y cuán ciegos ¡ay! nos dejás!

MORADA DEL CIELO.

Alma región luciente,
prado de bienandanza, que ni al hielo
ni con el rayo ardiente
falleces, fértil suelo
productidor eterno de consuelo;
de púrpura y de nieve
florida la cabeza coronado,
a dulces pastos mueve
sin honda ni cayado,
el buen Pastor en ti su ható amado.

El va, y en pos dichosas
le siguen sus ovejas, dó las pacc
con inmortales rosas,
con flor que siempre nace,
y quanto más se goza más renace.

Ya dentro a la montaña
del alto bien las guía; ya en la vena
del gozo fiel las baña,
y les da mesa llena,
pastor y pasto él solo, y suerte buena.

Y de su esfera cuando
la cumbre toca altísimo subido
el sol, él sesteando,
de su hato ceñido,
con dulce són deleita el santo oído.

Toca el rabel sonoro,
y el inmortal dulzor al alma pasa,
con que envilece el oro,
y ardiendo se traspasa
y lanza en aquel bien libre de tasa.

¡ Oh són, oh voz ! ¡ Siquiera
pequeña parte alguna descendiese
en mi sentido, y fuera
de sí el alma pusiese
y toda en ti, oh amor, la convirtiese !

Conocería dónde
sesteas, dulce Esposo, y desatada
de esta prisión adonde
padece, a tu manada
junta, no ya andará perdida, errada.

DÉCIMA.

Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,
y con pobre mesa y casa
en el campo deleitoso,

con sólo Dios se compasa,
y a solas su vida pasa,
ni envidiado ni envidioso.

SONETOS.

III

Agora con la aurora se levanta
mi luz, agora coge en rico ñudo
el hermoso cabello, agora el crudo
pecho ciñe con oro, y la garganta.

Agora vuela al cielo pura y santa
las manos y ojos bellos alza, y pudo
dolerse agora de mi mal agudo ;
agora incomparable tañe, y canta.

Ansí digo, y de! dulce error llevado,
presente ante mis ojos la imagino,
y lleno de humildad y amor la adoro.

Mas luego vuelve en sí el engañado
ánimo y, conociendo el desatino,
la rienda suelto largamente al lloro.

IV

¡ Oh cortesía, oh dulce acogimiento,
oh celestial saber, oh gracia pura,
oh de valor dotado y de dulzura,
pecho real y honesto pensamiento!

¡ Oh luces del amor querido asiento,
oh boca donde vive la hermosura,

oh habla suavísima, oh figura
angélica, oh mano, oh sabio acento!

Quien tiene en solo vos atesorado,
su gozo, y vida alegre, y su consuelo,
su bienaventurada y rica suerte:

cuando de vos se viere desterrado,
¡ay! ¿qué le quedará sino es recolo,
y noche, y amargor, y llanto, y muerte?

HORACIO.

ODA II. BEATUS ILLE.

Dichoso el que de pleitos alejado,
cual los del tiempo antiguo,
labra sus heredades no obligado
al logrero enemigo.

Ni el arma en los reales le despierta,
ni tiembla en la mar brava,
huye la plaza y la soberbia puerta
de la ambición esclava.

Su gusto es, o poner la vid crecida
al álamo ayuntada,
o contemplar cuál pace, desparcida
al valle, su vacada.

Ya poda el ramo inútil, ya engiere
en su vez el extraño,
o castra sus colmenas o, si quiere,
tresquila su rebaño.

Pues cuando el padre Otoño muestra fuera
la su frente galana,

¡ con cuánto gozo coge la alta pera,
las uvas como grana,

y a ti, sacro Silvano, las presenta,
que guardas el egido!
Debajo un roble antiguo ya se asienta,
ya en el prado florido.

El agua en las acequias corre, y cantan
los pájaros sin dueño.

Las fuentes al murmullo que levantan
despiertan dulce sueño,

y ya que el año cubre campo y cerros
con nieve y con heladas,

o lanza el jabalí con muchos perros
en las redes paradas,

o los golosos tordos, o con liga,
o con red engañosa,

o la extranjera grulla en lazo obliga,
que es presa deleitosa.

Con esto ¿quién del pecho no desprende
cuanto en amor se pasa?

¿Pues qué, si la mujer honesta atiende
los hijos y la casa?

Cual hace la sabina o calabresa,
de andar al sol tostada,

y ya que viene el dueño, enciende apriesa
la leña no mojada,

y ataja entre los zarzos los ganados,
y los ordeña luego,

y pone mil manjares no comprados,

y el vino como fuego.

Ni me serán los rombos más sabrosos,
ni las ostras, ni el mero,
si algunos con levantes furiosos
nos da el invierno fiero,

ni el pavo caerá por mi garganta,
ni el francolín greciano,
más dulce que la oliva, que quebranta
la labradora mano,

la malva, o la romaza enamorada
del vicioso prado;
la oveja en el disanto degollada,
el cordero quitado

al lobo, y, mientras como, ver corriendo
cuál las ovejas vienen,
ver del arar los bueyes, que volviendo
apenas se sostienen;

ver de esclavillos el hogar cercado,
enjambre de riqueza.

Ansí, dispuesto un cambio ya al arado,
loaba la pobreza.

Ayer puso a sus ditas todas cobro,
mas hoy ya torna al logro.

IMITACIÓN DE PETRARCA.

Mi trabajoso día
hacia la tarde un poco se inclinaba,
y libre ya del grave ardor pasado,
las fuerzas recogía,

cuando sin entender quién me llevaba
a la entrada me hallé de un verde prado,
de flores mil sembrado,
obra do se extremó naturaleza.

El suave olor, la no vista belleza
me convidó a poner allí mi asiento.
¡Ay triste! que al momento
la flor quedó marchita,
y mi gozo tornó en pena infinita.

De labor peregrina
una casa real vi, cual labrada
ninguna fué jamás por sabio moro:
el muro, plata fina;
de perlas y rubíes era la entrada;
la torre, de marfil; el techo, de oro;
riquísimo tesoro
por las claras ventanas descubria,
sonaba en lo interior dulce armonía,
tan dulce que me puso en esperanza
de eterna bienandanza.

Entré, que no debiera;
hallé por paraíso cárcel fiera.

Cercada de frescura,
más clara que el cristal hallé una fuente
en un lugar secreto y deleitoso;
de entre una peña dura
nacia, y murmurando dulcemente
con su correr hacia el campo hermoso.
Yo, todo deseoso,

lancéme por beber ¡ay triste y ciego!
Bebí por agua fresca ardiente fuego;
y por mayor dolor el cristalino
curso mudó el camino,
que es causa que muriendo
agora viva en sed, y pena ardiendo.

De blanco y colorado
una paloma, y de oro matizada,
la más bella y más blanca que se vido,
me vino mansa al lado,
cual una de las dos por quien guiada
la rueda es de quien reina en Pafo y Gnido.
¡Ay! Yo, de amor vencido,
en el seno la puse, y al instante
el pico en mí lanzó cruel, tajante,
y me robó del pecho el alma y vida;
y luego, convertida
en águila, alzó el vuelo;
quedé merced pidiendo yo en el suelo.

Al fin vi una doncella
con semblante real, de gracia lleno,
de amor rico tesoro y de hermosura:
puesto delante della,
humilde le ofrecía abierto el seno,
mi corazón y vida con fe pura.
¡Ay! ¡cuán poco el bien dura!
Alegre lo tomó, y dejó bañada
mi alma de dulzor; mas luego airada,
de mí se retiró por tal manera,

como si no tuviera
en su poder mi suerte.
¡Ay dura vida! ¡ay perezosa muerte!
Canción, estas visiones
causan en mí encendida
ansia de fenecer tan triste vida.

SALMO PRIMERO. BEATUS VIR.

Es bienaventurado
varón el que en concilio malicioso
no anduvo descuidado,
ni el paso perezoso
detuvo en el camino peligroso,
y huye de la silla
de los que mofan la virtud, y al bueno,
y juntos en gavilla,
arrojan el veneno,
que anda recogido en lengua y seno;
mas en la ley divina
pone su voluntad, su pensamiento,
cuando el día se inclina,
y al claro movimiento,
y está en la escura noche en ella atento.

Será cual verde planta,
que a las corrientes aguas asentada,
al cielo se levanta
con fruta sazónada,
de hermosas hojas siempre coronada.

Será en todo dichoso,

seguro de la suerte, que se muda.

No así el malo animoso,

cual si el viento sacuda

la paja de la era muy menuda.

Por esto al dar la cuenta,

la causa de los malos, como vana,

caerá con grande afrenta,

allí la cortesana

santa nación, huirá como liviana ;

porque Dios el camino

sabe bien de los justos, que su historia ;

del otro desatino

de la maldad, memoria

no habrá, como de baja, y vil escoria.

SALMO XVIII. COELI ENARRANT.

Los cielos dan pregones de tu gloria,

anuncia el estrellado tus proezas,

los días te componen larga historia,

las noches manifiestan tus grandezas.

No hay habla ni lenguaje tan diverso,

que a aquesta voz del cielo no dé oído ;

vuela esta voz por todo el universo,

su són de polo a polo ha discurrido.

Allí hiciste al sol rica morada,

allí el garrido esposo y bello mora,

lozano y valeroso su jornada

comienza, y corre, y pasa en breve hora.

Traspasa dende la una a la otra parte

del cielo, y con su rayo a todos mira.
Mas ¿cuánto mayor luz, Señor, reparte
tu ley, que del pecado nos retira?

Tus ordenanzas, Dios, no son antojos,
avisos sabios son al tonto pecho.

Tus leyes alcohol de nuestros ojos,
tu mandado alegría y fiel derecho.

Temerte es bien jamás percedero,
tus fueros son verdad justificada.

Mayor codicia ponen que el dinero,
más dulces son que miel muy apurada.

Amarte es abrazar tus mandamientos,
guardarlos mil riquezas comprehende;
mas ¿quién los guarda, o quién sus movimientos,
o todos los nivela, o los entiende?

Tú limpia en mí, Señor, lo que no alcanzo,
y libra de altiveces la alma mía,
que si victoria deste vicio alcanzo,
derrocaré del mal la tiranía.

Darásme oído entonces; yo contino
diré: mi Redentor, mi bien divino.

SALMO CIII. BENEDIC, ANIMA MEA.

Alaba ¡oh alma! a Dios: Señor, tu alteza
¿qué lengua hay que la cuente?
Vestido estás de gloria y de belleza
y luz resplandeciente.

Encima de los cielos desplegados
al agua diste asiento:

las nubes son tus carros, tus alados
caballos son el viento.

Son fuego abrasador tus mensajeros,
y trueno, y torbellino;
las tierras sobre asientos duraderos
mantienes de continuo.

Los mares las cubrían de primero
por cima los collados;
mas, visto de tu voz el trueno fiero,
huyeron espantados;

y luego los subidos montes crecen,
humíllanse los valles;
si ya entre sí hinchados se embravecen,
no pasarán las calles,

las calles, que les diste, y los linderos,
ni anegarán las tierras;
descubres minas de agua en los oteros,
y corre entre las sierras

el gamo, y las salvajes alimañas
allí la sed quebrantan;
las aves nadadoras allí bañas,
y por las ramas cantan.

Con lluvia el monte riegas de tus cumbres,
y das hartura al llano;
así das heno al buey, y mil legumbres
para el servicio humano;

así se espiga el trigo, y la vid crece
para nuestra alegría;
la verde oliva así nos resplandece,

y el pan de valentía.

De allí se viste el bosque, y la arboleda,
y el cedro soberano,
adonde anida el ave, adonde enreda
su cámara el milano.

Los riscos a los corzos dan guarida,
al conejo la peña;
por ti nos mira el sol, y su lucida
hermana nos enseña

los tiempos. Tú nos das la noche oscura,
en que salen las fieras;
el tigre, que ración con hambre dura
te pide, y voces fieras.

Despiertas el aurora, y de consuno
se van a sus moradas;
da el hombre a su labor sin miedo alguno
las horas situadas.

¡Cuán nobles son tus hechos, y cuán llenos
de tu sabiduría!

Pues ¿quién dirá el gran mar, sus anchos senos,
y cuántos peces cría?

¿Las naves que en él corren, la espantable
ballena que le azota?

Sustento esperan todos saludable
de ti, que el bien no agota.

Tomamos, si tú das; tu larga mano
nos deja satisfechos;
si huyes, desfallece el ser liviano,
quedamos polvo hechos.

Mas tornará tu soplo, y renovado
repararás el mundo.

Será sin fin tu gloria, y tú alabado
de todos, sin segundo.

Tú, que los montes ardes, si los tocas,
y al cielo das temblores,
cien vidas que tuviera y cien mil bocas
dedico a tus loores.

Mi voz te agradará, y a mí este oficio
será mi gran contento:

No se verá en la tierra maleficio,
ni tirano sangriento.

Sepultará el olvido su memoria:
tú, alma, a Dios da gloria.





FRANCISCO DE LA TORRE

Torrelaguna (Madrid), 153 . ?-159 . ?

LA CIERVA.

Doliente cierva, que el herido lado
de ponzoñosa y cruda yerba lleno,
buscas el agua de la fuente pura,
con el cansado aliento y con el seno
bello de la corriente sangre hinchado,
débil y descaída tu hermosura :
¡Ay! que la mano dura
que tu nevado pecho
ha puesto en tal estrecho,
gozosa va con tu desdicha, cuando
cierva mortal, viviendo, estás penando
tu desangrado y dulce compañero,
el regalado y blando
pecho pasado del veloz montero.

Vuelve, cuitada, vuelve al valle, donde
queda muerto tu amor, en vano dando
términos desdichados a tu suerte ;
morirás en su seno, reclinando
la beldad, que la cruda mano esconde

delante de la nube de la muerte.
Que el paso duro y fuerte,
ya forzoso y terrible,
no puede ser posible
que le excusen los cielos, permitiendo
crudos astros que muera padeciendo
las asechanzas de un montero crudo,
que te vino siguiendo
por los desiertos de este campo mudo.

Mas ¡ay! que no dilatas la inclemente
muerte, que en tu sangriento pecho llevas,
del crudo amor vencido y maltratado;
tú con el fatigado aliento pruebas
a rendir el espíritu doliente
en la corriente deste valle amado.
Que el ciervo desangrado,
que contigo la vida
tuvo por bien perdida,
no fué tan poco de tu amor querido,
que habiendo tan cruelmente padecido,
quieras vivir sin él, cuando pudieras
librar el pecho herido
de crudas llagas y memorias fieras.

Cuando por la espesura deste prado,
como tórtolas solas y queridas,
solos y acompañados anduvistes:
cuando de verde mirto y de floridas
violetas, tierno acanto y lauro amado,
vuestras frentes bellísimas ceñistes:

cuando las horas tristes,
ausentes y queridos,
con mil mustios bramidos
ensordecistes la ribera umbrosa
del claro Tajo, rica y venturosa
con vuestro bien, con vuestro mal sentida;
cuya muerte penosa
no deja rastro de contenta vida

Agora el uno, cuerpo muerto lleno
de desdén y de espanto, quien solía
ser ornamento de la selva umbrosa:
tú, quebrantada y mustia, al agonía
de la muerte rendida, el bello seno
agonizando, el alma congojosa:
cuya muerte gloriosa,
en los ojos de aquellos
cuyos despojos bellos
son victorias del crudo amor furioso,
martirio fué de amor, triunfo glorioso
con que corona y premia dos amantes
que del siempre rabioso
trance mortal salieron muy triunfantes:

canción, fábula un tiempo, y caso agora
de una cierva doliente, que la dura
flecha del cazador dejó sin vida,
errad por la espesura
del monte, que de gloria tan perdida
no hay sino lamentar su desventura.

SONETO.

¡Cuántas veces te me has engalanado,
clara y amiga noche! ¡Cuántas llena
de escuridad, y espanto, la serena
mansedumbre del cielo me has turbado!

Estrellas ¡ay! que saben mi cuidado,
y que se han regalado con mi pena:
que entre tanta beldad, la más ajena
de amor, tiene su pecho enamorado.

Ellas saben amar, y saben ellas
que he contado su mal llorando el mío,
envuelto en los dobleces de tu manto.

Tú, con mil ojos, noche, mis querellas
oye, y esconde: pues mi amargo llanto
es fruto inútil, que al amor envío.

SONETO.

Esta es, Tirsis, la fuente do solía
contemplar su beldad mi Filis bella;
éste el prado gentil, Tirsis, donde ella
su hermosa frente de su flor ceñía.

Aquí, Tirsis, la vi, cuando salía
dando la luz de una y otra estrella;
allí, Tirsis, me vido, y tras aquella
haya se me escondió, y así la vía;

en esta cueva deste monte amado
me dió la mano, y me ciñó la frente
de verde yedra, y de violetas tiernas:

al prado, y haya, y cueva, y monte, y fuente,
y al cielo desparciendo olor sagrado,
rindo de tanto bien gracias eternas.

ENDECHIA.

El pastor más triste,
que ha seguido el Cielo,
dos fuentes sus ojos,
y un fuego su pecho,
llorando caídas
de altos pensamientos,
solo se querella,
riberas del Duero.
El silencio amigo,
compañero eterno
de la noche sola,
oye su tormento.
Sus endechas llevan
rigurosos vientos,
como su firmeza
mal tenidos celos.
Solo y pensativo
le halla el claro Febo;
sale su Diana,
y hállale gimiendo,
cielo que le aparta
de su bien inmenso,
le ha puesto en estado
de ningún consuelo.

Tórtola cuitada,
que el montero fiero
le quitó la gloria
de su compañero.
Elevada y mustia
del piadoso acento,
que oye suspirando
entregar al viento:
porque no se pierdan
suspiros tan tiernos,
ella los recoge,
que se duele dellos.
Y por ser más dulces
que su arrullo tierno,
de su soledad
se queja con ellos.
Que ha de hacer el triste
pierda el sufrimiento:
que tras lo perdido
no caerá contento.

ENDECHA.

Viuda sin ventura,
tórtola cuitada,
mustia y asombrada
de una muerte dura,
tú que el valle ameno
con tu arrullo blando
serenaste, cuando

vió tu bien sereno.
Quejas inmortales
hieren tus sentidos,
que a bienes perdidos
no hay medianos males.
Vuelve donde muevas
las fieras que dejas,
que no son tus quejas
para monte y cuevas.
En el valle donde
tu dolor te cela,
nadie te consuela,
nadie te responde.
Llora Filomena,
cierva herida brama,
y Eco que te llama
te cuenta tu pena.
Tu gloria fué tal,
que hizo ser temida,
pero tu caída
fué temido mal.
Si mi compañía
triste, y desdichada,
por sola te agrada,
oye mi agonía:
cielos, y hados canso,
monte, y valle ofendo,
los aires enciendo,
las aguas amanso.

Una ausencia extraña
tiene mi alma tal,
que abraza su mal,
por ser quien la engaña.
Mas una sospecha
de un ingrato olvido
trae a mi sentido
en batalla estrecha.
Ella será cierta,
que es temido mal
de un alma inmortal
la esperanza muerta.
Que del rigor que has,
cielo, puesto en ella,
no hay que esperar della,
ni que temer más.
Yo conozco y siento
de cruel fortuna,
que si es sola y una,
que aflige por ciento,
la estrella que influye
ventura en mi estado,
es el fiero hado,
que mi bien destruye.
Tu viuda cuitada,
menos afligida
que una triste vida
del cielo agraviada.
Para no cobrar

el bien que perdiste,
ninguno más triste
te podrá aliviar.
Pero no es mi intento
consolar tu canto,
sino que a mi llanto
muestres sentimiento.
Cielo y suerte dura
no me sufren cuando
padezco penando
su fe mal segura,
si me quitan cuanto
no me podrán dar,
¿no me he de quejar,
consumido en llanto?
Llorad, ojos tristes,
mientras que podéis,
lo que ausentes veis
y en presencia vistas.
Que mi suerte airada
no querrá una vida
tan aborrecida,
como desdichada.



FERNANDO DE HERRERA

Sevilla, 1534-1594.

CANCIÓN.

POR LA VITORIA DE LEPANTO.

Cantemos al Señor, que en la llanura
venció del ancho mar al Trance fiero;
tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
salud, y gloria nuestra.

Tú rompiste las fuerzas y la dura
frente de Faraón, feroz guerrero.
Sus escogidos príncipes cubrieron
los abismos del mar, y descendieron
cual piedra en el profundo, y tu ira luego
los tragó, como arista seca el fuego.

El soberbio tirano, confiado
en el grande aparato de sus naves,
que de los nuestros la cerviz cativa,
y las manos aviva
al ministerio injusto de su estado,

derribó con los brazos suyos graves
los cedros más excelsos de la cima
y el árbol que más yerto se sublima,
bebiendo ajenas aguas, y atrevido
pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños confundidos
del impío furor suyo; alzó la frente
contra ti, Señor Dios, y con semblante
y con pecho arrogante,
y los armados brazos extendidos,
movió el airado cuello aquel potente;
cercó su corazón de ardiente saña
contra las dos Hesperias, que el mar baña,
porque en ti confiadas le resisten
y de armas de tu fe y amor se visten.

Dijo aquel insolente y desdeñoso:
"¿No conocen mis iras estas tierras,
y de mis padres los ilustres hechos,
o valieron sus pechos
contra ellos con el húngaro medroso,
y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quién las pudo librar? ¿Quién de sus manos
pudo salvar los de Austria y los germanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
guardallas de mi diestra vencedora?"

"Su Roma, temerosa y humillada,
los cánticos en lágrimas convierte;
ella y sus hijos tristes mi ira esperan
cuando vencidos mueran;

Francia está con discordia quebrantada,
y en España amenaza horrible muerte
quien honra de la luna las banderas;
y aquellas en la guerra gentes fieras
ocupadas están en su defensa,
y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?

”Los poderosos pueblos me obedecen,
y el cuello con su daño al yugo inclinan,
y me dan por salvarse ya la mano,
y su valor es vano;
que sus luces cayendo se oscurecen,
sus fuertes a la muerte ya caminan,
sus vírgenes están en cautiverio,
su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.
Del Nilo a Eufrátes fértil y Istro frío,
cuanto el Sol alto mira todo es mío.”

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
usurpe quien su fuerza osado estima,
prevaleciendo en vanidad y en ira,
este soberbio mira,
que tus aras afea en su vitoria.
No dejes que los tuyos así oprima,
y en sus cuerpos, cruel, las fieras cebe,
y en su esparcida sangre el odio pruebe;
que hecho ya su oprobio, dice: “¿Dónde
el Dios de éstos está? ¿De quién se asconde?”

Por la debida gloria de tu nombre,
por la justa venganza de tu gente,
por aquel de los míseros gemido,

vuelve el brazo tendido
contra éste, que aborrece ya ser hombre;
y las honras que celas tú consiente;
y tres y cuatro veces el castigo
esfuerza con rigor a tu enemigo,
y la injuria a tu nombre cometida
sea el hierro contrario de su vida.

Levantó la cabeza el poderoso
que tanto odio te tiene; en nuestro estrago
juntó el consejo, y contra nos pensaron
los que en él se hallaron.

“Venid, dijeron, y en el mar ondoso
hagamos de su sangre un grande lago;
deshagamos a éstos de la gente,
y el nombre de su Cristo juntamente,
y dividiendo de ellos los despojos,
hártense en muerte suya nuestros ojos.”

Vinieron de Asia y portentoso Egipto
los árabes y leves africanos,
y los que Grecia junta mal con ellos,
con los erguidos cuellos,
con gran poder y número infinito;
y prometer osaron con sus manos
encender nuestros fines y dar muerte
a nuestra juventud con hierro fuerte,
nuestros niños prender y las doncellas,
y la gloria manchar y la luz dellas.

Ocuparon del piélago los senos,
puesta en silencio y en temor la tierra,

y cesaron los nuestros valerosos,
y callaron dudosos,
hasta que al fiero ardor de sarracenos
el Señor eligiendo nueva guerra,
se opuso el joven de Austria generoso
con el claro español y belicoso;
que Dios no sufre ya en Babel cativa
que su Sión querida siempre viva.

Cual león a la presa apercebido,
sin recelo los impíos esperaban
a los que tú, Señor, eras escudo;
que el corazón desnudo
de pavor, y de fe y amor vestido,
con celestial aliento confiaban.
Sus manos a la guerra compusiste,
y sus brazos fortísimos pusiste
como el arco acerado, y con la espada
vibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos
rindiéronse temblando y desmayaron;
y tú entregaste, Dios, como la rueda,
como la arista queda
al impetu del viento, a estos injustos,
que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
en las espesas cumbres se derrama,
tal en tu ira y tempestad seguiste
y su faz de ignominia convertiste.

Quebrantaste al cruel dragón, cortando

las alas de su cuerpo temerosas
y sus brazos terribles no vencidos ;
que con hondos gemidos
se retira a su cueva, do silbando
tiembla con sus culebras venenosas,
lleno de miedo torpe sus entrañas,
de tu león temiendo las hazañas ;
que, saliendo de España, dió un rugido
que lo dejó asombrado y aturdido.

Hoy se vieron los ojos humillados
del sublime varón y su grandeza,
y tú solo, Señor, fuiste exaltado ;
que tu día es llegado,
Señor de los ejércitos armados,
sobre la alta cerviz y su dureza,
sobre derechos cedros y extendidos,
sobre empinados montes y crecidos,
sobre torres y muros, y las naves
de Tiro, que a los tuyos fueron graves.

Babilonia y Egito amedrentada
temerá el fuego y la asta violenta,
y el humo subirá a la luz del cielo,
y faltos de consuelo,
con rostro oscuro y soledad turbada
tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde a la esperanza
egicia y gloria de su confianza,
triste que a ella pareces, no temiendo
a Dios y a tu remedio no atendiendo.

¿Por qué, ingrata, tus hijas adornaste
 en adulterio infame a una impía gente,
 que deseaba profanar tus frutos,
 y con ojos enjutos
 sus odiosos pasos imitaste,
 su aborrecida vida y mal presente?
 Dios vengará sus iras en tu muerte;
 que llega a tu cerviz con diestra fuerte
 la aguda espada suya; ¿quién, cuitada,
 reprimirá su mano destada?

Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro,
 que en tus naves estabas gloriosa,
 y el término espantabas de la tierra,
 y si hacías guerra,
 de temor la cubrías con suspiro,
 ¿cómo acabaste, fiera y orgullosa?
 ¿Quién pensó a tu cabeza daño tanto?
 Dios, para convertir tu gloria en llanto
 y derribar tus ínclitos y fuertes
 te hizo perecer con tantas muertes.

Llorad, naves del mar; que es destruída
 vuestra vana soberbia y pensamiento.
 ¿Quién ya tendrá de ti lástima alguna,
 tú, que sigues la luna,
 Asia adúltera, en vicios sumergida?
 ¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
 ¿Quién rogará por ti? Que a Dios enciende
 tu ira y la arrogancia que te ofende,
 y tus viejos delitos y mudanza

han vuelto contra ti a pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quebrantados
y de tus pinos ir el mar desnudo,
que sus ondas turbaron y llanura,
viendo tu muerte oscura,
dirán, de tus estragos espantados:
“¿Quién contra la espantosa tanto pudo?
El Señor, que mostró su fuerte mano
por la fe de su príncipe cristiano
y por el nombre santo de su gloria,
a su España concede esta victoria.

Bendita, Señor, sea tu grandeza;
que después de los daños padecidos,
después de nuestras culpas y castigo,
rompiste al enemigo
de la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, tus escogidos,
confiese cuanto cerca el ancho cielo
tu nombre ¡oh nuestro Dios, nuestro consuelo!
¡y la cerviz rebelde, condenada,
perezca en bravas llamas abrasada!”.

CANCIÓN.

POR LA PÉRDIDA DEL REY DON SEBASTIÁN.

Voz de dolor y canto de gemido
y espíritu de miedo, envuelto en ira,
hagan principio acerbo a la memoria
de aquel día fatal, aborrecido,
que Lusitania mísera suspira,

desnuda de valor, falta de gloria;
y la llorosa historia
asombre con horror funesto y triste
desde el áfrico Atlante y seno ardiente
hasta do el mar de otro color se viste,
y do el límite rojo de oriente
y todas sus vencidas gentes fieras
ven tremolar de Cristo las banderas.

¡Ay de los que pasaron, confiados
en sus caballos y en la muchedumbre
de sus carros, en ti, Libia desierta,
y en su vigor y fuerzas engañados,
no alzaron su esperanza a aquella cumbre
de eterna luz, mas con soberbia cierta
se ofrecieron la incierta
vitoria, y sin volver a Dios sus ojos,
con yerto cuello y corazón ufano
sólo atendieron siempre a los despojos!
Y el Santo de Israel abrió su mano,
y los dejó, y cayó en despeñadero
el carro, y el caballo y caballero.

Vino el día cruel, el día lleno
de indinación, de ira y furor, que puso
en soledad y en un profundo llanto,
de gente y de placer el reino ajeno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
el nuevo sol, presagio de mal tanto,
y con terrible espanto
el Señor visitó sobre sus males,

para humillar los fuertes arrogantes,
y levantó los bárbaros no iguales,
que con osados pechos y constantes
no busquen oro, mas con hierro airado
la ofensa venguen y el error culpado.

Los impíos y robustos, indinados,
las ardientes espadas desnudaron
sobre la claridad y hermosura
de tu gloria y valor, y no cansados
en tu muerte, tu honor todo afearon,
mezquina Lusitania sin ventura,
y con frente segura
rompieron sin temor con fiero estrago
tus armadas escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
la llanura con muertos aspereza ;
cayó en unos vigor, cayó denuedo ;
mas en otros desmayo y torpe miedo.

¿ Son éstos por ventura los famosos,
los fuertes, los belígeros varones
que conturbaron con furor la tierra,
que sacudieron reinos poderosos,
que domaron las hórridas naciones,
que pusieron desierto en cruda guerra
cuanto el mar Indo encierra,
y soberbias ciudades destruyeron ?
¿ Dó el corazón seguro y la osadía ?
¿ Cómo así se acabaron, y perdieron
tanto heroico valor en solo un día ;

y lejos de su patria derribados,
no fueron justamente sepultados?

Tales ya fueron éstos, cual hermoso
cedro del alto Líbano, vestido
de ramos, hojas, con excelsa alteza ;
las aguas lo criaron poderoso
sobre empinados árboles crecido,
y se multiplicaron en grandeza
sus ramos con belleza ;
y extendiendo su sombra, se anidaron
las aves que sustenta el grande cielo,
y en sus hojas las fieras engendraron,
y hizo a mucha gente umbroso velo ;
no igualó en ceisitud y en hermosura
jamás árbol alguno a su figura.

Pero elevóse con su verde cima,
y sublimó la presunción su pecho,
desvanecido todo y confiado,
haciendo de su alteza sólo estima.
Por eso Dios lo derribó deshecho,
a los impíos y ajenos entregado,
por la raíz cortado ;
que opreso de los montes arrojados,
sin ramos y sin hojas y desnudo,
huyeron dél los hombres, espantados,
que su sombra tuvieron por escudo ;
en su ruina y ramos cuantas fueron
las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena

murió el vencido reino lusitano,
y se acabó su generosa gloria,
no estés alegre y de ufanía llena ;
porque tu temerosa y flaca mano
hubo sin esperanza tal vitoria,
indina de memoria ;
que si el justo dolor mueve a venganza
alguna vez el español coraje,
despedazada con aguda lanza,
compensarás muriendo el hecho ultraje ;
y Luco amedrentado, al mar inmenso
pagará de africana sangre el censo.

SONETOS.

A LOS QUE MURIERON EN AFRICA CON EL REY
DON SEBASTIÁN.

Con triste voz ; oh triste Musa ! suena
de estos excelsos héroes la memoria,
de quien recela el hado la vitoria,
y las mustias exequias mustia ordena.

Porque pueda cantar, si en tanta pena
da lugar el dolor, la ingrata historia,
esparce en tanto en honra suya y gloria
el jacinto, amaranto y azucena.

Vos, no rendidas almas generosas,
con desigual asedio y dura suerte
en la ribera Libia, que el mar baña,
al cielo id veneradas, id dichosas ;

que no osará negar soberbia Muerte
que sois eterna luz y prez de España.

A CARLOS QUINTO EMPERADOR.

Temiendo tu valor, tu ardiente espada,
sublime Carlo, el bárbaro africano;
y el espantoso a todos Otomano
la altiva frente inclina quebrantada.

Italia en propria sangre sepultada,
el invencible, el áspero Germano,
y del Francés osado el pecho ufano
al yugo rinde la cerviz cansada.

Alce España los arcos en memoria,
y en columnas a una y otra parte
despojos y coronas de vitoria;

que ya en tierra y en mar no queda parte
que no sea trofeo de tu gloria
ni resta más honor al fiero Marte.

EN LA MUERTE DE LA CONDESA DE GELVES.

Alma, que ya en la luz del puro cielo
ardes de santo fuego, a quien suspira
tu ausencia con süaves ojos mira,
y alienta a levantar el flaco vuelo.

Ceñida en torno, tú, de rojo velo,
la llama en mi lloroso pecho inspira;
porque sin odio, sin temor, sin ira
desprecie el vano amor y error del suelo.

Lloré yo tu partida, amé tu gloria,

y en tu último dolor creció mi pena,
para seguir contigo el mismo hado.

Si la fe te renueva la memoria,
en esta sombra ven, con faz serena,
a consolar el corazón cuitado.

* * *

Rojo sol, que, con hacha luminosa,
coloras el purpúreo y alto cielo,
¿hallaste tal belleza en todo el suelo,
que iguale a mi serena Luz dichosa?

Aura süave, blanda y amorosa,
qu nos halagas con tu fresco vuelo,
cuando el oro descubre y rico velo
mi Luz, ¿trenza tocaste más hermosa?

Luna, honor de la noche, ilustre coro
de los errantes astros y fijados,
¿consideraste tales dos estrellas?

Sol puro, Aura, Luna, Luzes de oro,
¿oístes mis dolores nunca usados?
¿Vistes Luz más ingrata a mis querellas?

POR LA VITORIA DE LEPANTO.

Hondo Ponto, que bramas atronado
con tumulto y terror, del turbio seno
saca el rostro, de torpe miedo lleno;
mira tu campo arder ensangrentado.

Y junto en este cerco y encontrado
todo el Cristiano esfuerzo, y Sarraceno,
y, cubierto de humo, y fuego, y trueno,

huir temblando el impio quebrantado.

Con profundo murmurio la vitoria
mayor celebrada que jamás vió el cielo
y más dudosa y singular hazaña,
y di que sólo mereció la gloria,
que tanto nombre da a tu sacro suelo,
el Joven de Austria y el valor de España.

A DON JUAN DE AUSTRIA EN SU MUERTE.

Pongan en tu sepulcro, oh flor de España,
la Virtud militar y la Vitoria
grandes ciudades presas en memoria,
y todo el noble mar que a Grecia baña.

Tú solo, tú con singular hazaña
ganaste vencedor tan alta gloria,
que las voces se cansan de la historia,
que tus inclitos hechos acompaña.

El furor de Otomano quebrantado
será justo despojo, que esculpido
en lengua de la fama alee tu nombre
con tal blasón; valor nunca domado,
ingenio y arte hacen, que vencido
no pueda ser del tiempo un mortal hombre.

A LAS RUINAS DE ITÁLICA.

Esta rota y cansada pesadumbre,
osada muestra de soberbios pechos,
estos quebrados arcos y deshechos,
y abierto cerco de espantosa cumbre,

descubren a la ruda muchedumbre
su error ciego, y sus términos estrechos ;
y sólo yo, en mis grandes males hechos,
nunca sé abrir los ojos a la lumbre.

Pienso que mi esperanza ha fabricado
edificio más firme ; y aunque veo
que se derriba, sigo al fin mi engaño.

¿De qué sirve el juicio a un obstinado,
que la razón oprime en el deseo
de ver su error, y padecer más daño ?

A SEVILLA.

Reina del grande Océano dichosa,
sin quien a España falta la grandeza,
a quien Valor, Ingenio y Nobleza
hacen más estimada y generosa ;

¿cuál diré que tú seas, Luz hermosa
de Europa ? Tierra, no ; que tu riqueza
y gloria no se cierra en su estrechez ;
cielo sí, de virtud maravillosa.

Oye, y se espanta, y no te cree el que mira
tu poder y abundancia ; de tal modo
con la presencia ve menor la fama.

No ciudad, eres orbe. En ti se admira
junto, cuanto en las otras se derrama ;
parte de España, mas mejor que el todo.



GASPAR GIL POLO

† 1591?

SONETO.

Arenoso, desierto, y seco prado,
tú, que escuchaste el són de mi lamento,
hinchado mar, mudable y fiero viento,
con mis suspiros tristes alterado ;

duro peñasco, en do escrito y pintado
perpetuamente queda mi tormento,
dad cierta relación de lo que siento,
pues que Marcelio sola me ha dejado.

Llevó a mi hermana, a mí puso en olvido :
y pues su fe, su vela y mi esperanza
al viento encomendó, sedme testigos,
que más no quiero amar hombre nascido,
por no entrar en un mar, do no hay bonanza,
ni pelear con tantos enemigos.

CANCIÓN DE NEREA.

En el campo venturoso,
donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso

dejando el suelo abundoso
da tributo al mar potente ;
Galatea, desdeñosa
del dolor que a Licio daña,
iba alegre y bulliciosa
por la ribera arenosa
que el mar con sus ondas baña,
entre la arena cogiendo
conchas y piedras pintadas,
muchos cantares diciendo
con el son del ronco estruendo
de las ondas alteradas ;
junto el agua se ponía,
y las ondas aguardaba,
y en verlas llegar huía ;
pero a veces no podía
y el blanco pie se mojaba.

Licio, al cual en sufrimiento
amador ninguno iguala,
suspendió allí su tormento
mientras miraba el contento
de su pulida zagala.

Mas cotejando su mal
con el gozo que ella había,
el fatigado zagal
con voz amarga y mortal
desta manera decía :

“Ninfa hermosa, no te vea
jugar con el mar horrendo ;

y aunque más placer te sea,
huye del mar, Galatea,
como estás de Licio huyendo.

"Deja ahora de jugar,
que me es dolor importuno;
no me hagas más penar,
que en verte cerca del mar
tengo celos de Neptuno.

"Causa mi triste cuidado
que a mi pensamiento crea:
porque ya está averiguado
que si no es tu enamorado
lo será cuando te vea.

"Y está cierto, porque amor
sabe desde que me hirió,
que para pena mayor
me falta un competidor
más poderoso que yo.

"Deja la seca ribera,
do está el alga infructuosa:
guarda que no salga afuera
alguna marina fiera
enroscada y escamosa.

"Huye ya, y mira que siento
por ti dolores sobrados;
porque con doble tormento
celos me da tu contento
y tu peligro cuidados.

"En verte regocijada

celos me hacen acordar
de Europa, ninfa preciada,
del toro blanco engañada
en la ribera del mar.

"Y el ordinario cuidado
hace que piense contino
de aquel desdeñoso alnado,
orilla el mar arrastrado,
visto aquel monstruo marino.

"Mas no veo en ti temor
de congoja y pena tanta;
que bien sé por mi dolor
que a quien no teme el amor
ningún peligro le espanta.

"Guarte, pues, de un gran cuidado;
que el vengativo Cupido
viéndose menospreciado,
lo que no hace de grado,
suele hacerlo de ofendido.

"Ven conmigo al bosque ameno,
y al apacible sombrío
de olorosas flores lleno,
do en el día más sereno
no es enojoso el Estío.

"Si el agua te es placentera,
hay allí fuente tan bella,
que para ser la primera
entre todas, sólo espera
que tú te laves en ella.

"En aqueste raso suelo
a guardar tu hermosa cara
no basta sombrero o velo;
que estando al abierto cielo
el sol morena te para.

"No escuchas dulces conceptos
sino el espantoso estruendo
con que los bravosos vientos
con soberbios movimientos
van las aguas revolviendo.

"Y tras la fortuna fiera
son las vistas más suaves
ver llegar a la ribera
la destrozada madera
de las anegadas naves.

"Ven a la dulce floresta,
do natura no fué escasa:
donde haciendo alegre fiesta
la más calurosa siesta
con más deleite se pasa.

"Huye los soberbios mares;
ven, verás cómo cantamos
tan deleitosos cantares
que los más duros pesares
suspendemos y engañamos;

"y aunque quien pasa dolores,
amor le fuerza a cantarlos,
yo haré que los pastores
no digan cantos de amores,

porque huelgues de escucharlos.

"Allí, por bosques y prados,
podrás leer todas horas,
en mil robles señalados
los nombres más celebrados
de las ninfas y pastoras.

"Mas seráte cosa triste
ver tu nombre allí pintado,
en saber que escrita fuiste
por el que siempre tuviste
de tu memoria borrado.

"Y aunque mucho estés airada,
no creo yo que te asombre
tanto el verte allí pintada,
como el ver que eres amada
del que allí escribió tu nombre.

"No ser querida y amar
fuera triste desplacer ;
mas ¿qué tormento o pesar
te puede, Ninfa, causar
ser querida y no querer ?

"Mas desprecia cuanto quieras
a tu pastor, Galatea ;
solo que en estas riberas
cerca de las ondas fieras
con mis ojos no te vea.

"¿Qué pasatiempo mejor
orilla el mar puede hallarse
que escuchar el ruiseñor,

coger la olorosa flor
y en clara fuente lavarse?
"Pluguiera a Dios que gozaras
de nuestro campo y ribera,
y porque más lo preciaras,
ojalá tú lo probaras
antes que yo lo dijera.

"Porque cuanto alabo aquí
de su crédito lo quito;
pues el contentarme a mí
basta para que a ti
no te venga en apetito."

Licio mucho más le hablara,
y tenía más que hablalle,
si ella no se lo estorbara,
que con desdeñosa cara
al triste dice que calle.

Volvió a sus juegos la fiera
y a sus llantos el pastor,
y de la misma manera
ella queda en la ribera,
y él en su mismo dolor.

CANCIÓN DE SIRENO.

Alégrenos la hermosa primavera,
vístase el campo de olorosas flores,
y reverdezca el valle, el bosque y prado.
Las reses enriquezcan los pastores,
el lobo hambriento crudamente muera,

y medre y multiplíquese el ganado.
El río apresurado
lleve abundancia siempre de agua clara ;
y tú, fortuna avara,
vuelve el rostro de crudo y variable
muy firme y favorable ;
y tú, que los espíritus engañas,
maligno amor, no aquejes mis entrañas.

Deja vivir la pastoril llaneza
en la quietud de los desiertos prados,
y en el placer de la silvestre vida.
Descansen los pastores descuidados,
y no pruebes tu furia y fortaleza
en la alma simple, flaca y desvalida.
Tu llama esté encendida
en las soberbias cortes, y entre gentes
bravosas y valientes ;
y para que gozando un dulce olvido,
descanso muy cumplido
me den los valles, montes y campañas,
maligno amor, no aquejes mis entrañas.

¿ En qué ley hallas tú que esté sujeto
a tu cadena un libre entendimiento,
y a tu crueldad una alma descansada ?
¿ En quien más huye tu áspero tormento,
haces, inicuo amor, más crudo efecto ?
¡ Oh, sin razón jamás acostumbrada !
¡ Oh, crueldad sobrada !
¿ No bastaría, Amor, ser poderoso,



“Deja vivir la pastoril haneza
en la quietud de los desiertos prados...”

sin ser tan riguroso?
¿No basta ser señor, sino tirano?
¡Oh, niño ciego y vano!
¿Por qué bravo te muestras y te ensañas
con quien te da su vida y sus entrañas?

Recibe engaño y torpemente yerra
quien Dios te nombra, siendo cruda llama,
ardiente, embravecida y furiosa.

Y tengo por más simple el que te llama
hijo de aquella Venus, que en la tierra
fué blanda, regalada y amorosa.

Y a ser probada cosa
que ella tuviese un hijo tan malino,
yo digo y determino
que en la ocasión y causa de los males
entrambos son iguales:

ella, pues te parió con tales mañas,
y tú, pues tanto aquejas las entrañas.

Las mansas ovejuelas van huyendo
los carniceros lobos, que pretenden
sus carnes engordar con pasto ajeno.

Las benignas palomas se defienden
y se recogen todas en oyendo
el bravo són del espantoso trueno.

El bosque y prado ameno,
si el cielo el agua clara no le envía,
le pide a gran porfía,
y a su contrario cada cual resiste;
sólo el amante triste

sufre tu furia y ásperas hazañas,
y deja que deshagas sus entrañas.

Una pasión que no puede encubrirse,
ni puede con palabras declararse,
y un alma entre temor y amor metida:
un siempre lamentar sin consolarse,
un siempre arder y nunca consumirse,
y estar muriendo y no acabar la vida.

Una pasión crecida,
que pasa el que bien ama estando ausente,
y aquel dolor ardiente
que dan los tristes celos y temores
éstos son los favores,
Amor, con que las vidas acompañas,
perdiendo y consumiendo las entrañas.





SAN JUAN DE LA CRUZ

Fontiveros (Avila), 1542—Ubeda (Jaén), 1591.

CANCIONES DEL ALMA.

I

En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada .

A oscuras y segura,
por la secreta escala disfrazada,
¡oh dichosa ventura!
a oscuras encelada,
estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía
sino la que en el corazón ardía.

Aquesta me guiaba
más cierto que la luz de mediodía,

adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

¡ Oh noche, que guiaste,
oh noche, amable más que el alborada,
oh noche, que juntaste
Amado con amada,
amada en el amado transformada!

En mi pecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido,
yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire del almena,
cuando ya sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme;
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

II

ESPOSA

¿ Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?

Como el ciervo huíste,
habiéndome herido ;
salí tras ti clamando, y ya eras ido.

Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

¡ Oh bosques y espesuras,
plantadas por mano del Amado,
oh prado de verduras,
de flores esmaltado,
decid si por vosotros ha pasado !

CRIATURAS

Mil gracias derramando,
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

ESPOSA

¡ Ay, quién podrá sanarme !
Acaba de entregarte ya de vero,

no quieras enviarme
de hoy más ya mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.

Y todos cuantos vagan,
de ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan,
y déjame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.

Mas ¿cómo perseveras,
oh vida, no viviendo donde vives,
y haciendo por que mueras,
las flechas que recibes,
de lo que del Amado en ti concibes?

¿Por qué, pues, has llegado
a aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me lo has robado,
¿por qué así le dejaste,
y no tomas el robo que robaste?

Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta a deshacellos,
y véante mis ojos,
pues eres lumbre de ellos,
y sólo para ti quiero tenellos.

Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.

¡Oh cristalina fuente,

si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados,
que tengo en mis entrañas dibujados!
 Apártalos, Amado,
que voy de vuelo.

ESPOSO

 Vuélvete, paloma,
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma,
al aire de tu vuelo, y fresco toma.

ESPOSA

 Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las insulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos.

 La noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena, que recrea y enamora.

 Cazadnos las raposas,
que está ya florecida nuestra viña,
en tanto que de rosas
hacemos una piña,
y no parezca nadie en la montaña.

Detente, cierzo muerto,
ven, austro, que recuerdas los amores,
aspira por mi huerto,
y corran tus olores,
y pacerá el Amado entre las flores.

Oh ninfas de Judea,
en tanto que en las flores y rosales
el ámbar perfumea,
morá en los arrabales,
y no queráis tocar nuestros umbrales.

Escóndete, Carillo,
y mira con tu haz a las montañas,
y no quieras decillo;
mas mira las campañas
de la que va por insulas extrañas.

ESPOSO

A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores.
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores,
y miedos de las noches veladores.

Por las amenas liras
y cantos de Sirenas os conjuro
que cesen vuestras iras,
y no toquéis al muro,
porque la Esposa duerma más seguro.

Entrádose ha la Esposa
en el ameno huerto deseado,

y a su sabor reposa,
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.

Debajo del manzano
allí conmigo fuiste desposada,
allí te di la mano,
y fuiste reparada
donde tu madre fuera violada.

ESPOSA

Nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura tendido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado.

A zaga de tu huella
los jóvenes discurren al camino
al toque de centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino.

En la interior bodega
de mi Amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía,
y el ganado perdí que antes seguía.

Allí me dió su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le di de hecho
a mí, sin dejar cosa;

allí le prometí de ser su esposa.

Mi alma se ha empleado,
y todo mi caudal, en su servicio,
ya no guardo ganado
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio.

Pues ya si en el egido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido.
Que, andando enamorada,
me hice perdidiza, y fui ganada.

De flores y esmeraldas
en las frescas mañanas escogidas,
haremos las guirnaldas,
en tu amor florecidas,
y en un cabello mío entretajidas.

En sólo aquel cabello
que en mi cuello volar consideraste,
mirástele en mi cuello,
y en él preso quedaste,
y en uno de mis ojos te llagaste.

Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían,
por eso me adamabas,
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti vían.

No quieras despreciarme,
que si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme,

después que me miraste;
que gracia y hermosura en mí dejaste.

ESPOSO

La blanca palomica
al arca con el ramo se ha tornado,
y ya la tortolica
al socio deseado
en las riberas verdes ha hallado.

En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.

ESPOSA

Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado,
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.

Y luego a las subidas
cavernas de las piedras nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos,
y el mosto de granadas gustaremos.

Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía,
y luego me darías

allí tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día.
El aspirar del aire,
el canto de la dulce Filomena,
el soto y su donaire,
en la noche serena
con llama que consume y no da pena.
Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecía,
y el cerco sosegaba,
y la caballería
a vista de las aguas descendía.

CANCIÓN DE CRISTO Y EL ALMA.

Un pastorcico solo está penado,
ajeno de placer y de contento,
y en su pastora firme el pensamiento,
y el pecho del amor muy lastimado.
No llora por haberle amor llagado,
que no se pena en verse así afligido,
aunque en el corazón está herido ;
mas llora por pensar que está olvidado.
Que sólo de pensar que está olvidado
de su bella pastora, con gran pena
se deja maltratar en tierra ajena,
el pecho del amor muy lastimado.
Y dice el pastorcico : ¡ Ay desdichado
de aquel que de mi amor ha hecho ausencia,
y no quiere gozar de mi presencia,

y el pecho por su amor muy lastimado!

Y a cabo de un gran rato se ha encumbrado
sobre un árbol do abrió sus brazos bellos,
y muerto se ha quedado, asido de ellos,
el pecho del amor muy lastimado.

COPLAS DEL ALMA QUE PENA POR VER A DIOS.

Vivo sin vivir en mí,
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.

En mí yo no vivo ya,
y sin Dios vivir no puedo;
pues sin él y sin mí quedo,
este vivir ¿qué será?
Míll muertes se me hará,
pues mi misma vida espero,
muriendo porque no muero.

Esta vida que yo vivo
es privación de vivir;
y así, es continuo morir
hasta que viva contigo;
oye, mi Dios, lo que digo,
que esta vida no la quiero,
que muero porque no muero.

Estando ausente de ti,
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer,
la mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,

pues de suerte persevero,
que muero porque no muero.

El pez que del agua sale,
aun de alivio no carece ;
que la muerte que padece,
al fin la muerte le vale ;
¿ qué muerte habrá que se iguale
a mi vivir lastimero,
pues si más vivo más muero ?

Cuando me empiezo a aliviar
de verte en el sacramento,
háceme más sentimiento
el no te poder gozar ;
todo es para más penar
y mi mal es tan entero,
que muero porque no muero.

Y si mi gozo, Señor,
con esperanza de verte,
en ver que puedo perderte
se me dobla mi dolor,
viviendo en tanto pavor,
y esperando, como espero,
que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida ;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte ;
mira que muero por verte,
y de tal manera espero,

que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
y lamentaré mi vida
en tanto que detenida
por mis pecados está.
¡Oh mi Dios! ¿Cuándo será?
Cuando yo diga de vero:
Vivo ya porque no muero.





A CRISTO CRUCIFICADO

Se ha atribuído este SONETO a tres grandes figuras de la Iglesia española: Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier. Se ha atribuido también a fray Pedro de los Reyes, religioso franciscano descalzo, y a fray Miguel de Guevara, agustino, misionero en Méjico, donde murió en 1640. Pero no puede considerarse aún resuelto este problema de nuestra Historia literaria.

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido¹;
muéveme ver tu cuerpo tan herido²;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera³,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

1 Clavado en esa cruz, y escarnecido;

2 Muéveme el ver tu cuerpo tan herido;

3 Muévesme al tu amor en tal manera,

No me tienes que dar porque te quiera;
pues aunque lo que espero no esperara ⁴,
lo mismo que te quiero te quisiera.

4 que aunque quanto espero. no esperara.

Estas variantes están tomadas de la redacción del SONETO publicada por el padre Menchaca, S. J., en su edición de las *Cartas de San Francisco Xavier*, Bolonia, 1795; redacción que reprodujo dicho autor en otra edición suya de las *Cartas de San Ignacio de Loyola*, Bolonia, 1804. Pero el padre Menchaca tomó dicha redacción de una obra un siglo anterior, la *Vida del Patriarca San Ignacio de Loyola* (en italiano), por don Vigilio Nolarci (anagrama del autor: el padre Aloys Carnoli, S. J.), Venecia, 1687.





BALTASAR DEL ALCAZAR

Sevilla, 1530-1606.

UNA CENA.

En Jaén, donde resido,
vive don Lope de Sosa,
y diréte, Inés, la cosa
más brava de él que has oído.

Tenía este caballero
un criado portugués...
pero cenemos, Inés,
si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta,
lo que se ha de cenar junto,
las tazas del vino a punto,
falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,
y échole la bendición;
yo tengo por devoción
de santiguar lo que bebo.

Franco fué, Inés, este toque;

pero arrójame la bota:
vale un florín cada gota
de aqueste vinillo aloque.

¿De qué taberna se trajo?
mas ya... de la del Castillo;
diez y seis vale el cuartillo,
no tiene vino más bajo.

Por nuestro Señor, que es mina
la taberna de Alcocer;
grande consuelo es tener
la taberna por vecina.

Si es o no invención moderna,
vive Dios que no lo sé,
pero delicada fué
la invención de la taberna.

Porque allí llevo sediento,
pido vino de lo nuevo,
mídenlo, dánmelo, bebo,
págolo y vóyme contento.

Esto, Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo;
sólo una falta le hallo,
que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicón
hizo fin: ¿qué viene ahora?
la morcilla, ¡oh gran señora,
digna de veneración!

¡Qué oronda viene y qué bella!
¡que través y enjundia tiene!

Paréceme, Inés, que viene
para que demos en ella.

Pues sús, encójase y entre,
que es algo estrecho el camino.
No echas agua, Inés, al vino;
no se escandalice el vientre.

Echa de lo tras añojo,
porque con más gusto comas;
Dios te guarde que así tomas,
como sabia, mi consejo.

Mas dí, ¿no adoras y precias
la morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.

¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
y asada por esas manos,
hechas a cebar lechones.

El corazón me revienta
de placer; no sé de ti.
¿Cómo te va? Yo por mí
sospecho que estás contenta.

Alegre estoy, vive Dios;
mas oye un punto sutil:
¿no pusiste allí un candil?
¿cómo me parecen dos?

Pero son preguntas viles;
ya sé lo que puede ser:
con este negro beber

se acrecientan los candiles.

Probemos lo del pichel,
alto licor celestial;
no es el aloquillo tal,
ni tiene que ver con él.

¡Qué suavidad! ¡Qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡Qué color!
¡Todo con tanta fineza!

Mas el queso sale a plaza,
la moradilla va entrando,
y ambos vienen preguntando
por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo:
el de Pinto no le iguala;
pues la aceituna no es mala,
bien puede bogar su remo.

Haz, pues, Inés, lo que sueles,
daca de la bota llena
seis tragos; hecha es la cena;
levántense los manteles.

Ya que, Inés, hemos cenado
tan bien y con tanto gusto,
parece que será justo
volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,
que el portugués cayó enfermo...
las once dan, yo me duermo;
quélese para mañana.

CANCIÓN.

Tres cosas me tienen preso
de amores el corazón:
la bella Inés, y jamón,
y *berenjenas con queso*.

Una Inés, amantes, es
quien tuvo en mí tal poder,
que me hizo aborrecer
todo lo que no era Inés:
trájome un año sin seso,
hasta que en una ocasión
me dió a merendar jamón
y *berenjenas con queso*.

Fué de Inés la primer palma,
pero ya juzgarse ha mal
entre todos ellos cuál
tiene más parte en mi alma.
En gusto, medida y peso
no les hallo distinción;
ya quiero Inés, ya jamón,
ya *berenjenas con queso*.

Alega Inés su beldad;
el jamón que es de Aracena;
el queso y la berenjena,
su andaluza antigüedad.
Y está tan en fil el peso,
que, juzgado sin pasión,
todo es uno; Inés, jamón

y berenjenas con queso.

Servirá este nuevo trato
destos mis nuevos amores
para que Inés sus favores
nos los venda más barato;
pues tendrá por contrapeso,
si no hiciere razón,
una lonja de jamón
y berenjenas con queso.

VIDA DEL AUTOR EN LA VEJEZ.

Deseáis, señor Sarmiento,
saber en estos mis años,
sujetos a tantos daños,
cómo me porto y sustento.

Yo os lo diré en brevedad,
porque la historia es bien breve,
y el daros gusto se os debe
con toda puntualidad.

Salido el sol por Oriente
de rayos acompañado,
me dan un huevo pasado
por agua, blando y caliente.

con dos tragos del que suelo
llamar yo néctar divino,
y a quien otros llaman vino
porque nos vino del cielo.

Cuando el luminoso vaso
toca en la meridional,

distanto por un igual
del oriente y del ocaso,
me dan asada o cocida
de una gruesa y gentil ave,
con tres veces del suave
licor que alegra la vida.

Después que, cayendo, viene
a dar en el mar Hesperio,
desamparando el imperio
que en nuestro horizonte tiene,
me suelen dar a comer
tostadas en vino mulso,
que el debilitado pulso
restituyen en su ser.

Luego me cierran la puerta,
y me entrego al dulce sueño;
dormido, soy de otro dueño:
no sé de mí cosa cierta.

Hasta que, habiendo sol nuevo,
me cuentan cómo he dormido;
y así, de nuevo les pido
que me den néctar y huevo.

Ser vieja la casa es esto;
veo que se va cayendo;
vóile puntales poniendo,
por que no caiga tan presto.

Mas todo es vano artificio;
que presto dicen mis males

han de faltar los puntales
y allanarse el edificio.

A INÉS.

Oyeme, así Dios te guarde,
que te quiero, Inés contar
un cuento bien singular
que me sucedió esta tarde.

Has de saber que un francés
pasó vendiendo calderas...
estáme atenta; no quieras
que lo cuente en balde, Inés.

Llamélo, y desque me vido...
escúchame con reposo,
que es el cuento más donoso
de cuantos habrás oído.

Díjete:—Amigo, a contento,
¿cuánto por esta caldera?...
¿No me escuchas?... Pues yo muera
sin óleo si te lo cuento.

EPIGRAMAS.

—Qué es cosa y cosa, Costanza?
—Diréis vos; que yo no sé.
—Desta vez cogido os he.
¿No es muy buena adivinanza?
Pero vos, en conclusión,
¿me la dáis?—Cosa es forzosa.

—Pues digo que cosa y cosa,
Costanza, dos cosas son.

Donde el sacro Betis baña
con manso curso la tierra,
que entre sus muros encierra
toda la gloria de España,
reside Inés la graciosa,
la del dorado cabello;
pero a mí. ¿que me va en ello?
Maldita de Dios la cosa.

Revelóme ayer Luisa
un caso bien de reír;
quírotelo, Inés, decir,
porque te caigas de risa.

Has de saber que su tía...
no puedo de risa, Inés;
quiero reíilo y después
lo diré, cuando no ría.

Respuesta de un letrado a otro que le pedía consejo.

Demandáisme muy perplejo,
sapiéntísimo doctor,
que os diga cuál es mejor:
dar o recibir consejo.

Esto que me habéis propuesto
tiene muy fácil salida:
yo no lo sé, por mi vida;
¿puede ser más fácil que esto?

DIÁLOGO ENTRE DOS PERRILLOS.

—¿Cómo os llamáis, gentil hombre?

—Señor, Zarpilla me llamo

—Pues ¿por qué? —Porque mi amo
quiso ponerme este nombre.

—¿Quién sois, y de dónde o cuyo?

—Guzquejo soy sevillano,
y de un alcaide inhumano;
que ojalá no fuera suyo.

—¿Tan mal os va en su posada?

¿Qué es eso de par del ojo,
si no lo habéis por enojo?

—Sacóme una rebanada.

—¿De dónde, cómo o por quién?

—Daré relación cumplida
del discurso de mi vida,
para que lo entendáis bien.

Yo, señor, nací en Sevilla,
de padres guzques honrados,
y entonces, por mis pecados,
no me llamaban Zarpilla.

Era un sastre a quien servía,
y con los años aviesos
vine a ponerme en los huesos,
de lo poco que comía.

Dióme después un bellaco
en el pie con un ladrillo.

¡Considerad un guzquillo

hambriento, cojuelo y flaco!

Todo el día echado al sol,
de tal manera me vi,
que no diérades por mí
lo que vale un caracol.

Viéndome en tan mala vida,
acordé buscar señor
que me tratase mejor
en esto de la comida.

Fuíme de mi amo el sastre,
di conmigo donde estoy,
y cuán venturoso soy
lo veréis en mi desastre.

Topé un señor de buen arte
que me quiso en pocos días,
puesto que mis monerías
y donaires fueron parte.

La pasada vida estrecha
y la cudicia del pan
me hacían ser truhán,
sin serlo de mi cosecha.

Daba saltos en el aire,
triscaba por complacelle,
y acertaron a caelle
estas cosas en donaire,

y con esto me hartaban;
limpiéme, que estaba sucio;
paréme tan gordo y lucio
que mil guzques me envidiaban.

Y estando así, sucedió
que un gato, mi compañero,
comió a mi amo un jilguero
que privaba como yo.

Siendo mi amo informado
del homicida cruel,
quisiera vengarse dél;
mas no quiso mi pecado.

No acertó donde él quisiera,
ni donde quisiera yo;
que de acertar, si acertó,
que acertar nunca debiera.

Yo estaba del otro cabo
y, viendo el golpe venir,
con el temor de morir,
hice broquel de su rabo.

Fué tan bellaco el broquel,
que lo rebanó por medio,
y rebanó sin remedio
cuanto abroquelé con él.

Llevóme el cruel ingrato
lo que falta desta pieza,
y así pagó mi cabeza
lo que hizo la del gato.

MADRIGAL.

Decidme, fuente clara,
hermoso y verde prado
de varias flores lleno y adornado;

decidme, alegres árboles, heridos
del fresco y manso viento,
calandrias, ruiseñores,
en las quejas de amor entretenidos,
sombra do yo gocé de algún contento,
¿dónde está agora aquella que solía
pisar las flores tiernas y suaves,
gustar el agua fría?
Murió. ¡Dolor cruel! ¡Amarga hora!
Arboles, fuente, prado, sombra y aves,
no es tiempo de vivir; quedá en buen hora;
que el alma ha de ir buscando a su pastora.





'ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA

Madrid, 1533-1594.

LA ARAUCANA

(1569-1578-1589)

DESCRIPCIÓN DE LA PROVINCIA DE CHILE Y ESTADO
DE ARAUCO, CON LAS COSTUMBRES Y MODOS DE GUERRA DE SUS NATURALES.

(Canto I, estrofas 1-23 y 33-47).

No las damas, Amor, no gentilezas
de caballeros canto enamorados,
ni las muestras, regalos y ternezas
de amorosos afectos y cuidados,
mas el valor, los hechos, las proezas
de aquellos españoles esforzados
que a la cerviz de Arauco no domada,
pusieron duro yugo por la espada.

Cosas diré también harto notables
de gente que a ningún rey obedecen,
temerarias empresas memorables
que celebrarse con razón merecen,
raras industrias, términos loables
que más los españoles engrandecen;

pues no es el vencedor más estimado
de aquello en que el vencido es reputado.

Suplicoos, gran Felipe, que mirada
esta labor, de vos sea recebida,
que, de todo favor necesitada,
queda, con darse a vos, favorecida.
Es relación sin corromper sacada
de la verdad, cortada a su medida;
no despreciéis el don, aunque tan pobre,
para que autoridad mi verso cobre.

Quiero a señor tan alto dedicarlo,
porque este atrevimiento lo sostenga,
tomando esta manera de ilustrarlo,
para que quien lo viere en más lo tenga:
y si esto no bastare a no tacharlo,
a lo menos confuso se detenga,
pensando que, pues va a vos dirigido,
que debe de llevar algo escondido.

Y haberme en vuestra casa yo criado
¡qué crédito me da por otra parte!
Hará mi torpe estilo delicado,
y lo que va sin orden, lleno de arte;
así, de tantas cosas animado,
la pluma entregaré al furor de Marte;
dad, orejas, señor, a lo que digo,
que soy de parte de ello buen testigo.

Chile, fértil provincia y señalada,
en la región antártica famosa,
de remotas naciones respetada

por fuerte, principal y poderosa :
la gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida,
ni a extranjero dominio sometida.

Es Chile norte sur de gran longura,
costa del nuevo mar del Sur llamado,
tendrá del este a oeste de angostura
cien millas, por lo más ancho tomado,
bajo del polo antártico en altura
de veinte y siete grados prolongado,
hasta do el mar océano y chileno
mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares, que pretenden,
pasando de sus términos juntarse,
baten las rocas y sus olas tienden ;
mas esles impedido el allegarse :
por esta parte al fin la tierra hienden,
y pueden por aqui comunicarse ;
Magallanes, Señor, fué el primer hombre
que, abriendo este camino, le dió nombre.

Por falta de pilotos, o encubierta
causa, quizá importante y no sabida,
esta secreta senda descubierta
quedó para nosotros escondida,
ora sea yerro de la altura cierta,
ora que alguna isleta removida
del tempestuoso mar y viento airado,
encallando en la boca, la ha cerrado.

Digo que norte sur corre la tierra,
y báñala del oeste la marina;
a la banda del este va una sierra
que el mismo rumbo mil leguas camina:
en medio es donde el punto de la guerra
por uso y ejercicio más se afina:
Venus y Amor aquí no alcanzan parte;
sólo domina el iracundo Marte.

Pues en este distrito demarcado,
por donde su grandeza es manifiesta,
está a treinta y seis grados el estado
que tanta sangre ajena y propia cuesta:
éste es el fiero pueblo no domado
que tuvo a Chile en tal estrecho puesta,
y aquel que por valor y pura guerra
hace en torno temblar toda la tierra.

Es Arauco, que basta, el cual sujeto
lo más de este gran término tenía,
con tanta fama, crédito y concepto
que del un polo al otro se extendía,
y puso al Español en tal aprieto
cual presto se verá en la carta mía.
Veinte leguas contienen sus mojones,
poseénla diez y seis fuertes varones.

De diez y seis caciques y señores
es el soberbio estado poseído,
en militar estudio los mejores
que de bárbaras madres han nacido,
reparo de su patria y defensores,

ninguno en el gobierno preferido.
Otros caciques hay, mas por valientes
son éstos en mandar los preeminentes.

Sólo el señor de imposición le viene
servicio personal de sus vasallos,
y en cualquiera ocasión, cuando conviene,
puede por fuerza al débito apremiallos;
pero así obligación el señor tiene
en las cosas de guerra doctrinallos,
con tal uso, cuidado y disciplina,
que son maestros después de esta doctrina.

En lo que usan los niños, en teniendo
habilidad y fuerza provechosa,
es que un trecho seguido han de ir corriendo
por una áspera cuesta pedregosa;
y al puesto y fin del curso revolviendo
le dan al vencedor alguna cosa;
vienen a ser tan sueltos y alentados
que alcanzan por aliento los venados.

Y desde la niñez al ejercicio
los apremian por fuerza y los incitan,
y en el bélico estudio y duro oficio,
entrando en más edad, los ejercitan:
si alguno de flaqueza da un indicio,
del uso militar lo inhabilitan;
y el que sale en las armas señalado
conforme a su valor le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preeminencia
no son por flacos medios proveídos,

ni van por calidad, ni por herencia,
ni por hacienda y ser mejor nacidos;
mas la virtud del brazo y la excelencia,
ésta hace los hombres preferidos;
ésta ilustra, habilita, perficiona
y quilata el valor de la persona.

Los que están a la guerra dedicados
no son a otro servicio constreñidos,
del trabajo y labranza reservados
y de la gente baja mantenidos:
pero son por las leyes obligados
de estar a punto de armas proveídos,
y a saber diestramente gobernallas
en las licitas guerras y batallas.

Las armas de ellos más ejercitadas
son picas, alabardas y lanzones,
con otras puntas largas enhastadas
de la facción y forma de punzones,
hachas, martillos, mazas barreadas,
dardos, sargentas, flechas y bastones,
lazos de fuertes mimbres y bejucos,
tiros arrojadizos y trabucos.

Algunas de estas armas han tomado
de los cristianos nuevamente agora,
que el continuo ejercicio y el cuidado
enseña y aprovecha cada hora,
y otras, según los tiempos, inventado:
que es la necesidad grande inventora,
y el trabajo solícito en las cosas,

maestro de invenciones ingeniosas.

Tienen fuertes y dobles coseletes,
arma común a todos los soldados,
y otros a la manera de sayetes,
que son, aunque modernos, más usados;
grebas, brazales, golas, capacetes
de diversas hechuras, encajados,
hechos de piel curtida y duro cuero,
que no basta a ofenderle el fino acero.

Cada soldado una arma solamente,
ha de aprender y en ella ejercitarse,
y es aquella a que más naturalmente
en la niñez mostrare aficionarse:
de esta sola procura diestramente
saberse aprovechar, y no empacharse
en jugar de la pica el que es flechero,
ni de la maza y flechas el piquero.

Hacen su campo, y muéstranse en formados
escuadrones distintos muy enteros,
cada fila de más de cien soldados,
entre una pica y otra los flecheros,
que de lejos ofenden desmandados
bajo la protección de los piqueros,
que van hombro con hombro, como digo,
hasta medir a pica al enemigo.

.....

De consejo y acuerdo una manera
tienen de tiempo antiguo acostumbrada,
que es hacer un convite y borrachera

cuando sucede cosa señalada ;
y así a cualquier señor que la primera
nueva de tal suceso le es llegada,
despacha con presteza embajadores
a todos los caciques y señores,
haciéndoles saber cómo se ofrece
necesidad y tiempo de juntarse,
pues a todos les toca y pertenece,
que es bien con brevedad comunicarse,
según el caso así se lo encarece,
y el daño que se sigue dilatarse ;
lo cual visto que a todos les conviene,
ninguno venir puede que no viene.

Juntos, pues, los caciques del senado,
propóneles el caso nuevamente ;
el cual por ellos visto y ponderado,
se trata del remedio conveniente ;
y resueltos en uno, y decretado,
si alguno de opinión es diferente,
no puede en cuanto al débito eximirse,
que allí la mayor voz ha de seguirse.

Después que cosa en contra no se halla,
se va el nuevo decreto declarando
por la gente común y de canalla
que alguna novedad está aguardando ;
se viene a averiguarse por batalla,
con gran rumor lo van manifestando
de trompas y atambores altamente,
porque a noticia venga de la gente.

Tienen un plazo puesto y señalado
para se ver sobre ello y remirarse;
tres días se han de haber ratificado
en la definición sin retractarse:
y el franco y libre término pasado,
es de ley imposible revocarse;
y así como a forzoso acaecimiento
se disponen al nuevo movimiento.

Hácese este concilio en un gracioso
asiento en mis florestas escogido,
donde se muestra el campo más hermoso
de infinidad de flores guarnecido;
allí de un viento fresco y amoroso
los árboles se mueven con ruido,
cruzando muchas veces por el prado
un claro arroyo limpio y sosegado;

do una fresca y altísima alameda
por orden y artificio tienen puesta
en torno de la plaza y ancha rueda
capaz de cualquier junta y grande fiesta,
que convida a descanso, y al sol veda
la entrada y paso en la enojosa siesta;
allí se oye la dulce melodía
del canto de las aves y armonía.

Gente es sin Dios ni ley, aunque respeta
a aquel que fué del cielo derribado,
que como a poderoso y gran profeta
es siempre en sus cantares celebrado:
invocan su furor con falsa seta

y a todos sus negocios es llamado,
teniendo cuanto dice por seguro
del próspero suceso o mal futuro.

Y cuando quieren dar una batalla,
con él lo comunican en su rito;
si no responde bien, dejan de dalla,
aunque más les insista el apetito;
caso grave y negocio no se halla
do no sea convocado este maldito;
llámanle Eponamón, y comúnmente
dan este nombre a alguno si es valiente.

Usan el falso oficio de hechiceros,
ciencia a que naturalmente se inclinan,
en señales mirando y en agujeros,
por las cuales sus cosas determinan;
veneran a los necios agoreros
que los casos futuros adivinan;
el agujero acrecienta su osadía,
y les infunde miedo y cobardía.

Algunos de éstos son predicadores
tenidos en sagrada reverencia,
que sólo se mantienen de loores,
y guardan vida estrecha y abstinencia;
éstos son los que ponen en errores
al liviano común con su elocuencia,
teniendo por tan cierta su locura
como nós la evangélica escritura.

Y estos que guardan orden algo estrecha
no tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados,

mas sólo aquel vivir les aprovecha
de ser por sabios hombres reputados ;
pero la espada, lanza, el arco y flecha
tienen por mejor ciencia otros soldados,
diciendo que el agüero alegre o triste
en la fuerza y el ánimo consiste.

En fin, el hado y clima de esta tierra,
si su estrella y pronóstico se miran,
es contienda, furor, discordia, guerra,
y a sólo esto los ánimos aspiran ;
todo su bien y mal aquí se encierra ;
son hombres que de súbito se airan,
de condición feroces, impacientes,
amigos de domar extrañas gentes.

Son de gestos robustos, desbarbados,
bien formados los cuerpos y crecidos,
espaldas grandes, pechos levantados,
recios miembros, de niervos bien fornidos,
ágiles, desenvueltos, alentados,
animosos, valientes, atrevidos,
duros en el trabajo, y sufridores
de fríos mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamás que sujetase
esta soberbia gente libertada,
ni extranjera nación que se jactase
de haber dado en sus términos pisada,
ni comarcana tierra que se osase
mover en contra y levantar espada :

siempre fué exenta, indómita, temida,
de leyes libre y de cerviz erguida.

DISCURSO DE COLOCOLO PARA CALMAR LA DISCORDIA
SURGIDA ENTRE LOS CACIQUES DE ARAUCO CON MO-
TIVO DE LA ELECCIÓN DE CAPITÁN PARA LUCHAR
CONTRA LOS ESPAÑOLES.

(Canto II, estrofas 28-35).

“Caciques, del estado defensores,
codicia de mandar no me convida
a pesarme de veros pretendores
de cosa que a mí tanto era debida;
porque, según mi edad, ya veis, señores,
que estoy al otro mundo de partida;
mas el amor que siempre os he mostrado
a bien aconsejaros me ha incitado.

¿Por qué cargos honrosos pretendemos,
y ser en opinión grande tenidos,
pues que negar al mundo no podemos
haber sido sujetos y vencidos?
Y en esto averiguarnos no queremos,
estando aún de Españoles oprimidos.
Mejor fuera esa furia ejecutalla
contra el fiero enemigo en la batalla.

¿Qué furor es el vuestro ¡oh Araucanos!
que a perdición os lleva sin sentillo?
¿Contra vuestras entrañas tenéis manos

y no contra el tirano en resistillo?
¿Teniendo tan a golpe a los cristianos
volvéis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
no sea en tan bajo estado y abatido.

Volved las armas y ánimo furioso
a los pechos de aquellos que os han puesto
en dura sujeción, con afrentoso
partido a todo el mundo manifiesto;
lanzad de vos el yugo vergonzoso:
mostrad vuestro valor y fuerza en esto;
no derramáis la sangre del estado
que para redimirnos ha quedado.

No me pesa de ver la lozanía
de vuestro corazón, antes me esfuerza;
mas temo que esta vuestra valentía,
por mal gobierno el buen camino tuerza:
que, vuelta entre nosotros la porfía,
degolláis vuestra patria con su fuerza;
cortad, pues, si ha de ser de esa manera,
esta vieja garganta la primera.

Que esta flaca persona, atormentada
de golpes de fortuna, no procura
sino el agudo filo de una espada,
pues no la acaba tanta desventura.
¡Aquella vida es bien afortunada
que la temprana muerte la asegura!
Pero, a nuestro bien público atendiendo,
quiero decir en esto lo que entiendo.

Pares sois en valor y en fortaleza ;
el cielo os igualó en el nacimiento ;
de linaje, de estado y de riqueza
hizo a todos igual repartimiento ;
y en singular por ánimo y grandeza
podéis tener del mundo el regimiento :
que este gracioso don, no agradecido,
nos ha el presente término traído.

En la virtud de vuestro brazo espero
que puede en breve tiempo remediarse,
mas ha de haber un capitán primero
que todos por él quieran gobernarse :
éste será quien más un gran madero
sustentare en el hombro sin pararse ;
y pues que sois iguales en la suerte,
procure cada cual de ser más fuerte."

LINCOYA Y CAUPOLICÁN VENCEN A TODOS LOS CACIQUES
QUE HAN INTENTADO LA PRUEBA PROPUESTA POR CO-
LOCOLO PARA ELEGIR CAPITÁN DEL EJÉRCITO ARAU-
CANO.

(Canto II, estrofas 46-58.)

Ufano andaba el bárbaro y contento
de haberse más que todos señalado,
cuando Caupolicán a aquel asiento,
sin gente, a la ligera había llegado.
Tenía un ojo sin luz de nacimiento,
como un fino granate colorado ;

pero lo que en la vista le faltaba
en la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
varón de autoridad, grave y severo,
amigo de guardar todo derecho,
áspero y riguroso justiciero,
de cuerpo grande y relevado pecho,
hábil, diestro, fortísimo y ligero,
sabio, astuto, sagaz, determinado,
y en casos de repente reportado.

Fué con alegre muestra recibido,
aunque no sé si todos se alegraron;
el caso en esta suma referido
por su término y puntos le contaron.
Viendo que Apolo ya se había escondido
en el profundo mar, determinaron
que la prueba de aquél se dilatase
hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfía
que causó esta venida entre la gente;
cuál se atiene a Lincoya, y cuál decía
que es el Caupolicano más valiente;
apuestas en favor y contra había,
otros sin apostar, dudosamente,
hacia el oriente vueltos aguardaban
si los fébeos caballos asomaban.

Ya la rosada aurora comenzaba
las nubes a bordar de mil labores,
y a la usada labranza despertaba

la miserable gente y labradores ;
ya a los marchitos campos restauraba
la frescura perdida y sus colores,
aclarando aquel valle la luz nueva,
cuando Caupolicán viene a la prueba.

Con un desdén y muestra confiada,
asiendo del troncón duro y fudoso,
como si fuera vara delicada,
se le pone en el hombro poderoso.
La gente enmudeció, maravillada
de ver el fuerte cuerpo tan nervoso ;
la color a Lincoya se le muda,
poniendo en su victoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba,
y a toda priesa entraba el claro día ;
el sol las largas sombras acertaba,
mas él nunca descrece en su porfía ;
al ocaso la luz se retiraba,
ni por esto flaqueza en él había ;
las estrellas se muestran claramente,
y no muestra cansancio aquel valiente.

Salió la clara luna a ver la fiesta
del tenebroso albergue húmido y frío,
desocupando el campo y la floresta
de un negro velo lóbrego y sombrío :
Caupolicán no afloja de su apuesta,
antes con mayor fuerza y mayor brio
se mueve y representa de manera
como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altísimos ejidos
la esposa de Titón ya aparecía,
los dorados cabellos esparcidos,
que de la fresca helada sacudía,
con que a los mustios prados florecidos
con el húmido humor reverdecía,
y quedaba engastado así en las flores
cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Factón sale corriendo
del mar por el camino acostumbrado:
sus sombras van los montes recogiendo
de la vista del sol; y el esforzado
varón, el grave peso sosteniendo,
acá y allá se mueve no cansado;
aunque otra vez la negra sombra espesa
tornaba a parecer corriendo apriesa.

La luna su salida provechosa
por un espacio largo dilataba;
al fin, turbia, encendida y perezosa,
de rostro y luz escasa se mostraba;
paróse al medio curso más hermosa
a ver la extraña prueba en qué paraba;
y viéndola en el punto y ser primero
se derribó en el ártico hemisfero:

y el bárbaro en el hombro la gran viga,
sin muestra de mudanza y pesadumbre,
venciendo con esfuerzo la fatiga,
y creciendo la fuerza por costumbre.
Apolo en seguimiento de su amiga

tendido había los rayos de su lumbre;
y el hijo de Leocán en el semblante
más firme que al principio y más constante.

Era salido el sol cuando el enorme
peso de las espaldas despedía,
y un salto dió, en lanzándole, disforme,
mostrando que aún más ánimo tenía.
El circunstante pueblo en voz conforme
pronunció la sentencia, y le decía:
"Sobre tan firmes hombros descargamos
el peso y grave carga que tomamos."

HAZAÑAS DEL ARAUCANO RENGO Y DEL
EUROPEO ANDREA.

(Canto XIV, estrofas 32-51.)

Usadas las espadas al acero,
topando la desnuda carne blanda,
ayudadas de un ímpetu ligero
dan con piernas y brazos a la banda.
No rehusa el segundo ser primero,
antes todos siguiendo una demanda,
como olas que creciendo van, crecían,
y a la muerte animosas se ofrecían.

La gente una con otra así se cierra,
que aun no daban lugar a las espadas;
apenas los mortales van a tierra,
cuando estaban sus plazas ocupadas;
unos por cima de otros se dan guerra

enhiestas las personas y empinadas ;
y de modo a las veces se apretaban,
que a meter por la espada se ayudaban.

Las armas con tal rabia y fuerza esgrimen,
que los más de los golpes son mortales,
y los que no lo son así se imprimen,
que dejan para siempre las señales ;
todos al descargar los brazos gimen,
mas salen los efectos desiguales,
que los unos topaban duro acero,
los otros el desnudo y blando cuero.

Como parten la carne en los tajones
con los corvos cuchillos carniceros,
y cual de fuerte hierro los planchones
baten en duro yunque los herreros,
así es la diferencia de los sonos
que forman con sus golpes los guerreros,
quien la carne y los huesos quebrantando,
quien templados arneses abollando.

Pues Juan de Villagrán, firme en la silla,
contra Guarcondo a toda furia parte,
y la lanza le echó por la tetilla
con una braza de asta a la otra parte ;
el bárbaro, la cara ya amarilla,
se arrima desmayado al baluarte ;
dando en el suelo súbita caída,
el alma vomitó por la herida.

Pero Rengo, su hermano, que en el suelo
el cuerpo vió caer descolorido,

cuajósele la sangre, y hecho un hielo,
del súbito dolor perdió el sentido;
mas, vuelto en sí, se vuelve contra el cielo,
blasfemando el soberbio y descreído,
y el nudoso bastón alzando en alto,
a Juan de Villagrán llegó de un salto.

Mas antes Pon con una flecha presta
hirió al caballo en medio de la frente;
empínase el caballo, el cuello enhiesta,
al freno y a la espuela inobediente,
y entre los brazos la cabeza puesta,
sacude el lomo y piernas impaciente.
Rendido Villagrán al duro hado,
desocupó el arzón y ocupó el prado.

Apenas en el suelo había caído
cuando la presta maza descendía
con una extraña fuerza y un ruido
que rayo o terremoto parecía;
del golpe el Español quedó adormido,
y el bárbaro con otro revolvía,
bajando a la cabeza de manera,
que sesos, ojos y alma le echó fuera.

Y con venganza tal no satisfecho
del caso desastrado del hermano,
antes con nueva rabia y más despecho,
hiere de tal manera a Diego Cano,
que, la barba inclinada sobre el pecho,
se le cayó la rienda de la mano;
y sin ningún sentido, casi frío,

el caballo lo lleva a su albedrío.

En medio de la turba, embravecido,
esgrime en torno la ferrada maza:
a cual deja contrechío, a cual tullido,
cual el pescuezo del caballo abraza,
quien se tiende en las ancas aturdido,
quien, forzado, el arzón desembaraza;
que todo a su pujanza y furia insana
se le bate, derriba y se le allana.

Por partes más de diez le iba manando
la sangre, de la cual cubierto andaba;
pero no desfallece, antes bramando,
con más fuerza y rigor los golpes daba;
ligero corre, acá y allá saltando,
arneses y celadas abollaba,
hunde las altas crestas, rompe sesos,
muele los nervios, carne y duros huesos.

En esto un gran rumor iba creciendo
de espadas, lanzas, grita y vocería,
al cual confusamente, no sabiendo
la causa, mucha gente allí acudía:
y era un gallardo mozo que, esgrimiendo
un fornido cuchillo, discurría
por medio de las bárbaras espadas,
haciendo en armas cosas extremadas.

Venia el valiente mozo belicoso
de una furia diabólica movido,
el rostro fiero, sucio y polvoroso,
lleno de sangre y de sudor teñido:

como el potente Marte sanguinoso,
cuando de furor bélico encendido
bate el ferrado escudo de Vulcano,
blandiendo la asta en la derecha mano.

Con un diestro y prestísimo gobierno
el pesado cuchillo rodeaba,
y a Cron, como si fuera junco tierno,
en dos partes de un golpe lo tajaba ;
tras éste al diestro Pon envía al infierno,
y tras de Pon a Lauco despachaba ;
no hallando defensa en armadura,
descuartiza, desmiembra y desfigura.

Llamábase éste Andrea, que en grandeza
y proporción de cuerpo era gigante ;
de stirpe humilde, y su naturaleza
era arriba de Génova al levante.

Pues con aquella fuerza y ligereza
a los robustos miembros semejante,
el gran cuchillo esgrime de tal suerte,
que a todos los que alcanza da la muerte.

De un tiro a Guaticol por la cintura
le divide en dos trozos en la arena,
y de otro al desdichado Quilacura
limpio el derecho muslo le cercena ;
pues de golpes así de esta hechura
la gran plaza de muertos deja llena,
que su espada a ninguno allí perdona,
y unos cuerpos sobre otros amontona.

A Colca de los hombros arrebatá

la cabeza de un tajo, y luego tiende
la espada hacia Maulén, señor de Itata,
y de alto a bajo de un revés le hiende;
lanzas, hachas y mazas desbarata,
que todo el pueblo bárbaro le ofende,
llevando muchos tiros enclavados
en los pechos, espaldas y en los lados.

Como la osa valiente perseguida,
cuando la van monteros dando caza,
que con rabia sintiéndose herida
los ñudosos venablos despedaza,
y furiosa, impaciente, embravecida,
la senda y callejón desembaraza,
que los heridos perros lastimados
le dan ancho lugar escarmentados:

de la misma manera el fiero Andrea,
cercado de los bárbaros venía,
pero de tal manera se rodea,
que gran camino con la espada abría.
Crece el hervor, la grita y la pelea
tanto que la más gente allí acudía.
He aquí a Rengo también ensangrentado
que llega a la sazón por aquel lado.

Y como dos mastines rodeados
de gozques importunos, que en llegando
a verse, con los cerros erizados
se van el uno al otro regañando,
así los dos guerreros señalados,
las inhumanas armas levantando,

se vienen a herir... pero el combate
quiero que al otro canto se dilate.

DESCRIPCIÓN DE LA CUEVA DEL HECHICERO FITÓN Y
DE LAS COSAS QUE EN ELLA HABÍA.

(Canto XXIII, estrofas 47-54.)

Debajo de una peña socavada,
de espesas ramas y árboles cubierta,
vimos un callejón y angosta entrada,
y más adentro una pequeña puerta
de cabezas de tieras rodeada,
la cual de par en par estaba abierta,
por donde se lanzó el robusto anciano
llevándome trabado de la mano.

Bien por ella cien pasos anduvimos
no sin algún temor de parte mía,
cuando a una grande bóveda salimos,
do una perpetua luz en medio ardía:
y a cada banda en torno de ella vimos
poyos puestos por orden, en que había
multitud de redomas sobreescritas
de unguentos, hierbas y aguas infinitas.

Vimos allí del lince preparados
los penetrantes ojos virtuosos,
en cierto tiempo y conjunción sacados,
y los del basilisco ponzoñosos;
sangre de hombres bermejós enojados;
espumajos de perros que rabiosos
van huyendo del agua, y el pellejo

del pecoso chersidros cuando es viejo.

También en otra parte parecía
la coyuntura de la dura hiena,
y el meollo del cencris, que se cría
dentro de Libia en la caliente arena;
y un pedazo del ala de una Arpia;
la hiel de la biforme antisibena,
y la cola del áspide revuelta
que da la muerte en dulce sueño envuelta;

 moho de calavera destroncada
del cuerpo que no alcanza sepultura,
carne de niña por nacer, sacada
no por donde la llama la natura;
y la espina también descoyuntada
de la sierpe cerastes, y la dura
lengua de la emorrois, que aquel que hiere
suda toda la sangre hasta que muere;

 vello de cuantos monstruos prodigiosos
la superflua natura ha producido,
escupidos de serpientes venenosos,
las dos alas del jáculo temido,
y de la seps los dientes ponzoñosos,
que el hombre o animal de ella mordido,
de súbito hinchado como un odre,
huesos y carne se convierte en podre.

 Estaba en un gran vaso transparente
el corazón del grifo atravesado,
y ceniza del fénix que en oriente
se quema él mismo de vivir cansado;

el unto de la scitala serpiente,
y el pescado echineis, que en mar airado
al curso de las naves contraviene,
y a pesar de los vientos las detiene.

No faltaban cabezas de escorpiones
y mortíferas sierpes enconadas;
alacranes y colas de dragones,
y las piedras del águila preñadas,
buches de los hambrientos tiburones;

.....
landres, pestes, venenos, cuantas cosas
produce la natura ponzoñosas.





LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA

Barbastro (Huesca), 1559—Nápoles (Italia), 1613.

CANCION II

A LA ESPERANZA.

Alivia sus fatigas
el labrador cansado
cuando su yerta barba escarcha cubre,
pensando en las espigas
del agosto abrasado
y en los lagares ricos del octubre;
la hoz se le descubre
cuando el arado apaña,
y con dulces memorias le acompaña.

Carga de hierro duro
sus miembros, y se obliga
el joven al trabajo de la guerra.
Huye el ocio seguro,
trueca por la enemiga
su dulce, natural y amiga tierra;
mas cuando se destierra
o al asalto acomete,
mil triunfos y mil glorias se promete.

La vida al mar confía,

y a dos tablas delgadas,
el otro, que del oro está sediento.
Escóndesele el día,
y las olas hinchadas
suben a combatir el firmamento;
él quita el pensamiento
de la muerte vecina,
y en el oro le pone y en la mina.

Deja el lecho caliente
con la esposa dormida
el cazador solícito y robusto.
Sufre el cierzo inclemente,
la nieve endurecida,
y tiene de su afán por premio justo
interrumpir el gusto
y la paz de las fieras,
en vano cautas, fuertes y ligeras.

Premio y cierto fin tiene
cualquier trabajo humano,
y el uno llama al otro sin mudanza;
el invierno entretiene
la opinión del verano,
y un tiempo sirve al otro de templanza.
El bien de la esperanza
solo quedó en el suelo,
cuando todos huyeron para el cielo.

Si la esperanza quitas,
¿qué le dejas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes;

todo lo precipitas
en olvido profundo,
y ¿del fin natural, Flérída, huyes?
Si la cerviz rehuyes
de los brazos amados,
¿qué premio piensas dar a los cuidados?
Amor, en diferentes
géneros dividido,
él publica su fin, y quien le admite.
Todos los accidentes
de un amante atrevido
(niéguelo o disimúlelo) permite.
Limite, pues, limite
la vana resistencia;
que, dada la ocasión, todo es licencia.

SONETOS

V

AL SUEÑO.

Imagen espantosa de la muerte,
sueño cruel, no turbes más mi pecho,
mostrándome cortado el nudo estrecho,
consuelo sólo de mi adversa suerte.

Busca de algún tirano el muro fuerte,
de jaspe las paredes, de oro el techo,
o el rico avaro en el angosto lecho
haz que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tunulto

romper con furia las herradas puertas,
o al sobornado siervo el hierro oculto.

El otro sus riquezas, descubiertas
con llave falsa o con violento insulto,
y déjale al amor sus glorias ciertas.

XXXVI

LA EDAD MADURA DE UN ENAMORADO.

Si quiere amor que siga sus antojos,
y a sus hierros de nuevo rinda el cuello,
que por ídolo adore un rostro bello,
y que vistan su templo mis despojos,
la flaca luz renueve de mis ojos,
restituya a mi frente su cabello,
a mis labios la rosa y primer vello,
que ya pendiente y yerto es dos manojos.

Y entonces, como sierpe renovada,
a la puerta de Filis inclemente,
resistiré a la lluvia y a los vientos.

Mas si no ha de volver la edad pasada,
y todo con la edad es diferente,
¿por qué no lo han de ser mis pensamientos?

XLV

Llevó tras sí los pámpanos octubre,
y con las grandes lluvias insolente,
no sufre Ibero márgenes ni puente,
mas antes los vecinos campos cubre.

Moncayo, como suele, ya descubre

coronada de nieve la alta frente;
y el sol apenas vemos en oriente,
cuando la opaca tierra nos lo encubre.

Sienten el mar y selvas ya la saña
del Aquilón, y encierra su bramido
gente en el puerto y gente en la cabaña.

Y Fabio, en el umbral de Táis tendido,
con vergonzosas lágrimas lo baña,
debiéndolas al tiempo que ha perdido.

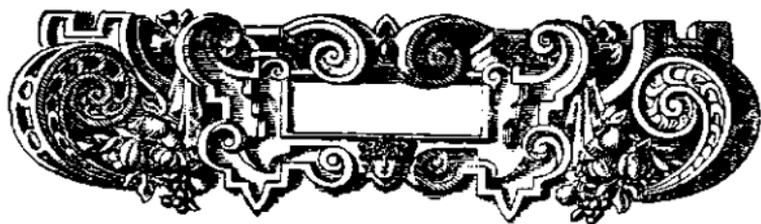
L

Tras importunas lluvias amanece,
coronando los montes el sol claro;
salta del lecho el labrador avaro,
que las horas ociosas aborrece.

La torva frente al duro yugo ofrece
el animal que a Europa fué tan caro;
sale, de su familia firme amparo,
y los surcos solícito enriquece.

Vuelve de noche a su mujer honesta,
que lumbre, mesa y lecho le apercibe,
y el enjambre de hijuelos le rodea.

Fáciles cosas cena con gran fiesta,
el sueño sin envidia le recibe,
¡oh corte, oh confusión! ¿quién te desea?



BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

Barbastro (Huesca), 1562—Zaragoza, 1631.

SONETOS.

LXXI

“Dime, Padre común, pues eres justo,
¿por qué ha de permitir tu providencia
que arrastrando prisiones la inocencia,
suba la fraude a tribunal augusto?”

“¿Quién da fuerzas al brazo que robusto
hace a tus leyes firme resistencia,
y que el celo, que más la reverencia,
gima a los pies del vencedor injusto?”

”Vemos que vibran vitoriosas palmas
manos inicuas, la virtud gimiendo
del triunfo en el injusto regocijo.”

Esto decía yo, cuando riendo
celestial ninfa apareció, y me dijo:

“¡Ciego! ¿es la tierra el centro de las almas?”

LXXIX

Fabio, pensar que el Padre soberano
en esas rayas de la palma diestra
(que son arrugas de la piel) te muestra

los accidentes del discurso humano,
es beber con el vulgo el error vano
de la ignorancia, su común maestra;
bien te confieso que la suerte nuestra,
mala o buena, la puso en nuestra mano.

Dí ¿quién te estorbará el ser rey, si vives
sin envidiar la suerte de los reyes,
tan contento y pacífico en la tuya,
que estén ociosas para ti sus leyes,
y cualquier novedad que el cielo influya
como cosa ordinaria la recibes?

LXXXIX

Si quieres conservarte, Lauso, evita
ese ardor, con que en varias ocasiones
a cuerdos y a filósofos te opones,
como pudiera el magno Estagirita;
ya tu apariencia, que al estudio imita,
cuando se atreve a decidir cuestiones,
es ridícula a libres corazones,
cuyas nobles paciencias ejercita.

Yo, porque de celar tu honor me precio,
digo, para que escape de un agravio,
que consideres bien de aquí adelante
que el que no sale de su esfera es sabio,
el que ignora las cosas, ignorante,
y el que las sabe mal sabidas, necio.

XXI

Carlos, ni pretensión ni gloria fundo
en los aplausos que el favor derrama,
sino en la fiel verdad que premia y ama
con premio no trivial ni vagabundo.

A la opinión que llama gloria el mundo,
que es obra o diligencia de la fama,
el sabio esfuerzo débiles los llama,
que se anticipan al morir segundo.

Huyan, pues, alabanzas a su abismo,
que nos apartan del objeto cierto,
y tú, si me creyeres no lo creas;
vive dentro de ti, porque te advierto
que jamás hallarás el que deseas,
si le buscares fuera de ti mismo.

XLII

En abismos poner los fundamentos
de la ancha tierra, y, cual pequeño velo,
hacer los aires, y formar el cielo
y estrellas, con diversos movimientos;

dar ley al mar y reprimir los vientos,
juntar conformes el calor y el hielo,
con providencia y con eterno celo
crecer vivientes plantas y elementos;

Señor, a tu poder muy poco ha sido;
mas que tú, Dios, que tú, Criador, quisieses
nacer hombre y morir por quien te ofende,

tanto a tus maravillas ha excedido,
que no lo sé decir: basta que fueses
el que lo hizo, y sólo el que lo entiende.

SONETO.

En fin, en fin, tras tanto andar corriendo,
tras tanto variar vida y destino,
tras tanto de uno y otro desatino,
querer todo abrazar, nada cogiendo;

tras tanto acá y allá, yendo y viniendo,
cual sin aliento inútil peregrino,
¡oh Dios! tras tanto error del buen camino,
yo de mi propio mal ministro siendo,

hallo que al fin ser muerto en la memoria
del mundo es lo mejor que en él se esconde,
pues es la paga del muerte y olvido:

y en un rincón vivir con la victoria
de sí, puesto el querer tan sólo adonde
es premio el mismo Dios de lo servido.

ESTANCIA.

Ajeno de razón, de mí olvidado,
entré por una fresca pradería,
tras la cual se seguía
un valle horrible, hondo y temeroso,
de donde vi un salvaje que salía,
de negro humo y llamas rodeado,
con paso acelerado;
y aunque temí, fingí del animoso.

Preguntéle dó iba presuroso;
mas él, con voz confusa y espantable,
me dijo: —“Y tú ¿dó vas, hombre perdido?
¿No oyes el gemido
que sale deste valle miserable?
Vuelve, que va al infierno esta floresta.
Si al cielo quieres ir, ve por la cuesta.”

EPIGRAMAS.

IV

Pues das, Marcio, en pretender
bienes, que apenas lo son,
porque de nuestra opinión
sola reciben el ser,
dile si tendrá poder
(aunque ande con la fortuna)
para causar gloria alguna,
donde a la humana salud
pusieron el ataúd
tan arrimado a la cuna.

VII

(TRADUCCIÓN DE MARCIAL.)

Cuatro dientes te quedaron
(si bien me acuerdo); mas dos,
Elia, de una tos volaron,
los otros dos de otra tos.

Seguramente toser
puedes ya todos los días,
pues no tiene en tus encías
la tercera tos qué hacer.





JUAN DE ARGUIJO

Sevilla, 1561?—1623.

SONETOS.

IX

AL GUADALQUIVIR, EN UNA AVENIDA.

Tú, a quien ofrece el apartado polo,
hasta donde tu nombre se dilata,
preciosos dones de luciente plata,
que invidia el rico Tajo y el Pactolo;
para cuya corona, como a solo
rey de los ríos, entreteje y ata
Pálas su oliva con la rama ingrata
que contempla en tus márgenes Apolo;
claro Guadalquivir, si impetuoso
con crespas ondas y mayor corriente
cubrieres nuestros campos mal seguros,
de la mejor ciudad, por quien famoso
alzas igual al mar la altiva frente,
respeto humilde los antiguos muros.

XII

LAS ESTACIONES.

Vierte alegre la copia en que atesora
bienes la primavera, da colores

al campo y esperanza a los pastores
del premio de su fe la hermosa Flora ;
pasa ligero el sol adonde mora
el cancro abrasador, que en sus ardores
destruye campos y marchita flores,
y el orbe de su lustre descolora ;

sigue el húmedo otoño, cuya puerta
adornar Baco de sus dones quiere ;
luego el invierno en su rigor se extrema.

¡ Oh variedad común, mudanza cierta !
¿ Quién habrá que en sus males no te espere ?
¿ Quién habrá que en sus bienes no te tema ?

XVII

LA AVARICIA.

Castiga el cielo a Tántalo inhumano,
que en impia mesa su rigor provoca,
medir queriendo en competencia loca
saber divino con engaño humano.

Agua en las aguas busca, y con la mano
el árbol fugitivo casi toca ;
huye el copioso Erídano a su boca,
y en vez de fruta toca el aire vano.

Tú, que espantado de su pena, admiras
que el cercano manjar en largo ayuno
al gusto falte y a la vida sobre,
¿ cómo de muchos Tántalos no miras
ejemplo igual ? Y si codicias uno,
mira el avaro en sus riquezas pobre.

XVIII

ULISES.

El griego vencedor que tantos años
vió contra sí constante la fortuna:
el que pudo sagaz de la importuna
Circe vencer los mágicos engaños;
el que en nuevas regiones y en extraños
mares temer no supo vez alguna;
el que, bajando a la infernal laguna,
libre volvió de los eternos daños,
los ojos cubre y cierra los oídos
de las sirenas a la vista y canto,
y se manda ligar a un mástil duro;
y negando al objeto los sentidos,
la engañosa belleza y fuerte encanto
fuyendo vence, y corta el mar seguro.

XXVII

LA TEMPESTAD Y LA CALMA.

Yo vi del rojo sol la luz serena
turbarse, y que en un punto desaparece
su alegre faz, y en torno se oscurece
el cielo con tiniebla de horror llena.

El austro proceloso airado suena,
crece su furia, y la tormenta crece,
y en los hombros de Atlante se estremece
el alto olimpo y con espanto truena;
mas luego vi romperse el negro velo

deshecho en agua, y a su luz primera
restituirse alegre el claro día,
y de nuevo esplendor ornado el cielo
miré, y dije: ¿Quién sabe si le espera
igual mudanza a la fortuna mía?

XXXIV

A JULIO CÉSAR, MIRANDO LA CABEZA
DE POMPEYO.

Presenta ufano a César vitorioso
el tirano de Menfis inclemente
la temida cabeza que al Oriente
tuvo ai són de las armas temeroso.

¿No pudo dar el corazón piadoso
enjutos ojos ni serena frente
al don funesto; mas gimió, impaciente
de tal crueldad, y repitió lloroso:

“Tú, gran Pompeyo, en la fatal caída
serás ejemplo de la humana gloria
y cierto aviso de su fin incierto.

”¡Cuánto se debe a la virtud crecida!
¡cuán costosa en tu muerte es mi vitoria!
vivo te aborrecí, te lloro muerto.”

LIX

En segura pobreza vive Eumelo
con dulce libertad, y le mantienen
las simples aves, que engañadas vienen

a los lazos y liga sin recelo.

Por mejor suerte no importuna al cielo,
ni se muestra envidioso a la que tienen
los que con ansia de subir sostienen
en flacas aias el incierto vucio.

Muerte tras luengos años no le espanta,
ni la recibe con indigna queja,
mas con sosiego grato y faz amiga.

Al fin, muriendo con pobreza tanta,
ricos juzga sus hijos, pues les deja
la libertad, las aves y la liga.

A LA VIHUELA.

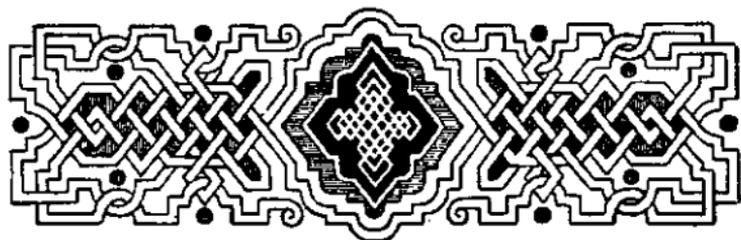
En vano os apercibo,
dulce instrumento mío,
si templar mi dolor con vos pretendo;
y la grandeza de mi mal ofendo,
si alentado confío
que pueda el corto alivio que recibo
con vuestro blando acento,
de mi antiguo tormento
en la memoria introducir olvido.
¡Oh, cómo en vano tanto bien os pido!
¿Sois por ventura la famosa lira
del que al mar arrojado
supo aplacar su ira,
o la que pudo en número acordado
ceñir de muro a Tebas? ¿Sois acaso
aquel plectro divino

que por nuevo camino
a las ondas Estigias halló paso
para bajar seguro
de la infelice gente al reino oscuro?

Mayor hazaña fuera
suspender mi dolor y pena fiera,
responderéis, que no desprecie ahora
la antigua compañía
que en soledad tan larga me habéis hecho,
ya cuando huye de la noche el día,
o ya cuando el aurora
la anuncia, y deja de Titán el lecho,
o cuando el sol en la mitad del cielo,
piadoso de mi mal, oye mi duelo.
El común beneficio
de la dulce armonía
alegaréis, y aquel piadoso oficio
con que a sufrir esfuerza
su cautiverio aquél, su prisión éste.
Apenas hay trabajo a quien no preste
algún alivio: el que con remo a fuerza
hiere la blanca espuma,
su desventura suma
cuida olvidar, y al són de la cadena
cantando, intenta mitigar su pena.
Así lo experimento
en medio de mis males,
¡oh suave instrumento!;
pero cuéstanme caro alivios tales,

cuando el discurso, un rato suspendido
con el grato sonido,
cobra para afligirme fuerza nueva,
con que después mis lágrimas renueva,
y de la amarga historia
mi enemiga memoria
vuelve al usado empleo,
y relucha más fuerte como antes.
Ya me tiene enseñado
la continua miseria de mi estado
que es socorro engañoso, corto y leve
el que me dáis, y que admitir no debe
la música sonora
quien sus desdichas sin remedio llora.





LUIS DE GONGORA Y ARGOTE

Córdoba, 1561—1627.

CANCIÓN VIII.

Corcilla temerosa,
cuando sacudir siente
al soberbio Aquilón con fuerza fiera
la verde selva umbrosa,
o murmurar corriente,
entre la yerba corre tan ligera,
que al viento desafia
su voladora planta,
con ligereza tanta,
huyendo va de mí la ninfa mía,
encomendando al viento
sus rubias trenzas, mi cansado acento.

El viento delicado
hace de sus cabellos
mil crespos nudos por la blanca espalda,
y habiéndose abrigado
lascivamente en ellos,
a luchar baja un poco con la falda,
donde, no sin decoro,

por brújula, aunque breve,
muestra la blanca nieve
entre los lazos del coturno de oro;
y así, en tantos enojos,
si trabajan los pies, gozan los ojos.

Yo, pues, ciego y turbado,
viéndola cómo mide
con más ligeros pies el verde llano,
que del arco encorvado
la saeta despide
del parto fiero la robusta mano,
y viendo que es mi mengua
lo que a ella le sobra,
pues nuevas fuerzas cobra,
apelo de los pies para la lengua,
y en alta voz le digo:
"No huyas, ninfa, pues que no te sigo."

Enfrena, ¡oh Clori!, el vuelo,
pues ves que el rubio Apolo
pone ya fin a su carrera ardiente:
ten de ti misma duelo,
deponga un rato solo
el honesto sudor tu blanca frente.
Bastante muestra has dado
de cruel y ligera,
pues en tan gran carrera
tu bellissimo pie nunca ha dejado
estampa en el arena,
ni en tu pecho cruel mi grave pena.

Ejemplos mil al vivo
de ninfas te pondría,
si ya la antigüedad no nos engaña ;
por cuyo trato esquivo
nuevos conoce hoy día
troncos el bosque y piedras la montaña ;
mas sírvate de aviso
en tu curso el de aquélla,
no tan cruda ni bella,
a quien ya sabes que el pastor de Anfriso
con pie menos ligero
la siguió ninfa y la alcanzó madero.

Quédate aquí, canción, y pon silencio
al fugitivo canto ;
que razón es parar quien corrió tanto.

LETRILLAS.

IV

*No son todos rui señores
los que cantan entre flores,
sino campanitas de plata,
que tocan al alba ;
sino trompeticas de oro,
que hacen la salva
a los soles que adoro.*

No todas las voces ledas
son de sirenas con plumas,
cuyas humildes espumas

son las verdes alamedas,
si suspendido te quedas
a los suaves clamores.

*No son todos ruiseñores
los que cantan entre flores,
sino campanitas de plata,
que tocan al alba;
sino trompeticas de oro,
que hacen la salva
a los soles que adoro.*

Lo artificioso, que admira,
y lo dulce, que consuela,
no es de aquel violín que vuela
ni desotra inquieta lira;
otro instrumento es quien tira
de los sentidos mejores.

*No son todos ruiseñores
los que cantan entre flores,
sino campanitas de plata
que tocan al alba;
sino trompeticas de oro,
que hacen la salva
a los soles que adoro.*

XII

*Ande yo caliente,
y riase la gente.*

Traten otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,

mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente,
y riase la gente.

Coma en dorada vajilla
el príncipe mil cuidados
como píldoras dorados;
que yo en mi pobre mesilla
quiero más una morcilla
que en el asador reviente,
y riase la gente.

Cuando cubra las montañas
de plata y nieve el enero
tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas,
y quien las dulces patrañas
del rey que rabió me cuente,
y riase la gente.

Busque muy en hora buena
el mercader nuevos soles;
yo conchas y caracoles
entre la menuda arena,
escuchando a Filomena
sobre el chopo de la fuente,
y riase la gente.

Pase a media noche el mar,
y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;

que yo más quiero pasar
de Yépes a Madrigar
la regalada corriente,
y riase la gente.

Pues Amor es tan cruel
que de Píramo y su amada
hace tálamo una espada,
do se junten ella y él,
sea mi Tisbe un pastel,
y la espada sea mi diente,
y riase la gente.

XLVI

Con el són de las hojas
cantan las aves,
*y responden las fuentes
al son del aire."*

Cuando a las sospechas
de mi pensamiento
canto a mi instrumento
llorosas endechas;
cuando agudas flechas
del tirano Amor
crecen mi dolor,
insufrible y grave,
*responden las fuentes
al son del aire.*

Su dulce armonía
me ofende y me enoja;

que a un triste es congoja
la misma alegría;
cuando sale el día
salgo a suspirar,
y cuando a llorar
me obligan mis males,
*responden las fuentes
al son del aire.*

LV

*Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y hoy sombra mía aun no soy.*

La aurora ayer me dió cuna,
la noche ataúd me dió,
sin luz muriera, si no
me la prestara la luna,
pues de vosotras ninguna
deja de morir así.

*Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y hoy sombra mía aun no soy.*

Consuelo dulce el clavel
es a la brevedad mía,
pues quien me concedió un día,
dos apenas le dió a él;
efímeras del vergel,

yo cárdena, él carmesí.

*Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y hoy sombra mía aun no soy.*

Flor es el jazmín y bella,
no de las más vividoras,
pues vive pocas más horas
que rayos tiene de estrella;
si el ámbar florece, es ella
la flor que contiene en sí.

*Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y hoy sombra mía aun no soy.*

El alhelí, aunque grosero
en fragancia y en olor,
más días ve que otra flor,
que ve las de mayo entero;
morir maravilla quiero,
y no vivir alhelí.

*Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y hoy sombra mía aun no soy.*

A ninguna flor mayores
términos concede el sol
que al sublime girasol,
matusalén de las flores;

ojos son aduladores
cuantas en él hojas vi.

*Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y hoy sombra mía aun no soy.*

ROMANCES.

V

Servía en Orán al Rey
un español con dos lanzas,
y con el alma y la vida
a una gallarda africana,
tan noble como hermosa,
tan amante como amada,
con quien estaba una noche
cuando tocaron al arma.

Trescientos Zenetes eran
deste rebato la causa,
que los rayos de la luna
descubrieron las adargas;
las adargas avisaron
a las mudas atalayas,
las atalayas los fuegos,
los fuegos a las campanas;
y ellas al enamorado,
que en los brazos de su dama
oyó el militar estruendo

de las trompas y las cajas.

Espuelas de honor le pican
y freno de amor le para ;
no salir es cobardía,
ingratitude es dejalla.

Del cuello pendiente ella,
viéndole tomar la espada,
con lágrimas y suspiros
le dice aquestas palabras :

“Salid al campo, señor,
bañen mis ojos la cama ;
que ella me será también,
sin vos, campo de batalla.

”Vestios y salid apriesa,
que el general os aguarda ;
yo os hago a vos mucha sobra
y vos a él mucha falta.

”Bien podéis salir desnudo,
pues mi llanto no os ablanda ;
que tenéis de acero el pecho
y no habéis menester armas.”

Viendo el español brioso
cuánto le detiene y habla,
le dice así : “Mi señora,
tan dulce como enojada,

“porque con honra y amor
yo me quede, cumpla y vaya,
vaya a los moros el cuerpo,
y quede con vos el alma.

"Concededme, dueño mío,
licencia para que salga
al rebato en vuestro nombre,
y en vuestro nombre combata."

VI

Entre los sueltos caballos
de los vencidos Zenetes,
que por el campo buscaban
entre lo rojo lo verde,
aquel español de Orán
un suelto caballo prende,
por sus relinchos lozano
y por sus cernejas fuerte,
para que lo lleve a él,
y a un moro cautivo lleve,
que es uno que ha cautivado,
capitán de cien Zenetes.

En el ligero caballo
suben ambos, y él parece,
de cuatro espuelas herido,
que cuatro vientos lo mueven.

Triste camina el alarbe,
y lo más bajo que puede
ardientes suspiros lanza
y amargas lágrimas vierte.

Admirado el español
de ver cada vez que vuelve
que tan tiernamente llora

quien tan duramente hiere,
con razones le pregunta
comedidas y corteses
de sus suspiros la causa,
si la causa lo consiente.

El cautivo, como tal,
sin excusarlo, obedece,
y a su piadosa demanda
satisface desta suerte:

“Valiente eres, capitán,
y cortés como valiente;
por tu espada y por tu trato
me has cautivado dos veces.

”Preguntado me has la causa
de mis suspiros ardientes,
y débote la respuesta
por quien soy y por quien eres.

Yo nací en Gelves el año
que os perdisteis en los Gelves,
de una berberisca noble
y de un turco matasiete.

”En Tremecén me crié
con mi madre y mis parientes
después que murió mi padre,
corsario de tres bajeles.

”Junto a mi casa vivía,
porque más cerca muriese,
una dama del linaje
de los nobles Melioneses,

"extremo de las hermosas,
cuando no de las crueles,
hija al fin destas arenas
engendradoras de sierpes.

"Era tal su hermosura,
que se hallaran claveles
más ciertos en sus dos labios
que en los dos floridos meses.

"Cada vez que la miraba,
salía el sol por su frente,
de tantos rayos vestido
cuantos cabellos contiene.

"Juntos así nos criamos,
y Amor en nuestras niñeces
hirió nuestros corazones
con arpones diferentes.

"Labró el oro en mis entrañas
dulces lazos, tiernas redes,
mientras el plomo en las tuyas
libertades y desdenes.

"Mas, ya la razón sujeta,
con palabras me requiere
que su crueldad le perdone
y de su beldad me acuerde;

"y apenas vide trocada
la dureza desta sierpe,
cuando tú me cautivaste;
mira si es bien que lamente.

"Esta, español, es la causa

que a llanto pudo moverme;
mira si es razón que llore
tantos males juntamente.”

Conmovido el capitán
de las lágrimas que vierte,
parando el veloz caballo,
que paren sus males quiere.

“Gallardo moro, le dice,
si adoras como refieres,
y si como dices amas,
dichosamente padeces.

”¿Quién pudiera imaginar,
viendo tus golpes crueles,
que cupiera alma tan tierna
en pecho tan duro y fuerte?

”Si eres del Amor cautivo,
desde aquí puedes volverte;
que me pedirán por robo
lo que entendí que era suerte.

”Y no quiero por rescate
que tu dama me presente
ni las alfombras más finas
ni las granas más alegres.

”Anda con Dios, sufre y ama,
y vivirás, si lo hicieres;
con tal que cuando la veas
pido que de mí te acuerdes.”

Apeóse del caballo,
y el moro tras él descende,

y por el suelo postrado,
la boca a sus pies ofrece.

“Vivas mil años, le dice,
noble capitán valiente,
que ganas más con librarme
que ganaste con prenderme.

”Alá se quede contigo
y te dé vitoria siempre,
para que extiendas tu fama
con hechos tan excelentes.”

IX

Los rayos le cuenta al sol
con un peine de marfil
la bella Jacinta un día
que por mi dicha la vi
*en la verde orilla
de Guadalquivir.*

La mano escurece al peine;
mas ¡qué mucho, si el abril
le vió escurecer los lilios,
que blancos suelen salir
*en la verde orilla
de Guadalquivir!*

Los pájaros la saludan,
porque piensan, y es así,
que el sol que sale en oriente
vuelve otra vez a salir
en la verde orilla

de Guadalquivir.

Por solo un cabello el sol
de sus rayos diera mil,
solicitando envidioso
el que se quedaba allí,
en la verde orilla
de Guadalquivir.

XII

La más bella niña
de nuestro lugar,
hoy viuda y sola
y ayer por casar,
viendo que sus ojos
a la guerra van,
a su madre dice
que escucha su mal:
dejadme llorar
orillas del mar.

Pues me distes, madre,
en tan tierna edad
tan corto el placer,
tan largo el penar,
y me cautivastes
de quien hoy se va
y lleva las llaves
de mi libertad,
dejadme llorar
orillas del mar.

En llorar conviertan
mis ojos de hoy más
el sabroso oficio
del dulce mirar,
pues que no se pueden
mejor ocupar,
yéndose a la guerra
quien era mi paz.

*Dejadme llorar
orillas del mar.*

No me pongáis freno
ni queráis culpar;
que lo uno es justo,
lo otro por demás.
Si me queréis bien,
no me hagáis mal;
harto peor fué
morir y callar.

*Dejadme llorar
orillas del mar.*

Dulce madre mía,
¿quién no llorará,
aunque tenga el pecho
como un pedernal,
y no dará voces
viendo marchitar
los más verdes años
de mi mocedad?

Dejadme llorar

orillas del mar.

Váyanse las noches,
pues ido se han
los ojos que hacían
los míos velar;
váyanse, y no vean
tanta soledad
después que en mi lecho
sobra la mitad.

*Dejadme llorar
orillas del mar.*



XIV

ANGÉLICA Y MEDORO.

En un pastoral albergue
que la guerra entre unos robles
lo dejó por escondido
o lo perdonó por pobre,
do la paz viste pellico
y conduce entre pastores
ovejas del monte al llano

y cabras del llano al monte,
mal herido y bien curado,
se alberga un dichoso joven,
que sin clavarle Amor flecha
le coronó de favores.

Las venas con poca sangre,
los ojos con mucha noche,
lo halló en el campo aquella
vida y muerte de los hombres.

Del palafren se derriba,
no porque al moro conoce,
sino por ver que la yerba
tanta sangre paga en flores.

Límpiale el rostro, y la mano
siente al Amor que se esconde
tras las rosas, que la muerte
va violando sus colores.

Escondióse tras las rosas,
porque labren sus arpones
el diamante del Catay
con aquella sangre noble.

Ya le regala los ojos,
ya le entra, sin ver por dónde,
una piedad mal nacida
entre dulces escorpiones.

Ya es herido el pedernal.
ya despide el primer golpe
centellas de agua, ¡oh piedad,
hija de padres traidores!

Yerbas le aplica a sus llagas,
que si no sanan entonces,
en virtud de tales manos
lisonjean los dolores.

Amor le ofrece su venda,
mas ella sus velos rompe
para ligar sus heridas;
los rayos del sol perdones.

Los últimos nudos daba
cuando el cielo la socorre
de un villano en una yegua
que iba penetrando el bosque.

Enfrénanle de la bella
las tristes piadosas voces,
que los firmes troncos mueven
y las sordas piedras oyen;
y la que mejor se halla
en las selvas que en la corte,
simple bondad, al pío ruego
cortésmente corresponde.

Humilde se apea el villano,
y sobre la yegua pone
un cuerpo con poca sangre,
pero con dos corazones.

A su cabaña los guía;
que el sol deja su horizonte,
y el humo de su cabaña
le va sirviendo de norte.

Llegaron temprano a ella,

do una labradora acoge
un mal vivo con dos almas,
una ciega con dos soles.

Blando heno en vez de pluma
para lecho les compone,
que será tálamo luego
do el garzón sus dichas logre.

Las manos, pues, cuyos dedos
desta vida fueron dioses,
restituyen a Medoro
salud nueva, fuerzas dobles,
y le entregan, cuando menos,
su beldad y un reino en dote,
segunda envidia de Marte,
primera dicha de Adonis.

Corona un lascivo enjambre
de cupidillos menores
la choza, bien como abejas
hueco tronco de alcornoque.

¡Qué de nudos le está dando
a un áspid la envidia torpe,
contando de las palomas
los arrullos gemidores!

¡Qué bien la destierra Amor,
haciendo la cuerda azote,
porque el caso no se infame
y el lugar no se inficione!

Todo es gala el africano,
su vestido espira olores,

el lunado arco suspende
y el corvo alfange depone.

Tórtolas enamoradas
son sus roncós atambores,
y los volantes de Venus
sus bien seguidos pendones.

Desnuda el pecho anda ella,
vuela el cabello sin orden;
si lo abrocha, es con claveles,
con jazmines, si lo coge.

El pie calza en lazos de oro,
porque la nieve se goce,
y no se vaya por pies
la hermosura del orbe.

Todo sirve a los amantes,
plumas les baten veloces,
airecillos lisonjeros,
si no son murmuradores.

Los campos les dan alfombras,
los árboles, pabellones;
la apacible fuente, sueño;
música, los ruseñores.

Los troncos les dan cortezas,
en que se guarden sus nombres
mejor que en tablas de mármol
o que en láminas de bronce.

No hay verde fresno sin letra,
ni blanco chopo sin mote;
si un valle *Angélica* suena,

otro *Angélica* responde.

Cuevas do el silencio apenas
deja que sombras las moren,
profanan con sus abrazos
a pesar de sus horrores.

Choza, pues, tálamo y lecho,
contestes de estos amores,
el cielo os guarde, si puede,
de las locuras del Conde.

XL.

Amarrado a un duro banco
de una galera turquesca,
ambas manos en el remo
y ambos ojos en la tierra,
un forzado de Dragut
en la playa de Marbella
se quejaba al ronco són
del remo y de la cadena.

"¡Oh sagrado mar de España,
famosa playa y serena,
teatro donde se han hecho
cien mil navales tragedias!

"Pues eres tú el mismo mar
que con tus crecientes besas
las murallas de mi patria,
coronadas y soberbias,

"tráeme nuevas de mi esposa,
y dime si han sido ciertas

las lágrimas y suspiros
que me dice por sus letras ;
"porque si es verdad que llora
mi cautiverio en su arena,
bien puedes al mar del Sur
vencer en lucientes perlas.

"Dame ya, sagrado mar,
a mis demandas respuesta ;
que bien puedes, si es verdad
que las aguas tienen lenguas ;

"pero, pues no me respondes,
sin duda alguna que es muerta,
aunque no lo debe ser,
pues que yo vivo en su ausencia ;

"pues he vivido diez años
sin libertad y sin ella,
siempre al remo condenado,
a nadie matarán penas."

En esto se descubrieron
de la religión seis velas,
y el cómitre mandó usar
al forzado de su fuerza.

LXIII

ROMANCILLO.

Hermana Marica,
mañana, que es fiesta,
no irás tú a la amiga
ni yo iré a la escuela :

pondráste el corpiño
y la saya buena ;
cabezón labrado,
toca y albanegra,
y a mí me pondrán
mi camisa nueva,
sayo de palmilla,
calza de estameña ;
y si hace bueno,
traeré la montera
que me dió la Pascua
mi señora abuela,
y el estadal rojo
con lo que le cuelga,
que trujo el vecino
cuando fué a la feria.
Iremos a misa,
veremos la iglesia ;
darános un cuarto
mi tía la ollera ;
compraremos dél,
que nadie lo sepa,
chochos y garbanzos
para la merienda,
y en la tardecica,
en nuestra plazuela,
jugaré yo al toro
y tú a las muñecas
con las dos hermanas

Juana y Madalena,
y las dos primillas
Marica y la Tuerta ;
y si quiere madre
dar las castañetas,
podrás, tanto dello,
bailar en la puerta,
y al són del adufe
cantará Andregüela :
“No me aprovecharon,
mi madre, las yerbas.”
Y yo de papel
haré una librea
teñida con moras,
porque bien parezca,
y una caperuza
con muchas almenas ;
pondré por penacho
las dos plumas negras
del rabo del gallo
que acullá en la huerta
anaranjeamos
las carnestolendas ;
y en la caña larga
pondré una bandera
con dos borlas blancas
en sus tranzaderas ;
y en mi caballito
pondré una cabeza

de guadamacil,
dos hilos por riendas,
y entraré en la calle
haciendo corvetas,
yo y otros del barrio,
que son más de treinta;
jugaremos cañas
junto a la plazuela,
porque Bartolilla
salga acá y nos vea:
Bartola, la hija
de la panadera,
la que suele darme
tortas con manteca;
porque algunas veces
hacemos yo y ellas
mil bellaquerías
detrás de la puerta.

ROMANCE.

Por una negra señora
un negro galán doliente
negras lágrimas derrama
de un negro pecho que tiene.
Hablóle una negra noche,
y tan negra, que parece
que de su negra pasión
el negro luto le viene:
lleva una negra guitarra

negras las cuerdas y verdes,
negras también las clavijas,
por ser negro el que las tuerce.
—¡Negras pascuas me dé Dios,
si más negro no me tienen
los negros amores tuyos
que el negro color de allende!
Un negro favor te pido,
si negros favores vendes,
y si con favores negros
un negro pagarse debe.—
La negra señora entonces,
enfadada del negrete,
con estas negras razones
al galán negro entristece:
—Vaya muy enhoranegra
el negro que tal pretende,
pues para galanes negros
se hicieron negros desdenes.—
El negro señor entonces,
no queriendo ennegrecerse
más de lo negro, quitóse
el negro sombrero y fuése.

SONETOS.

XLIV.

Mientras por competir con tu cabello,
oro bruñado, el sol relumbra en vano;
mientras con menosprecio en medio el llano

mira a tu blanca frente el lilio bello ;
 mientras a cada labio, por cogello,
 siguen más ojos que al clavel temprano,
 y mientras triunfa con desdén lozano
 del luciente marfil tu gentil cuello ;
 goza cuello, cabello, labio y frente,
 antes que lo que fué en tu edad dorada
 oro, lilio, clavel, marfil luciente,
 no sólo en planta o viola truncada
 se vuelva, mas tú y ello juntamente
 en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

LXXXII.

A LA TELA DE JUSTAR DE MADRID, QUE LA SACARON
 AL CAMPO.

- Téngoos, señora tela, gran mancilla.
 —Dios la tenga de vos, señor soldado.
 —¿Cómo estáis acá fuera? —Hoy me han echado
 por vagamunda, fuera de la villa.
 —¿Dónde están los galanes de Castilla?
 —¿Dónde pueden estar sino en el Prado?
 —¿Muchas lanzas habrán en vos quebrado?
 —Más respeto me tienen; ni aun astilla.
 —Pues ¿qué hacéis ahí? —Lo que esta puente,
 puente de anillo, tela de cedazo:
 desear hombres como ríos ella,
 hombres de duro pecho y fuerte brazo.
 —Adios, Tela; que sois muy maldiciente,
 y esas no son palabras de doncella.

CII.

AL SEPULCRO DE DOMINICO GRECO,
EXCELENTE PINTOR.

Esta en forma elegante, oh peregrino,
de pórvido luziente dura llave,
el pincel niega al mundo más suave,
que dió espíritu a leño, vida a lino.

Su nombre, aun de mayor aliento dino,
que en los clarines de la Fama cabe,
el campo ilustra de ese mármol grave:
venéralo, y prosigue tu camino.

Yace el griego; heredó naturaleza
arte, y el arte estudio, Iris colores,
Febo luzes, si no sombras Morfeo.

Tanta urna, a pesar de su dureza,
lágrimas beba, y cuantos suda olores
corteza funeral de árbol sabeo.

LAS SOLEDADES.

Al excelentísimo señor Duque de Béjar.

Pasos de un peregrino son errante
cuantos me dictó versos dulce musa,
en soledad confusa
perdidos unos, otros inspirados.
¡Oh tú, que de venablos impedido,
muros de abeto, almenas de diamante,
bates los montes, que de nieve armados,
gigantes de cristal, los teme el cielo;

donde el cuerno, del eco repetido,
fieras te expone, que al teñido suelo
muertas, pidiendo términos disformes,
espantoso coral le dan al Tormes!
Arrima a un fresno el fresno, cuyo acero
sangre sudando, en tiempo hará breve
purpurear la nieve,
y en cuanto da el solícito montero,
al duro roble, al pino levantado,
émulos vividores de las peñas,
las formidables señas
del oso que aún besaba, atravesado,
la asta de tu brillante javalina,
o lo sagrado supla de la encina
lo augusto del dosel o de la fuente,
la alta cenefa lo majestuoso
del sitial a tu deidad debido.
¡Oh Duque esclarecido!
Templa en sus ondas tu fatiga ardiente,
y entregados tus miembros al reposo
sobre el de grama césped no desnudo,
déjate un rato hallar del pie acertado.
que sus errantes pasos ha votado;
a la real cadena de tu escudo
honre suave, generoso nudo,
libertad, de fortuna perseguida;
que a tu piedad Euterpe agradecida,
su canoro dará dulce instrumento,
cuando la fama no, su trompa al viento.



FELIX LOPE DE VEGA Y CARPIO

Madrid, 1562—1635.

CANCIÓN.

¡Oh libertad preciosa,
no comparada al oro,
ni al bien mayor de la espaciosa tierra!
Más rica y más gozosa
que el precioso tesoro
que el mar del sur entre su nácar cierra;
con armas, sangre y guerra,
con las vidas y famas,
conquistado en el mundo;
paz dulce, amor profundo,
que el mal apartas y a tu bien nos llamas:
en tí sola se anida
oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.

 Cuando de las humanas
tinieblas vi del cielo
la luz, principio de mis dulces días,
aquellas tres hermanas
que nuestro humano velo



"... con armas, sangre y guerra."

tejiendo, llevan por inciertas vías,
las duras penas mías
trocaron en la gloria
que en libertad poseo,
con siempre igual deseo,
donde verá por mi dichosa historia,
quien más leyere en ella,
que es dulce libertad lo menos della.

Yo, pues, señor exento
desta montaña y prado,
gozo la gloria y libertad que tengo.
Soberbio pensamiento
jamás ha derribado
la vida humilde y pobre que sostengo.
Cuando a las manos vengo
con el muchacho ciego,
haciendo rostro embisto,
venzo, triunfo y resisto
la flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,
y con libre albedrío
lloro el ajeno mal y canto el mío.

Quando el aurora baña
con helado rocío
de aljófar celestial el monte y prado,
salgo de mi cabaña,
riberas deste río,
a dar el nuevo pasto a mi ganado,
y cuando el sol dorado
muestra sus fuerzas graves,

al sueño el pecho inclino
debajo un sauce o pino,
oyendo el són de las parleras aves,
o ya gozando el aura,
donde el perdido aliento se restaura.

Cuando la noche oscura
con su estrellado manto
el claro día en su tiniebla encierra,
y suena en la espesura
el tenebroso canto
de los nocturnos hijos de la tierra,
al pie de aquesta sierra
con rústicas palabras
mi ganadillo cuento
y el corazón contento
del gobierno de ovejas y de cabras,
la temerosa cuenta
del cuidadoso rey me representa.

Aquí la verde pera
con la manzana hermosa,
de gualda y roja sangre matizada,
y de color de rosa
la cermeña olorosa
tengo, y la endrina de color morada;
aquí de la enramada
parra que al olmo enlaza,
melosas uvas cojo;
y en cantidad recojo,
al tiempo que las ramas desenlaza

el caluroso estío,
membrillos que coronan este río.



No me da descontento
el hábito costoso
que de lascivo el pecho noble infama;
es mi dulce sustento
del campo generoso
estas silvestres frutas que derrama;
mi regalada cama
de blandas pieles y hojas,
que algún rey la envidiara,
y de ti, fuente clara,
que bullendo, el arena y agua arrojas,
estos cristales puros,
sustentos pobres, pero bien seguros.

Estése el cortesano
procurando a su gusto
la blanda cama y el mejor sustento;
bese la ingrata mano

del poderoso injusto,
formando torres de esperanza al viento;
viva y muera sediento
por el honroso oficio,
y goce yo del suelo,
al aire, al sol y al hielo,
ocupado en mi rústico ejercicio;
que más vale pobreza
en paz, que en mísera riqueza.

Ni temo al poderoso
ni al rico lisonjeo,
ni soy camaleón del que gobierna,
ni me tiene envidioso
la ambición y deseo
de ajena gloria ni de fama eterna;
carne sabrosa y tierna,
vino aromatizado,
pan blanco de aquel día,
en prado, en fuente fría,
halla un pastor con hambre fatigado;
que el grande y el pequeño
somos iguales lo que dura el sueño.

IDLIO.

Al murmurar sentada
Delia yacía de una clara fuente;
Delia hermosa, cansada,
adonde con esmalte diferente
de diversos colores

la tierra junto al agua daba flores.

Una abeja cercando,
de hacer licor más dulce deseosa,
con el susurro blando
los bellos labios, la purpúrea rosa,
de aljófara guarnecida,
cayó en la tierra, de su mano herida.

Al tiempo que el postrero
aliento respiraba, dijo al prado:
“¡Qué dulcemente muero!
¡Qué fin de tantas vidas envidiado!
Pues hurto tan sabroso
yo sé que al mismo amor tiene envidioso.”

Amor luego compuso
un túmulo de flores, y sobre ellas
aquestas letras puso:
“No son humildes para empresas bellas”.
Tirsi lo oyó y, de miedo,
tras un verde arrayán se estuvo quedo.

EPÍSTOLA.

A UN AVARO, EXHORTÁNDOLE A SER LIBERAL.

No aprisiones los bienes soberanos,
la liberalidad con avaricia,
pues tan llenas de cielo están tus manos;
ni vuelvas en hidrópica codicia
la providencia, en ti más caudalosa,
que no atesora en hombres, beneficia.

La madre universal, la dadivosa
tierra, lo que del mar tomó prestado,
vuélvelo al mar, hidalga, generosa.

Cierto es que tiene término tasado
aun la virtud del claro autor del oro,
con quien muriendo vives sepultado.

Fin, según esto, espera tu tesoro,
si no lo tiene ya, pues le enterraste,
y a vueltas dél tu paternal decoro.

¡Oh, si de las virtudes que heredaste
avaro fueses! ¡Oh, cuántos blasones
perdiste porque no los conservaste!

Obliga al cielo con sus mismos dones,
y socorriendo la desdicha hambrienta,
aspira a los eternos galardones.

No peques en tu honor, y con afrenta
de la edad juvenil, despreciadora
del vil provecho, y de codicia exenta.

Quien del cielo en lo menos se enamora,
el que idolatra en ídolos metales,
la cantidad, no la deidad, honora.

El engaño del oro, entre sayales
desprecio, que por Dios supremo tienes,
y a quien se postran púrpuras reales,

salga a luz, no a tinieblas lo condenes;
restitúyete al uso de la vida;
aunque tus males son como tus bienes,
de entrada fácil y áspera salida.

SONETOS.

Adonde quiera que su luz aplican,
hallan, Señor, mis ojos tu grandeza ;
si miran de los cielos la belleza,
con voz eterna tu deidad publican.

Si a la tierra se bajan y se implican
en tanta variedad, naturaleza
los muestra tu poder con la destreza
que sus diversidades significan.

Si el mar, Señor, o el aire meditando,
aves y peces todo está diciendo
que es Dios su autor, a quien está adorando.

No hay tan bárbaro antipoda que, viendo
tanta belleza no te esté alabando ;
yo solo, conociéndola, te ofendo.

Un soneto me manda hacer Violante,
que en mi vida me he visto en tal aprieto :
catorce versos dicen que es soneto ;
burla burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante,
y estoy a la mitad de otro cuarteto ;
mas si me veo en el primer terceto,
no hay cosa en los cuartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,
y aun parece que entré con pie derecho,
pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aun sospecho

que estoy los trece versos acabando:
contad si son catorce, y está hecho.

Yo dije siempre, y lo diré, y lo digo,
que es la amistad el bien mayor humano;
mas ¿qué español, qué griego, qué romano
nos ha de dar este perfecto amigo?

Alabo, reverencio, amo, bendigo
aquel a quien el cielo soberano
dió un amigo perfecto, y no es en vano;
que fué, confieso, liberal conmigo.

Tener un grande amigo y obligalle
es el último bien, y por querelle,
el alma, el bien y el mal comunicalle;
mas yo quiero vivir sin conocelle;
que no quiero la gloria de ganalle
por no tener el miedo de perdelle.

Céfiro blando, que mis quejas tristes
tantas veces llevaste; claras fuentes,
que con mis tiernas lágrimas ardientes
vuestro dulce licor ponzoña hicistes;
selvas, que mis querellas esparcistes;
ásperos montes, a mi mal presentes;
ríos, que de mis ojos siempre ausentes,
veneno al mar como tirano, distes.

Pues la aspereza de rigor tan fiero
no me permite voz articulada,
decid a mi desdén que por él muero.

Que si la viere el mundo transformada
en el laurel que por dureza espero,
della veréis mi frente coronada.

El pastor que en el monte anduvo al hielo,
al pie del mismo derribando un pino,
en saliendo el lucero vespertino
enciende lumbre y duerme sin recelo.

Dejan las aves con la noche el vuelo,
el campo el buey, la senda el peregrino,
la hoz el trigo, la guadaña el lino;
que al fin descansa cuanto cubre el cielo.

Yo solo, aunque la noche con su manto
esparza sueño y cuanto vive aduerma,
tengo mis ojos de descanso faltos.

Argos los vuelve la ocasión y el llanto,
sin vara de Mercurio que los duerma;
que los ojos del alma están muy altos.

Hija del tiempo, que en el siglo de oro
viviste hermosa y cándida en la tierra,
de donde la mentira te destierra
en esta fiera edad de hierro y lloro;
santa verdad, dignísimo decoro
del mismo cielo, que tu sol encierra;
paz de nuestra mortal perpetua guerra,
y de los hombres el mayor tesoro;
casta y desnuda virgen, que no pudo
vencer codicia, fuerza ni mudanza,

del sol de Dios ventana cristalina ;
vida de la opinión, lengua del mundo ;
mas ¿qué puedo decir en tu alabanza,
si eres el mismo Dios, Verdad divina?

Daba sustento a un pajarillo un día
Lucinda, y por los hierros del portillo
fuésele de la jaula el pajarillo
al libre viento, en que vivir solía.

Con un suspiro a la ocasión tardía
tendió la mano, y, no pudiendo asillo,
dijo, y de las mejillas amarillo
volvió el clavel, que entre su nieve ardía :

“¿Adónde vas, por despreciar el nido,
al peligro de ligas y de balas,
y el dueño huyes, que tu pico adora?”

Oyóla el pajarillo enternecido,
y a la antigua prisión volvió las alas ;
que tanto puede una mujer que llora.

Con pálido color, ardiendo en ira,
en los brazos de Avero y de Alencastro,
de la difunta doña Inés de Castro
el bravo portugués el rostro mira.

Tierno se allega, airado se retira
(trágico fin de amor, infeliz astro),
y abrazado a su imagen de alabastro
con este llanto y voz habla y suspira :

“Si ves el alma, Nise, de mis ojos

desde el cielo, en que pisas palma y cedro,
más que en este laurel y fe constante,
verás que soy, honrando tus despojos,
portugués en amor, en rigor Pedro,
rey en poder, y en la venganza amante.

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras,
qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
“Alma, asómate agora a la ventana;
verás con cuánto amor llamar porfía”!

Y ¡cuántas, hermosura soberana,
“mañana le abriremos”, respondía,
para lo mismo responder mañana!

Pastor, que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño;
tú, que hiciste cayado dese leño
en que tiendes los brazos poderosos;
vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi amor y dueño,
y la palabra de seguirte empeño,
tus dulces silbos y tus pies hermosos.

Oye, Pastor, que por amores mueres,
no te espante el rigor de mis pecados,
pues tan amigo de rendidos eres ;
espera, pues, y escucha mis cuidados ;
pero ¿cómo te digo que me esperes,
si estás para esperar los pies clavados?



TEMORES EN EL FAVOR.

Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro,
y la cándida víctima levanto,
de mi atrevida indignidad me espanto,
y la piedad de vuestro pecho admiro.

Tal vez el alma con temor retiro,
tal vez la doy al amoroso llanto ;
que, arrepentido de ofenderos tanto,
con ansias temo y con dolor suspiro.

Volved los ojos a mirarme humanos ;
que por las sendas de mi error siniestras
me despeñaron pensamientos vanos.

No sean tantas las miserias nuestras
que a quien os tuvo en sus indignas manos
vos le dejéis de las divinas vuestras.

ROMANCES.

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.

¡No sé qué tiene la aldea
donde vivo y donde muero,
que con venir de mí mismo
no puedo venir más lejos!

Ni estoy bien ni mal conmigo,
mas dice mi entendimiento
que un hombre que todo es alma
está cautivo en su cuerpo.

Entiendo lo que me basta,
y solamente no entiendo
cómo se sufre a sí mismo
un ignorante soberbio.

De cuantas cosas me cansan,
fácilmente me defiendo;
pero no puedo guardarme
de los peligros de un necio.

El dirá que yo lo soy,
pero con falso argumento;
que humildad y necesidad
no caben en un sujeto.

La diferencia conozco,
porque en él y en mí contemplo,

su locura en su arrogancia,
mi humildad en su desprecio.

O sabe naturaleza
más que supo en otro tiempo,
o tantos que nacen sabios
es porque lo dicen ellos.

Sólo sé que no sé nada,
dijo un filósofo, haciendo
la cuenta con su humildad,
adonde lo más es menos.

No me precio de entendido,
de desdichado me precio;
que los que no son dichosos,
¿cómo pueden ser discretos?

No puede durar el mundo,
porque dicen, y lo creo,
que suena a vidrio quebrado
y que ha de romperse presto.

Señales son del juicio
ver que todos le perdemos,
unos por carta de más,
otros por carta de menos.

Dijeron que antiguamente
se fué la verdad al cielo;
¡tal la pusieron los hombres
que desde entonces no ha vuelto!

En dos edades vivimos
los propios y los ajenos,
la de plata los extraños,

y la de cobre los nuestros.

¿A quién no dará cuidado,
si es español verdadero,
ver los hombres a lo antiguo
y el valor a lo moderno?

Dijo Dios que comería
su pan el hombre primero
con el sudor de su cara,
por quebrar su mandamiento;
y algunos inobedientes
a la vergüenza y al miedo,
con las prendas de su honor
han trocado los efectos.

Virtud y filosofía
peregrinan como ciegos:
el uno se lleva al otro,
llorando van y pidiendo.

Dos polos tiene la tierra,
universal movimiento,
la mejor vida el favor,
la mejor sangre el dinero.

Oigo tañer las campanas,
y no me espanto, aunque puedo,
que en lugar de tantas cruces
haya tantos hombres muertos.

Mirando estoy los sepulcros
cuyos mármoles eternos
están diciendo sin lengua
que no lo fueron sus dueños.

¡Oh, bien haya quien los hizo,
porque solamente en ellos
de los poderosos grandes
se vengaron los pequeños!

Fea pintan a la envidia;
yo confieso que la tengo
de unos hombres que no saben
quien vive pared en medio,
sin libros y sin papeles,
sin tratos, cuentas ni cuentos;
cuando quieren escribir
piden prestado el tintero.

Sin ser pobres, ni ser ricos,
tienen chimenea y huerto;
no los despiertan cuidados,
ni pretensiones, ni pleitos,
ni murmuraron del grande,
ni ofendieron al pequeño;
nunca, como yo, firmaron
parabién, ni pascua dieron.

Con esta envidia que digo,
y lo que paso en silencio,
a mis soledades voy,
de mis soledades vengo.

Corría un manso arroyuelo
entre dos valles al alba,
que sobre prendas de aljófár
le prestaban esmeraldas.

Las blancas y rojas flores
que por las márgenes baña
dos veces eran narcisos
en el espejo del agua.

Ya se volvía el aurora,
y en los prados imitaban
celosos lirios sus ojos,
jazmines sus manos blancas.

Las rosas en verdes lazos
vestidas de blanco y nácar,
con hermosura de un día
daban envidia y venganza.

Ya no bajaban las aves
al agua, porque pensaban,
como daba el sol en ellas,
que eran pedazos de plata.

En esta sazón Lisardo
salía de su cabaña,
¿quién pensara que a estar triste,
donde todos se alegraban?

Por las mal enjutas sendas
delante el ganado baja,
que a un mismo tiempo paciendo,
come hielo y bebe escarcha.

Por otra parte venía
de sus tristezas la causa,
hermosa como ella misma,
pues ella sola se iguala.

Leyendo viene una letra

que a sus estrellas con alma
compuso Lisardo un día,
con más amor que esperanza.

Vióle admirado de verla,
y de unas cintas moradas,
para matalle a lisonjas,
el instrumento desata.

Y por dos hilos de perlas,
que dos claveles guardaban,
dió la voz al manso viento,
y repitió las palabras:

"Madre, unos ojuelos vi,
verdes, alegres y bellos:
*¡Ay, que me muero por ellos,
y ellos se burlan de mí!*

"Las dos niñas de sus cielos
han hecho tanta mudanza,
que la color de esperanza
se me ha convertido en celos:

"Yo pienso, madre, que vi
mi vida y mi muerte en vellos.
*¡Ay, que me muero por ellos,
y ellos se burlan de mí!*

"¿Quién pensara que el color
de tal suerte me engañara?
Pero ¿quién no lo pensara
como no tuviera amor?

"Madre, en ellos me perdí
y es fuerza buscarme en ellos:

*¡Ay, que me muero por ellos,
y ellos se burlan de mí!"*



LA BARQUILLA.

¡Pobre barquilla mía,
entre peñascos rota,
sin velas, desvelada,
y entre las olas sola!

¿Adónde vas perdida?
¿Adónde, di, te engolfas?,
que no hay deseos cuerdos
con esperanzas locas.

Como las altas naves,
te apartas animosa
de la vecina tierra,
y al fiero mar te arrojas.

Igual en las fortunas,
mayor en las congojas,
pequeña en las defensas,

incitas a las ondas.

Advierte que te llevan
a dar entre las rocas
de la soberbia envidia,
naufragio de las honras.

Cuando por las riberas
andabas costa a costa,
nunca del mar temiste
las iras procelosas.

Segura navegabas ;
que por la tierra propia
nunca el peligro es mucho
adonde el agua es poca.

Verdad es que en la patria
no es la virtud dichosa,
ni se estima la perla
hasta dejar la concha.

Dirás que muchas barcas
con el favor en popa,
saliendo desdichadas,
volvieron venturosas.

No mires los ejemplos
de las que van y tornan ;
que a muchas ha perdido
la dicha de las otras.

Para los altos mares
no llevas cautelosa,
ni velas de mentiras,
ni remos de lisonjas.

¿Quién te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa;
que presumir de nave
fortunas ocasiona.

¿Qué jarcias te entretejen?
¿Qué ricas banderolas
azote son del viento
y de las aguas sombra?

¿En qué gavia descubres
del árbol alta copa,
la tierra en perspectiva,
del mar incultas orlas?

¿En qué celajes fundas
que es bien echar la sonda
cuando, perdido el rumbo,
erraste la derrota?

Si te sepulta arena,
¿qué sirve fama heroica?;
que nunca desdichados
sus pensamientos logran.

¿Qué importa que te ciñan
ramas verdes o rojas,
que en selvas de corales
salado césped brota?

Laureles de la orilla
solamente coronan
navíos de alto bordo
que jarcias de oro adornan.

No quieras que yo sea,

por tu soberbia pompa,
faetonte de barqueros
que los laureles lloran.

Pasaron ya los tiempos
cuando lamiendo rosas
el céfiro bullía
y suspiraba aromas.

Ya fieros huracanes
tan arrogantes soplan
que, salpicando estrellas,
del sol la frente mojan;
ya los valientes rayos
de la vulcana forja,
en vez de torres altas,
abrasan pobres chozas.

Contenta con tus redes,
a la playa arenosa
mojado me sacabas;
pero vivo, ¿qué importa?

Cuando de rojo nácar
se afeitaba la aurora,
más peces te llenaban
que ella lloraba aljófár.

Al bello sol que adoro,
enjuta ya la ropa,
nos daba una cabaña
la cama de sus hojas.

Esposo me llamaba,
yo la llamaba esposa,

parándose de envidia
la celestial antorcha.

Sin pleito, sin disgusto,
la muerte nos divorcia:
¡ay de la pobre barca
que en lágrimas se ahoga!

Quedad sobre la arena,
inútiles escotas;
que no ha menester velas
quien a su bien no torna.

Si con eternas plantas
las fijas luces doras,
¡oh dueño de mi barca!
y en dulce paz reposas,
merezca que le pidas
al bien que eterno gozas,
que adonde estás, me lleve,
más pura y más hermosa.

Mi honesto amor te obligue;
que no es digna victoria
para quejas humanas
ser las deidades sordas.

Mas ¡ay que no me escuchas!;
però la vida es corta:
viviendo, todo falta;
muriendo, todo sobra.

ENDECHAS.

*Si queréis
que os ronde la puerta,
alma mía
de mi corazón,
seguidme despierta,
tenedme afición ;
veréis cómo arranco
un álamo blanco,
y en vuestro servicio
le pongo en el quicio ;
que vuestros amores
míos son.*

*Si queréis
que os enrame de gracia,
alma mía
de mi corazón,
tenedme afición
en vuestra oración ;
veréis que un espino
sangriento y divino
os pongo por palma
al quicio del alma ;
que vuestros amores
míos son.*

*Si queréis
que os enrame de gloria,
alma mía,*

*de mi corazón,
tened en memoria
mi muerte y pasión;
veréis que os da luz
un árbol de cruz
con fruto y comida;
que vuestros amores
míos son.*

*Norabuena vengáis al mundo,
niño de perlas;
que sin vuestra vista
no hay hora buena.
Niño de jazmines,
rosas y azucenas,
niño de la niña,
después dél, más bella,
que tan buenos años,
que tan buenas nuevas,
que tan buenos días
ha dado a la tierra.
Parabién merece,
parabienes tenga,
aunque tantos bienes
como Dios posea;
mientras os tardastes,
dulce gloria nuestra,
estábamos todos
llenos de mil penas;*

más ya que venistes,
ya la tierra alegre
ver que su esperanza
cumplida en vos sea.
Digan los pastores,
respondan las sierras,
pues hombre os adoran,
y Dios os contemplan:
*Norabuena vengáis al mundo,
niño de perlas;
que sin vuestra vista
no hay hora buena.*

Que os den parabienes
y que os hagan fiestas,
a voces lo cantan
el cielo y la tierra.
En el limbo dicen
reyes y profetas
que ha venido el bien
que su mal remedia.
Aves celestiales
los aires alegran,
pacífica oliva
vuelven las adelfas,
las montañas altas,
las nevadas sierras,
aguas en cristales,
nieve en flores truecan.
Los ecos del valle

“Cristo nace” suenan,
las fieras se amansan,
los corderos juegan,
bajan los pastores
y serranas bellas,
y cantando a coros,
dicen a las selvas:
*Norabuena vengáis al mundo,
niño de perlas;
que sin vuestra vista
no hay hora buena.*



Zagalejo de perlas,
hijo del alba,
*¿dónde váis, que hace frío,
tan de mañana?*

Como sois lucero
del alma mía,
a traer el día
nacéis primero;

pastor y cordero,
sin choza y lana,
*¿dónde váis, que hace frío,
tan de mañana?*

Perlas en los ojos,
risa en la boca,
las almas provoca
a placer y enojos;
cabellitos rojos,
boca de grana,
*¿dónde váis, que hace frío,
tan de mañana?*

Que tenéis que hacer,
pastorcico santo,
madrugando tanto
lo dáis a entender,
aunque váis a ver
disfrazado al alma,
*¿dónde váis, que hace frío,
tan de mañana?*

VILLANCICO.

Las pajas del pesebre,
niño de Belén,
*hoy son flores y rosas,
mañana serán hiel.*

Lloráis entre las pajas,
de frío que tenéis,
hermoso niño mío,

y de calor también.

Dormid, Cordero santo;
mi vida, no lloréis;
que si os escucha el lobo,
vendrá por vos, mi bien.

Dormid entre las pajas
que, aunque frías las veis,
hoy son flores y rosas,
mañana serán hiel.

Las que para abrigaros
tan blandas hoy se ven,
serán mañana espinas
en corona cruel.

Mas no quiero deciros,
aunque vos lo sabéis,
palabras de pesar
en días de placer;
que aunque tan grandes deudas
en pajas las cobréis,
hoy son flores y rosas,
mañana serán hiel.

Dejad el tierno llanto,
divino Emmanüel;
que perlas entre pajas
se pierden sin por qué.

No piense vuestra Madre
que ya Jerusalén
previene sus dolores
y llora con José;

que aunque pajas no sean
corona para rey
hoy son flores y rosas
mañana serán hiel.

CANTARCILLO.

Pues andáis en las palmas,
ángeles santos,
que se duerme mi Niño,
tened los ramos!

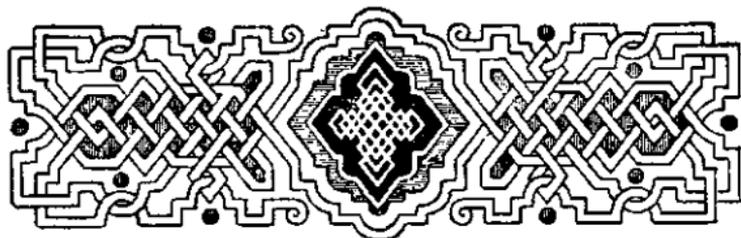
Palmas de Belén
que mueven airados
los furiosos vientos
que suenan tanto,
no le hagáis ruido,
corred más paso:
que se duerme mi Niño,
tened los ramos!

El Niño divino,
que está cansado
de llorar en la tierra,
por su descanso,
sosegar quiere un poco
del tierno llanto:
que se duerme mi Niño,
tened los ramos!

Rigurosos hielos
le están cercando,

ya véis que no tengo
con que guardarlo;
ángeles divinos,
que váis volando,
que se duerme mi Niño,
tened los ramos!





FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Madrid, 1580—Villanueva de los Infantes (Ciudad Real), 1645.

AL SUEÑO.

¿ Con qué culpa tan grave,
sueño blando y suave,
pude en largo destierro merecerte,
que se aparte de mí tu olvido manso?
Pues no te busco yo por ser descanso,
sino por muda imagen de la muerte.
Cuidados veladores
han hecho inobedientes a mis ojos
a la ley de las horas ;
no pudieron vencer a mis dolores
las noches, ni dar paz a mis enojos ;
madrugan más en mí que en las auroras
lágrimas a este llano :
que amanece mi mal siempre temprano.
Bien persuadido tiene la tristeza
a mis dos ojos, que nacieron antes
para llorar que para ver. Tú, sueño,
de sosiego los tienes ignorantes,
de tal manera, que al morir del día

con luz enferma, vi que permitía
el sol que le mirasen en Poniente.

Con pies torpes, al punto, ciega y fría,
cayó de las estrellas blandamente
la noche, tras las sombras pardas mudas,
que el sueño persuadieron a la gente.
Escondieron las galas a los prados
y quedaron desnudas
estas laderas, y sus peñas, solas:
duermen ya, entre sus montes recostados,
los mares y las olas.
Si con algún acento
ofenden las orejas,
es que entre sueños dan al cielo quejas
del yerto lecho y duro acogimiento,
que blandos hallan en los cerros duros.
Los arroyuelos puros
se adormecen al són del llanto mío,
y, a su modo, también se duerme el río.

Con sosiego agradable
se dejan poseer de ti las flores:
mudos están los males,
que no hay cuidado que hable:
faltan lenguas y voz a los dolores,
y en todos los mortales
yace la vida envuelta en alto olvido.
Tan sólo mi gemido
pierde el respeto a tu silencio santo:
yo tu quietud molesto con mi llanto,

y te desacredito
el nombre de callado, con mi grito.
Dame, cortés mancebo, algún reposo:
no seas digno del nombre de avariento,
en el más desdichado y firme amante
que lo merece ser por dueño hermoso.
Débate alguna pausa mi tormento.
Gózante en las cabañas
y debajo del cielo
los ásperos villanos;
hállate en el rigor de los pantanos
y encuéntrate en las nieves y en el hielo
el soldado valiente,
y yo no puedo hallarte, aunque lo intente,
entre mi pensamiento y mi deseo.
Ya, pues, con dolor creo
que eres más riguroso que la tierra,
más duro que la roca,
pues te alcanza el soldado envuelto en guerra,
y en ella mi alma por jamás te toca.
Mira que es gran rigor: dame siquiera
lo que de ti desprecia tanto avaro,
por el oro en que alegre considera,
hasta que da la vuelta el tiempo claro;
lo que había de dormir en blando lecho
y da el enamorado a su señora,
y a ti se te debía de derecho;
dame lo que desprecia de ti agora
por robar el ladrón; lo que desecha

el que invidiosos celos tuvo y llora.
Quede en parte mi queja satisfecha:
tócame con el cuento de tu vara;
oirán siquiera el ruido de tus plumas
mis desventuras sumas;
que yo no quiero verte cara a cara,
ni que hagas más caso
de mí, que hasta pasar por mí de paso;
o que a tu sombra negra, por lo menos,
si fueres a otra parte peregrino,
se le haga camino
por estos ojos de sosiego ajenos.
Quítame, blando sueño, este desvelo,
o de él alguna parte,
y te prometo, mientras viere el cielo,
de desvelarme sólo en celebrarte.

EPÍSTOLA SATÍRICA Y CENSORIA CONTRA LAS COSTUMBRES PRESENTES DE LOS CASTELLANOS, ESCRITA AL CONDE-DUQUE DE OLIVARES.

No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando la boca, o ya la frente,
silencio avises o amenazas miedo.

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Hoy, sin miedo que libre escandalice,
puede hablar el ingenio, asegurado
de que mayor poder le atemorice.

En otros siglos pudo ser pecado
severo estudio, y la verdad desnuda,
y romper el silencio el bien hablado.

Pues sepa quien lo niega y quien lo duda,
que es lengua la verdad de Dios severo
y la lengua de Dios nunca fué muda.

Son la verdad y Dios, Dios verdadero:
ni eternidad divina los separa,
ni de los dos alguno fué primero.

Si Dios a la verdad se adelantara,
siendo verdad, implicación hubiera
en ser y en que verdad de ser dejara.

La justicia de Dios es verdadera,
y la misericordia, y todo cuanto
es Dios todo ha de ser verdad entera.

Señor Excelentísimo, mi llanto
ya no consiente márgenes ni orillas:
inundación será la de mi canto.

Ya sumergirse miro mis mejillas,
la vista por dos urnas derramada
sobre las aras de las dos Castillas.

Yace aquella virtud desaliñada,
que fué, si rica menos, más temida,
en vanidad y en sueño sepultada.

Y aquella libertad esclarecida,
que en donde supo hallar honrada muerte
nunca quiso tener más larga vida,

y, pródiga del alma, nación fuerte,
contaba por afrentas de los años

envejecer en brazos de la suerte.

Del tiempo el ocio torpe, y los engaños
del paso de las horas y del día
reputaban los nuestros por extraños.

Nadie contaba cuánta edad vivía,
sino de qué manera; ni aun un hora
lograba sin afán su valentía.

La robusta virtud era señora,
y sola dominaba al pueblo rudo:
edad, si mal hablada, vencedora.

El temor de la mano daba escudo
al corazón, que, en ella confiado,
todas las armas despreció desnudo.

Multiplicó en escuadras un soldado
su honor precioso, su ánimo valiente,
de sola honesta obligación armado.

Y, debajo del cielo, aquella gente,
si no a más descansado, a más honroso
sueño entregó los ojos, no la mente.

Hilaba la mujer para su esposo
la mortaja primero que el vestido;
menos le vió galán que peligroso.

Acompañaba el lado del marido
más veces en la hueste que en la cama;
sano le aventuró, vengóle herido.

Todas matronas y ninguna dama;
que nombres del halago cortesano
no admitió lo severo de su fama.

Derramado y sonoro el Océano,

era divorcio de las rubias minas
que usurparon la paz del pecho humano.

Ni los trujo costumbres peregrinas
el áspero dinero, ni el Oriente
compró la honestidad con piedras finas.

Joya fué la virtud pura y ardiente;
gala el merecimiento y alabanza;
sólo se cudiciaba lo decente.

No de la pluma dependió la lanza,
ni el cántabro con cajas y tinteros
hizo el campo heredad, sino matanza.

Y España, con legítimos dineros,
no mendigando el crédito a Liguria,
más quiso los turbantes que los ceros.

Menos fuera la pérdida y la injuria
si se volvieran Muzas los asientos,
que esta usura es peor que aquella furia.

Caducaban las aves en los vientos,
y espiraba decrepito el venado:
grande vejez duró en los elementos.

Que el vientre entonces bien disciplinado,
buscó satisfacción y no hartura,
y estaba la garganta sin pecado.

Del mayor infanzón de aquella pura
república de grandes hombres, era
una vaca sustento y armadura.

No había venido al gusto lisonjera
la pimienta arrugada, ni del clavo
la adulación fragante forastera.

Carnero y vaca fué principio y cabo.
y con rojos pimientos y ajos duros
tan bien como el señor comió el esclavo.

Bebió la sed los arroyuelos puros ;
después mostraron del carquesio a Baco
el camino los brindis mal seguros.

El rostro macilento, el cuerpo flaco,
eran recuerdo del trabajo honroso,
y honra y provecho andaban en un saco.

Pudo sin miedo un español veloso
llamar a los tudescos bacanales,
y al holandés hereje y alevoso.

Pudo acusar los celos desiguales
a la Italia ; pero hoy de muchos modos
somos copias, si son originales.

Las descendencias gastan muchos godos ;
todos blasonan, nadie los imita,
y no son sucesores, sino apodos.

Vino el betún precioso que vomita
la ballena o la espuma de las olas,
que el vicio, no el olor, nos acredita,

y quedaron las huestes españolas
bien perfumadas, pero mal regidas,
y alhajas las que fueron pieles solas.

Estaban las hazañas mal vestidas,
y aún no se hartaba de burriel y lana
la vanidad de fembras presumidas.

A la seda pomposa siciliana,
que manchó ardiente múrice, el romano

y el oro hicieron áspera y tirana.

Nunca al duro español supo el gusano
persuadir que vistiese su mortaja,
intercediendo el Can por el verano.

Hoy desprecia el honor al que trabaja,
y entonces fué el trabajo ejecutoria,
y el vicio graduó la gente baja.

Pretende el alentado joven gloria
por dejar la vacada sin marido,
y de Ceres ofende la memoria.

Un animal a la labor nacido
y símbolo celoso a los mortales,
que a Jove fué disfraz y fué vestido;

que un tiempo endureció manos reales,
y detrás de él los cónsules gimieron,
y rumia luz en campos celestiales,

¿por cuál enemistad se persuadieron
a que su apocamiento fuese hazaña,
y a las mieses tan grande ofensa hicieron?

¿Qué cosa es ver a un infanzón de España
abreviado en la silla a la jineta,
y gastar un caballo en una caña?

Que la niñez al gallo le acometa
con semejante munición apruebo;
mas no la edad madura y la perfeta.

Ejercite sus fuerzas el mancebo
en frentes de escuadrones, no en la frente
del útil bruto la asta del acebo.

El trompeta le llame diligente,

dando fuerza de ley el viento vano,
y al son esté el ejército obediente.

¡Con cuánta majestad llena la mano
la pica, y el mosquete carga el hombro,
del que se atreve a ser buen castellano!

Con asco entre las otras gentes nombro
al que de su persona, sin decoro,
más quiere nota dar que dar asombro.

Jineta y cañas son contagio moro;
restitúyanse justas y torneos,
y hagan paces las capas con el toro.

Pasadnos vos de juegos a trofeos;
que sólo grande rey y buen privado
pueden ejecutar estos deseos.

Vos, que hacéis repetir siglo pasado
con desembarazarnos las personas
y sacar a los miembros de cuidado,
vos distes libertad con las valonas,
para que sean corteses las cabezas,
desnudando el enfado a las coronas.

Y, pues vos enmendastes las cortezas,
dad a la mejor parte medicina:
vuélvanse los tablados fortalezas.

Que la cortés estrella que os inclina
a privar sin intento y sin venganza,
milagro que a la invidia desatina,
tiene por sola bienaventuranza
el reconocimiento temeroso:
no presumida y ciega confianza.

Y si os dió el ascendiente generoso
escudos, de armas y blasones llenos,
y por timbre el martirio glorioso,
mejores sean por vos los que eran buenos
Guzmanes, y la cumbre desdeñosa
os muestre a su pesar campos serenos.

Lograd, señor, edad tan venturosa ;
y cuando nuestras fuerzas examina
persecución unida y belicosa,
la militar valiente disciplina
tenga más platicantes que la plaza :
descansen tela falsa y tela fina.

Suceda a la marlota la coraza,
y si el Corpus con danzas no los pide,
velillos y oropel no hagan baza.

El que en treinta lacayos los divide,
hace suerte en el toro y con un dedo
la hace en él la vara que los mide.

Mandadlo así, que aseguraros puedo
que habéis de restaurar más que Pelayo,
pues valdrá por ejércitos el miedo
y os verá el Cielo administrar su rayo.

SONETOS.

A ROMA SEPULTADA EN SUS RUINAS.

Buscas en Roma a Roma ¡oh peregrino!
y en Roma misma a Roma no la hallas :
cadáver son las que ostentó murallas,

y tumba de sí propio el Aventino.

Yace donde reinaba el Palatino ;
y, limadas del tiempo las medallas,
más se muestran destrozo a las batallas
de las edades que blasón latino.

Sólo el Tibre quedó, cuya corriente,
si ciudad la regó, ya sepultura
la llora con funesto són doliente.

¡ Oh, Roma ! En tu grandeza, en tu hermosura,
huyó lo que era firme, y solamente
lo fugitivo permanece y dura.



MEMORIA INMORTAL DE DON PEDRO GIRÓN, DUQUE
DE OSUNA, MUERTO EN LA PRISIÓN.

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
pero no a su defensa sus hazañas ;
diéronle muerte y cárcel las Españas,
de quien él hizo esclava la fortuna.

Lloraron sus invidias una a una
con las propias naciones las extrañas ;

su tumba son de Flandres las campañas,
y su epitafio la sangrienta luna.

En sus exequias encendió al Vesubio
Parténope, y Trinacria al Mongibelo;
el llanto militar creció en diluvio.

Dióle mejor lugar Marte en su cielo;
la Mosa, el Rin, el Tajo y el Danubio
murmuran con dolor su desconsuelo.

A UN AMIGO QUE RETIRADO DE LA CORTE
PASÓ SU EDAD.

Dichoso tú, que, alegre en tu cabaña,
mozo y viejo aspiraste la aura pura,
y te sirven de cuna y sepultura
de paja el techo, el suelo de espadaña.

En esa soledad, que, libre, baña
callado sol con lumbre más segura,
la vida al día más espacio dura,
y la hora, sin voz te desengaña.

No cuentas por los cónsules los años;
hacen tu calendario tus cosechas;
pisas todo tu mundo sin engaños.

De todo lo que ignoras te aprovechas;
ni anhelas premios, ni padeces daños,
y te dilatas cuanto más te estrechas.

CONOCE LA DILIGENCIA CON QUE SE ACERCA LA MUERTE
Y PROCURA CONOCER TAMBIÉN LA CONVENIENCIA DE
SU VENIDA, Y APROVECHARSE DE SU CONOCIMIENTO.

Ya formidable y espantoso suena
dentro del corazón el postrer día,
y la última hora, negra y fría,
se acerca, de temor y sombras llena.

Si agradable descanso, paz serena,
la muerte en traje de dolor envía,
señas da su desdén de cortesía;
más tiene de caricia que de pena.

¿Qué pretende el temor desacordado
de la que a rescatar piadosa viene
espíritu en miserias añudado?

Llegue rogada, pues mi bien previene;
hálleme agradecido, no asustado;
mi vida acabe y mi vivir ordene.

ENSEÑA CÓMO TODAS LAS COSAS AVISAN
DE LA MUERTE.

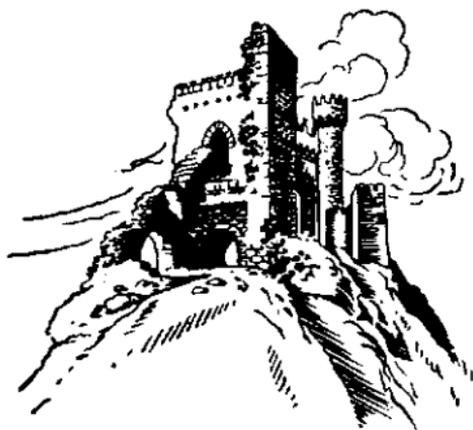
Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo; vi que el sol bebía
los arroyos del hielo desatados;
y del monte quejosos los ganados,

que con sombras hurtó su luz al día.

Entré en mi casa; vi que, amancillada,
de anciana habitación era despojos;
mi báculo más corvo y menos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espada,
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.



A UNA NARIZ.

Erase un hombre a una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,
érase una nariz sayón y escriba,
érase un peje espada muy barbado.

Era un reloj de sol mal encarado,
érase una alquitara pensativa,

érase un elefante boca arriba,
era Ovidio Nasón más narizado.

Erase un espolón de una galera,
érase una pirámide de Egipto;
las doce tribus de narices era.

Erase un naricísimo infinito,
muchísimo nariz, nariz tan fiera,
que en la cara de Anás fuera delito.

UN VALENTÓN.

Un valentón de espátula y gregüesco,
que a la muerte mil vidas sacrifica,
cansado del oficio de la pica,
mas no del ejercicio picaresco,

retorciendo el mostacho soldadesco,
por ver que ya su bolsa le repica,
a un corrillo llegó de gente rica,
y en el nombre de Dios pidió refresco.

“¡Den voacedes por Dios a mi pobreza;
—les dice— donde no, por ocho santos,
que haré lo que hacer suelo sin tardanza!”

Mas uno, que a sacar la espada empieza,
—“¿ Con quién habla?—le dice al tiracantos—
¿ cuerpo de Dios con él y su crianza!

”Si limosna no alcanza,
¿ qué es lo que suele hacer en tal querella?”
Respondió el bravonel: “¡ Irme sin ella!”

LETRILLA.

*Rosal, menos presunción,
donde están las clavellinas,
pues serán mañana espinas
las que agora rosas son.*

¿De qué sirve presumir,
rosal, de buen parecer,
si aun no acabas de nacer
cuando empiezas a morir?
Hace llorar y reír,
vivo y muerto tu arrebol,
en un día o en un sol;
desde el oriente al ocaso
va tu hermosura en un paso,
y en menos tu perfección.

*Rosal, menos presunción,
donde están las clavellinas,
pues serán mañana espinas
las que agora rosas son.*

No es muy grande la ventaja
que tu calidad mejora;
si es tus mantillas la aurora,
es la noche tu mortaja:
no hay florecilla tan baja
que no te alcance de días,
y de tus caballerías,
por descendiente del alba,
se está riendo la malva,

cabellera de un terrón.

*Rosal, menos presunción,
donde están las clavellinas,
pues serán mañana espinas
las que agora rosas son.*

LETRILLA SATÍRICA.

Poderoso caballero
es don Dinero.

Madre, yo al oro me humillo:
él es mi amante y mi amado,
pues de puro enamorado,
anda contino amarillo;
que pues, doblón o sencillo,
hace todo cuanto quiero,
*poderoso caballero
es don Dinero.*

Nace en las Indias honrado,
donde el mundo le acompaña;
viene a morir en España
y es en Génova enterrado.
Y pues quien le trae al lado
es hermoso, aunque sea fiero,
*poderoso caballero
es don Dinero.*

Son sus padres principales
y es de nobles descendiente,
porque en las venas de Oriente
todas las sangres son reales:

y pues es quien hace iguales
al rico y al pordiosero,
poderoso caballero
es don Dinero.

¿A quién no le maravilla
ver en su gloria sin tasa
que es lo más ruin de su casa
doña Blanca de Castilla?
Mas pues que su fuerza humilla
al cobarde y al guerrero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Es tanta su majestad,
aunque son sus duelos hartos,
que aún con estar hecho cuartos,
no pierde su calidad;
pero, pues da autoridad
al gañán y al jornalero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Más valen en cualquier tierra,
(mirad si es harto sagaz)
sus escudos en la paz
que rodela en la guerra;
pues al natural destierra,
y hace propio al forastero,
poderoso caballero
es don Dinero.

BODA Y ACOMPAÑAMIENTO DEL CAMPO.

Don Repollo y doña Berza,
de una sangre y de una casta,
si no caballeros pardos
verdes fidalgos de España,
casáronse, y a las bodas
de una gente tan honrada,
que sustentan ellos solos
a lo mejor de Vizcaya,
de los solares del campo
vino la nobleza y galas;
que no todos los solares
han de ser de la Montaña.

Vana y hermosa a la fiesta
vino doña Calabaza;
que su merced no pudiera
ser hermosa, sin ser vana.

La Cebolla, a lo viuda,
vino con sus tocas blancas
y sus entresuelos verdes;
que sin verdura no hay canas.

Para ser dama tan dulce
vino la Lima gallarda
al principio; que no es bueno
ningún postre de las damas.

La Naranja, a lo ministro,
vino muy tiesa y cerrada,
con su apariencia muy lisa

y su condición muy agria.

La Guinda, a lo hermoso y lindo,
muy agria cuando muchacha,
pero, entrando ya en más días,
apacible, dulce y blanda.

La Cereza, a lo hermosura
recién venida, muy cara ;
pero, con el tiempo, todos
se le atreven por barata.

La Granada, descompuesta,
a lo dama cortesana :
desembozo en la hermosura ;
descaramiento en la gracia.

A lo rico y lo tramposo,
en su erizo, la Castaña,
que le han de sacar la hacienda
todos por punta de lanza.

La Berenjena, mostrando
su calavera morada,
porque no llegó en su tiempo
el socorro de las calvas.

Doña Mostaza menuda,
muy compuesta y atufada ;
que toda chica persona
es gente de gran mostaza.

El Melón, que es el retrato
de todos los que se casan ;
Dios te la depare buena :
que la vista al gusto engaña.

Don Cohombro, desvaído,
largo de verde y de zancas,
muy puesto en ser gentil hombre,
siendo cargado de espaldas.

Don Pepino, muy picado
de amor de doña Ensalada,
gran compadre de doctores,
pensando en unas tercianas.

A lo valiente, cobarde,
todo furias y bravatas,
vino el señor don Pimiento,
vestidito de botarga.

De blanco, morado y verde,
corta crin y cola larga,
don Rábano, pareciendo
moro de juego de cañas.

Doña Alcachofa, compuesta
a imitación de las flacas:
basquiñas y más basquiñas,
carne poca y muchas faldas.

Don Nabo, que, viento en popa,
navega con tal bonanza,
que viene a mandar el mundo,
de gorrón de Salamanca.

Baratísimo lector,
si objeciones desenvainas,
nunca hay boda sin malicias,
ni desposados sin tachas

SUCESO QUE AUNQUE PARECE DE CONSEJA
FUÉ VERDADERO.

Erase que se era
un cuento donoso,
de una viejecita
de tiempo de moros,
pasa en lo arrugado,
mosca en lo goloso,
uva en lo borracho,
higo en lo redondo.

Cucharón por barba,
por sombrero, hongo,
un pañal por toca,
por báculo, un tronco.

Coja de una pierna
y bizca de un ojo,
un rosario al cuello
de bolas de bolos.

Gran mujer del Malo
y de los dimoños;
para niños, bruja;
para niñas, coco.

Gruñidora en tiple,
rezadora en tono,
como una culebra
en los silbos roncós.

Maestra de emplastos
y de lavatorios,

y en hacer conciertos
algebrista propio.

Amortajar muertos
le valió un tesoro
de dientes y muelas,
que guardó en un hoyo.

Calcetera un tiempo
de niñas y pollos,
puntos tomó a unas,
calzas echó a otros.

Cárcel de traviosos
y jaula de locos,
de pájaros liga
y trampa de lobos.

No era Celestina,
que para ella es poco:
érase ella misma,
en quien cabe todo.

Una su enemiga
dió al alcalde un soplo;
sobraron testigos
para su negocio.

Sacan a mi vieja
en un asno romo,
con una montera
de papelón gordo.

¡Pues decid que el día
fué pardo o lluvioso,
sino raso y limpio

de nubes y polvo!

Hizo Dios milagros,
pues corrieron cojos
y sanaron mancos,
por tirarle lodo.

Llovieron muchachos
pepinos, cohombros;
todos le acertaron,
tuertos y bisojos.

A traición le dieron
en los pobres lomos
doscientos azotes,
uno mejor que otro.

Holguéme de verla,
así haya buen gozo
de lo que bien quiero
y del bien que adoro

Y no ha de pesarme
si hacen lo propio
de todas las viejas
de palo y antojos.

PROCURA ENMENDAR EL ABUSO DE LAS ALABANZAS
DE LOS POETAS.

¡Qué preciosos son los dientes,
y qué cuitadas las muelas,
que nunca en ellas gastaron
los amantes una perla!

No empobrecieran más presto
si labraran, los poetas,
de algún nácar las narices,
de algún marfil las orejas.

¿En qué pecaron los codos,
que ninguno los requiebra?
De sienes y de quijadas
nadie que escribe se acuerda.

Las lágrimas son aljófara,
aunque una roma las vierta,
y no hay un culto que saque
de gargajos a las flemas.

Para las lagañas solas
hay en las coplas pobreza,
pues siempre se son lagañas,
aunque Lucinda las tenga.

Todo cabello es de oro,
en apodos, y no en tiendas,
y, en descuidándose Judas,
se entran a sol las bermejas.

Eran las mujeres antes
de carne y de huesos hechas;
ya son de rosas y flores,
jardines y primaveras.

Hortelanos de faciones,
¿qué sabor queréis que tenga
una mujer ensalada,
toda de plantas y yerbas?

¿Cuánto mejor te sabrá

sin corales una jeta
que con claveles dos labios,
mientras no fueses abeja?

¡Oh cultos de Satanás,
que a las faciones blasfemas
con que piden, con que toman,
andáis vistiendo de estrellas!

Un muslo, que nunca aruñá,
unas sabrosas caderas,
que ni atisban aguinaldos,
ni saben qué cosa es feria,

esto sí se ha de cantar
por los prados y las selvas,
en sonetos y canciones,
en romances y en endechas.

Y lloren, de aquí adelante,
los que tuvieren vergüenza
todo rubí que demanda,
todo marfil que desuella.

Las bocas descomulgadas,
pues tanto dinero cuestan,
son ya bocas de costal,
porque las aten por ellas.

De cáncer se ha de llamar
todo diente que merienda;
soles con uñas, los ojos
que se van tras la moneda.

Aunque el cabello sea tinta,
es oro si te le cuesta,

y de vellón el dorado,
si con cuartos se contenta.

Quien boca y dientes cantare,
a malos bocados muera ;
las malas gordas le ahiten ;
las malas flacas le hieran.

PENDENCIA MOSQUITO.

JÁCARA.

A la salud de las marcas
y libertad de los jacos,
se entraron a hacer un brindis
en la bayuca del Santo
Ganchoso el de Ciempozuelos,
Catalinilla de Almagro,
Isabel de Valdepeñas,
y Andresillo el desmirado.
A la carrera de sorbos
y al apretón de los tragos,
nunca ha dado a yegua el Betis
potro que pueda alcanzarlos.
Un cogollo de lechuga
fué el violón deste sarao ;
que el que es bailarín castizo
no repara en lo templado.
Como pobreta corriente,
sacó Isabel del regazo,
en la esquina de un lenzuelo,

unos garbanzos tostados.

Dióle primero a Ganchoso,
aunque Andrés era su gancho;
que es muy cortesano el vino
en estómagos honrados.

Encapotóse Catalna,
y, meciéndose a lo zaino,
al suelo, y luego a Isabel
miró, y mordióse los labios.

Isabel, que se las pela,
soltó la taza y el jarro,
y, terciando la mantilla,
ya en el hombro, ya en el brazo,

dijo: —“Seora Catalna,
¿de qué sirven arrumacos,
ni mirarnos entre dientes?
Parece que somos santos.”

Arrimábanse las dos;
Ganchoso metió la mano,
diciendo: —“Bueno está, reinas,
bueno está: chico pecado.”

—“No muy chico, dijo Andrés,
que aquí no somos morlacos;
entre bobos anda el juego,
no, sino güevos asados.”

—“¿Qué güevos, di, mal nacido?
dijo Isabel sollozando.
Eso merece la penca
que se empeña por cuitados.

"Acuérdate que en Toledo,
en casa de aquel letrado,
antes que se le perdiese,
te hallaste un zurrón de cuartos,

"y que por resplente mío
soldasmente te limpiaron
con tohalla de baqueta
el sudor del espinazo.

"Acuérdate que en Sevilla,
en casa de un veinticuatro,
sin licencia de su dueño
se salió tras ti un caballo,

"y, porque no te arrojasen
a apalear los lenguados,
vendí catorce sortijas
y mi jubón largueado.

"No me dejará mentir
Mondoñedo el escribano,
que, por no escupir al cielo,
no supo hacer mal a un gato."

Rebosábanle a Ganchoso
lo bebido y lo escuchado
y, desatando la sierpe,
dijo, el gabión calando:

—"Lo que ha dicho Valdepeñas
ha sido muy bien hablado,
y mentirá voto al cinto,
quien dijere lo contrario."

Andresillo, la del Cid

de las alforjas sacando,
hubo de haber la que llaman
una de todos los diablos;

porque Ganchoso, hecho un perro,
desabrigando el sobaco,
le tiró dos tarascadas
al cofre de lo mascado.

—“¡ Cáscaras!”, —dijo Andresillo,
y tiróle un hurgonazo
al barrio de los cuajares
y otro a la calle del trago.

Si, por milagro de Dios,
Ganchoso baja la mano
un canto de un real de a dos
lo cuela de cabo a cabo.

Mas quiso Dios y la Virgen
que Jeromillo el mulato
llegase en estas y estotras,
que salía de lo caro.

Desembarazó la vaina,
y, antes de llegar cien pasos,
puso en paz a los pobretes,
que es Jerónimo un Bernaldo,

diciendo: —“Entre dos amigos,
camaradas más que hermanos,
no es razón que haya *moginas*;
vaya el malo para malo.

”Estas señoras honradas
bien pudieran escusarlo;

mas el demonio es sutil;
son mujeres; no me espanto.”
—“No se jable más en eso,
dijo Andrés; ya está acabado,
loado sea el Hijo de Dios.
Toca, Ganchoso.” Y, tocando,
se volvieron a dar gracias
de los peligros pasados
a la ermita de San Sorbo,
en el altar de San Trago.





RODRIGO CARO

Utrera (Sevilla), 1573—Sevilla, 1647.

A LAS RUINAS DE ITÁLICA.

CANCIÓN.

Pocas poesías servirán como esta canción *A las ruinas de Itálica* para mostrar lo que vale en la creación artística el trabajo de reforma y pulimento y cómo, gracias a él y al amor perseverante hacia un asunto que cautivó desde el primer momento el alma del autor, puede llegar éste a producir una obra perfecta en su forma. Por esta razón, y por el interés que guarda para la educación literaria, se dan a continuación las diferentes redacciones de esta poesía, una de las más bellas, sin duda, que existen en lengua española.

Conócense de esta *CanCIÓN* cuatro redacciones, todas ellas autógrafas. Las dos primeras se hallan en la obra de su autor *Memorial de la Villa de Utrera*; la tercera fué encontrada en la villa de Carmona (Sevilla); la última (que es la *vulgata*) en la Biblioteca Nacional de Madrid. Existe, además, una copia, hecha de un manuscrito (¿autégrafo?), por Bartolomé Esteban Gallardo.

De las cuatro redacciones autógrafas, las dos primeras tienen fecha cierta: el mismo Caro afirma que escribió su *CanCIÓN* en 1595, es decir, cuando él tenía

veintidós años, y debió escribirla a raíz de una excursión a Itálica¹. La segunda, por estar incluida también en el *Memorial de la Villa de Utrera*, a que el autor asigna la fecha de 1604, ha tenido que ser escrita entre esa fecha y la anterior. En cuanto a las otras dos redacciones originales y a la copia hecha en Sevilla por Gallardo, no es posible señalárseles año, porque no hay fundamento en que apoyarse, observación que ya hizo en su tiempo don Luis Vidart².

Pero ya que no pueda marcarse fecha a estas tres redacciones (si se admite como original también de Caro la copia de Gallardo), es posible, en cambio, establecer con cierta seguridad el orden cronológico entre ellas. A pesar de las diferencias que separan a la redacción de Carmona de las dos del *Memorial*, es, sin duda, ésta la que más se les aproxima. Seguiría a la de Carmona la copia de Gallardo, que tiene unos versos comunes con ella, y otros con la redacción de la Biblioteca Nacional. La quinta sería la del manuscrito de la Biblioteca de Madrid.

1 De la impresión profunda que esta visita causó en una selecta alma juvenil, llena a la vez de entusiasmo por la antigüedad clásica y por la poesía, da idea el capítulo V (libro I) del *Memorial de la villa de Utrera*, consagrado casi por completo a contar dicha visita. Tiene, además, otro interés poderoso esta narración, a saber: que es la prueba más decisiva que puede presentarse en pro de Caro como único autor posible de la *Canción*, ya que en ésta se limitó a dar forma poética a su vibrante relato de arqueólogo, forma que le preocupó gran parte de su vida, y que influyó en otras poesías suyas de asunto parecido (*A Carmona, A Sevilla la Vieja*).

2 En su artículo "Curiosidades literarias. ¿Quién es el autor de la oda A las ruinas de Itálica?"—En el *Boletín-revista de la Universidad de Madrid*, tomo III (1870), pág. 290.

Estas cinco redacciones pueden distribuirse en dos grupos. Podría decirse que las dos primeras son meros tanteos, y que la *Canción* surge con toda su belleza en la tercera (Carmona). La distancia entre ésta y las anteriores es tan grande, que llega a pensarse si no nos faltará por conocer un eslabón. De no ser esto así, cabe suponer que el autor haya trabajado durante mucho tiempo en su obra hasta decidirse a escribir una nueva versión. De la tercera redacción a la quinta sólo hay una estrofa nueva, y palabras y aún versos modificados, siempre de manera feliz.

He aquí ahora brevemente la historia de las diferentes atribuciones que se han hecho de esta *Canción*:

1) FRANCISCO DE RIOJA.—Se debe a Juan José López de Sedano, quien descubrió (o simplemente conoció) en la antigua Biblioteca Real la quinta redacción, que él publicó en su colección de poesías titulada *Parnaso Español*. Y se la atribuyó a Rioja sin otro fundamento que haber en el manuscrito en que se halla algunas poesías de este autor (como las hay de otros varios poetas, de la época); porque si se apoyó además en la semejanza de letras, un cotejo, aun superficial, de las de ambos muestra cómo no pueden ser de la misma mano. Pero la atribución tuvo éxito y fué seguida durante mucho tiempo por otros colectores.

2) Primitiva redacción de RODRIGO CARO, embellecida más tarde por FRANCISCO DE RIOJA.—Expuso por primera vez esta opinión el crudito sevillano don Justino Matute y Gaviria en su *Bosquejo de Itálica o apuntes que juntaba para su historia* (Sevilla, 1827); la siguió un

comandante de artillería, aficionado a las letras y residente a la sazón en Sevilla, don Juan de Dios Gil de Lara, (en un folleto publicado en esta ciudad, en 1828), el cual se inclina a suponer que, muerto Caro algunos años antes que Rioja, pudo éste mejorar la poesía de su amigo. Y fué, más tarde, su principal defensor don José Amador de los Ríos: en las adiciones que puso a su traducción de la *Historia de la Literatura Española*, de Sismonde de Sismondi (Sevilla, 1841-42).

3) RODRIGO CARO. — Defendió esta atribución, después de una labor paciente y minuciosa, que duró varios años, don Aureliano Fernández-Guerra, en su trabajo *La canción a las ruinas de Itálica, ya original, ya refundida, no es de Francisco de Rioja*. Informe leído en la junta de 30 de marzo de 1870. (En las *Memorias de la Real Academia Española*.—Año I. Tomo I. Madrid, 1870; págs. 175-200) ¹.

Esta opinión del señor Fernández-Guerra fué años después reforzada por la autoridad del señor Menéndez y Pelayo (en el estudio preliminar a las *Obras de Rodrigo Caro*, publicadas por la Sociedad de Bibliófilos Andaluces. Sevilla, 1883-84). Hoy es opinión unánimemente aceptada la atribución a Rodrigo Caro, ¿Podrá, pues, considerarse resuelto este problema que ha preocupado durante casi un siglo a tantos investigadores y eruditos de nuestra historia literaria...?

¹ Análoga tesis sostuvo el señor Sánchez-Moguel (más tarde catedrático de Literatura en la Universidad de Madrid), en unas cartas literarias publicadas, en diciembre de 1869, en *El Porvenir*, diario político de Sevilla; cartas que fueron reproducidas, al año siguiente, en la *Gaceta de Madrid*.

(Primera redacción: 1595.)

"A las ruinas de esta ciudad hice una *Canción* cuando allí llegué, año M.D.XCV. Para variar un poco la lección, la pondré aquí" ¹:

CANCIÓN ².

1. Este es (si no me engaño) el edificio
de Publio Cipión, de Roma gloria,
colonia de sus gentes victoriosas.
Con él el tiempo ejercitó su oficio;
y, porque se leyese su memoria,
dejó aquí estas reliquias espantosas,
que las manos rabiosas
del Alárabe fiero
en el día postrero
le consagró en sus aras inmortales.
Los muros, ya, que tan ilustres fueron,
combatidos de arietes, se cayeron
para campo de incultos matorrales.
¡Qué de dorados lazos trazó el fuego!
¡Qué de soberbias torres sumió luego
el hondo abismo, que aún apenas vemos
iguales en la tierra en sus extremos!

2. Aqueste destrozado anfiteatro
donde, por daño antiguo y nueva afrenta,
renace ahora el verde jaramago,
ya convertido en trágico teatro,

¹ En el *Memorial de la Villa de Utrera*. Autor el licenciado Rodrigo Caro. Lo escribió el autor el año de Nuestro Redemptor, 1604.

Este *Memorial* ha sido publicado por la Sociedad de Bibliófilos Andaluces: *Obras de Rodrigo Caro*, tomo I (Primera serie, tomo XIV.) Año de 1883, Sevilla.—La *Canción* ocupa las páginas 21-23.

² "Esta *Canción* está enmendada; véanse las notas al fin de este libro I." (*Nota del autor*.)

(Segunda redacción: 1595-1604.)

"La *Canción* que aquí puse, tengo enmendada y añadida; y así, la pondré toda aquí, por no hacer insuave el corriente de los versos, que no se quieren leer a pedazos 1."

1. Aquí (según la fama) el edificio
fué del gran Cipión, de quien la historia
tantas hazañas cuenta prodigiosas.
El tiempo en él su riguroso oficio
ejercitó, dejando la memoria
sola en estas reliquias espantosas,
que las manos rabiosas
del alárabe fiero
en el día postrero
le consagró en sus aras inmortales.
Ya al tiempo las murallas se rindieron,
ya los altos alcázares cayeron,
para campo de incultos matorrales.
Los palacios y termas regaladas,
las torres a las nubes levantadas,
tan humildes están, que apenas vemos
iguales con la tierra sus extremos.

2. En este destrozado anfiteatro,
donde por daño antiguo y nueva afrenta
renace ahora el verde jaramago,
ya convertido en trágico teatro.

1 En el *Memorial de la Villa de Utrera* (Sociedad de Bibliófilos Andaluces. Primera serie, tomo XIV): "Notas a lo que se ha dicho en este primer Libro. En el Capítulo V", páginas 96-99.

(Primera redacción.)

¡cuán miserablemente representa
que su labor se iguala con su estrago!
¡Cómo, desierto y vago,
la grita y vocería
que oírse en él solía
la ha convertido en un silencio mudo
que, aun siendo herido en cavernosos huecos,
apenas vuelve mis dolientes ecos,
de su artificio natural desnudo!
Mas si para entender¹ estos despojos
los oídos del alma son los ojos,
aunque confusos miren lo presente,
mil voces de dolor el alma siente.

3. En esta turbia y solitaria fuente,
que un tiempo sus purísimos cristales
en mármol y alabastro derramaba,
dejando el padre Betis su corriente,
con debido laurel las inmortales
sienes del docto Silio coronaba,
y claras le mostraba
en sus ondas azules
las fazes y curules
con que a Roma y al mundo mandaría,
y aquel sangriento y lamentable estrago
que, por los hados de la gran Carthago,
en grave y alto estilo cantaría.
¡Betis! ¡Ah Betis! Sordo pasa el río.

¹ Al margen: *escuchar*.

(Segunda redacción.)

¡cuán miserablemente representa
 cuál su labor ha sido y cuál su estrago!
 ¡Cómo, desierto y vago,
 la grita y vocería
 que oírse en él solía,
 está resuelta en un silencio mudo!
 Pues siendo herido en cavernosos huecos,
 si recibe la voz, niega los ecos,
 de su costumbre natural desnudo.
 Mas si para escuchar estos despojos
 los oídos del alma son los ojos,
 aunque miren confusos lo presente,
 mil voces de dolor el alma siente.

3. Pero si más los ojos extendemos,
 ¡cuántas plazas y calles destruidas!
 ¡Cuántos arcos y templos derribados,
 para advertencia y confusión veremos
 de la fragilidad de nuestras vidas!
 ¡Edificios del viento fabricados!
 En aquellos collados
 me parece que miro
 que en perpetuo suspiro
 está el Genio de Itálica clamando
 “¡Itálica murió!”, con voz llorosa;
 y que la flébil Eco lastimosa
 “¡Itálica murió!” va resonando:
 “¡Itálica murió!” Y el nombre oído¹

¹ El autor había escrito antes lo siguiente, que aparece borrado por una ligera raya:

“está el Genio de Itálica llorando;
 y aumentando con lágrimas el río:
 “¡Ved, dice, si hay dolor como este mío,
 los que por el camino vais pasando!
 “Itálica murió.” Y el nombre oído...”

(Nota de don Aureliano Fernández-Guerra.)

(Primera redacción.)

¡ Silio! ¿ Dónde estás, Silio? ¡ Silio mío!
¡ Silio desapareció, y la fuente ahora
con el agua que vierte a Silio llora!

4. Aquí nació aquel rayo de la guerra,
columna de la paz, honor de España,
felice, triunfador, Ulpio Trajano,
ante quien muda se prostró la tierra,
de las islas que el mar pérsico baña
hasta el límite patrio gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
de Theodosio excelente,
de su padre valiente,
rodaron de márfil y oro las cunas:
aquí, ya de laurel, ya de jazmines,
coronados los vieron los jardines,
que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada
hoy del lagarto vil es habitada:
casas, jardines, Césares murieron,
y aun las piedras que de ellos se escribieron.

5. Mas ya que en balde lloro tu ruína,
y con el mío tu dolor renuevo,
¡ oh, para siempre Itálica, famosa!,
pues de toda tu historia peregrina
sólo el dolor y la memoria llevo,
a quien te mira como yo forzosa,
permíteme piadosa,
en pago de mi llanto,
que vea el cuerpo santo
de Geroncio, tu mártir y prelado:
dame de su sepulcro algunas señas,
y cavaré con lágrimas las peñas
que cubren su sarcófago sagrado.

(Segunda redacción.)

de Itálica renuevan el gemido
 mil sombras nobles en su gran ruína,
 hiriendo la región circunvecina.

4. En esta turbia y solitaria fuente,
 que en otro tiempo purísimos cristales
 en mármol y alabastro derramaba,
 dejando el padre Betis su corriente,
 con inmortal laurel las inmortales
 sienes del docto Silio coronaba,
 y claras le mostraba

en sus ondas azules
 los faces y curules,
 señal del magistrado que tendría;
 y en traje funeraí la gran Cartago,
 de cuyo triste y lamentable estrago
 en culto y grave estilo cantaría.
 ¡Bétis! ¡Oh Bétis! —Sordo pasa el río.
 ¡Silio! ¿Dónde estás, Silio? ¡Silio mío!
 Silio desapareció, y la fuente ahora
 con el agua que vierte a Silio llora.

5. Aquí nació aquel rayo de la guerra,
 columna de la paz, gloria de España,
 pío, felice, triunfador Trajano,
 ante quien muda se prostró la tierra,
 de las islas que el mar pérsico baña
 hasta el límite patrio gaditano.

Aquí de Elio Adriano,
 de Teodosio excelente,
 de su padre valiente,
 rodaron de marfil y oro las cunas.
 Aquí, ya de laurel, ya de jazmines,
 coronados los vieron los jardines,
 que ahora son zarzales y lagunas.

(Primera redacción.)

Pero mal pido tu único consuelo,
pues sólo aqueso bien te dejó el cielo.
Guarda en las tuyas sus reliquias bellas
para envidia del mundo y las estrellas.

6. ¡Ay! despoblada y de conceptos llena,
Itálica hermosa,
que los que comunicas lastimosa
los borra al producir la grave pena!
¡Y cómo muda lloras tu ruína,
lágrimas y silencio es tu doctrina!

(Segunda redacción.)

La casa para el César fabricada,
hoy del lagarto vil es habitada.
Casas, jardines, Césares murieron,
y aun las piedras que dellos se escribieron.

6. Mas ya que en balde lloro tu ruína,
y con el mío tu dolor renuevo,
¡oh para siempre Itálica famosa!
pues de tu gente y fábrica divina
solas memorias yerran, de que llevo
triste noticia y confusión forzosa,
permíteme, piadosa,
en pago de mi llanto,
que vea el cuerpo santo
de Geroncio, tu mártir y prelado.
Dame de su sepulcro algunas señas
y cavaré con lágrimas las peñas
que cubren su sarcófago sagrado.
Pero mal pido tu único consuelo
pues sólo aquese bien te dejó el cielo.
Goza en las tuyas sus reliquias bellas,
para invidia del mundo y las estrellas.

(Tercera redacción.)¹

†

A las ruinas de Itálica.

D. R. C.

CANCIÓN.

1. Estas, Fabio, ¡ai dolor! que ves aora
ruinas, que esparzió rústico arado²

1 De un manuscrito autógrafo, propiedad de la familia Caro, de Carmona (Sevilla). Fué descubierto por doña Carmen Caro en el archivo de su casa.

Puede verse en *Obras de Rodrigo Caro*. Tomo II. (Sociedad de Bibliófilos Andaluces. Primera serie, tomo XV.) Año 1884, Sevilla; págs. 433-436.

Van puestas en notas las variantes de una redacción, que tal vez pueda ser considerada como la *Cuarta*, si se tiene en cuenta la semejanza que guarda, de una parte, con la redacción de la familia Caro y, de otra, con la redacción del ms. de la Biblioteca Nacional. Pero esta posible cuarta redacción no se conserva en manuscrito autógrafo (circunstancia que no debe olvidarse), como las otras cuatro conocidas; sino que procede de dos papeletas bibliográficas, de puño y letra del erudito investigador de la historia literaria española Bartolomé Esteban Gallardo, halladas en 1866. Estas papeletas eran copia del códice C-344, fols. 151 al 164, de la Biblioteca Sevillana del Colegio de San Alberto. Dicho códice contiene *Poesías varias*, encabezadas con las del poeta sevillano Barahona de Soto.

En este códice la poesía lleva el siguiente título:

Canción

a las ruinas de Itálica, o Sevilla la vieja,
por el Licenciado Rodrigo Caro.

2 Estos, Fabio ¡ay dolor!, que ves ahora
reliquias que esparzió rústico arado.

Pero este segundo verso está escrito en la redacción copiada por Gallardo, enterrrenglonado, sobre este otro verso que se inutilizó con una raya:

campos de soledad yerto collado.

fueron un tiempo Itálica famosa:
 Itálica, colonia vencedora¹
 de Scipión. Por tierra derribado
 yace el temido honor de la espantosa
 muralla, y lastimosa
 reliquia es solamente.
 De su invencible gente
 solas verás memorias funerales²,
 donde erraron ya sombras de alto exemplo.
 Caió el soberbio alcazar: caió el templo³
 de que confuso busco las señales⁴.
 El gymnasio y las thermas regaladas⁵
 leves vuelan cenizas desdichadas.
 Las torres, que desprecio al aire fueron,
 a maior pesadumbre se rindieron.
 2. Este despedazado amphitheatro,
 impio honor de los dioses, cuija afrenta
 renueva⁶ el amarillo jaramago,
 ya reduzido a trágico theatro,

1 Aquí de Cipión la vencedora
 colonia fué; por tierra derribado

2 sólo quedan memorias funerales,

3 Cayó el soberbio alcázar; cayó el templo.

Pero este verso, igual al correspondiente de la tercera redacción, está escrito, entrerrrenglonado, sobre este otro verso, que se inutilizó también con una raya:

Este llano fué plaza; allí fué templo.

4 En la redacción copiada por Gallardo, este verso quedó escrito al margen del siguiente modo:

de que confuso busco las señales.

Pero antes había estado escrito de estas otras dos maneras:

de todo apenas vemos las señales;

y después, entrerrrenglonado encima,

de que confuso busco las señales,

igual que está escrito al margen.

5 De el gymnasio y las thermas regaladas.

6 publica.

¡o fábula del tiempo! representa
 cuánta fué su grandeza y es su estrago.
 ¿Cómo en el cerco vago
 de su rústica ¹ arena
 pueblo alegre no suena?
 ¿Dónde (pues fieras ai) está el desnudo
 luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
 Todo desapareció. Cambió la suerte
 voces alegres en silencio mudo.
 Mas aún el tiempo da en estos despojos
 espectáculos fieros a los ojos:
 ¡ miran tan confusos lo presente,
 que voces de dolor el alma siente.

3. Aquí nació aquel raio de la guerra,
 gran padre de la patria, onor de España,
 César Optimo Máximo Trajano ².
 ante quien muda se prostró la tierra,
 que ve del Sol la cuna, y la que vaña
 el mar de Atlante, y patrio Gaditano ³.
 Aquí de Elio Adriano,
 de Theodosio divino,
 de Silio peregrino,
 de oro ¡ blanco marfil rodó la cuna ⁴.
 Aquí el laurel ¡ iedra coronaron
 a los que las naciones adoraron.

1 desierta.

2 pio, felice, triunfador Trajano.

3 el mar también vencido gaditano.

4 rodaron de marfil y oro las cunas.

Aquí ya de laurel, ya de jazmines,

coronados los vieron los jardines,

que los lloran zarzales y lagunas.

La casa para el César fabricada,

¡ay! yace de lagartos vil morada.

Casas, jardines, Césares murieron,

y aun las piedras que de ellos se escribieron.

A quien Roma rindió su alta fortuna.
 Los que dieron al mundo iustas leyes,
 i besaron su pie soberbios reyes.
 Despareció su gloria: i no contento
 el hado, aun no perdona el monumento.

4. Fabio, si tú no lloras, pon atenta
 la vista en luengas calles destruidas:
 mira mármoles i arcos derribados:
 mira estatuas soberbias, que violenta
 Némesis humilló ¹. iazer tendidas
 i ia en alto silencio sepultados
 sus dueños çelebrados.

Assí a Troia figuro:
 assí a su antiguo muro.
 Y a ti, Roma, a quien queda el nombre apenas.
 ¡ Oh patria, o domicilio de los reyes! ²
 Y a ti, a quien no valieron iustas leyes,
 fábrica de Minerva, sabia Athenas:
 aier emulación de las edades,
 oi cenizas, oi vastas soledades:
 que no os respetó el hado, no la suerte,
 ¡ ai! ni por sabia a ti, ni a ti por fuerte.

5³. ¡a Iove de su augusta Providencia

1 derribó.

2 oh casa de los dioses y los reyes.

3 5. ¿ Mas para qué el discurso se derrama
 en buscar al dolor nuevo argumento?

Basta ejemplo menor, basta el presente:
 pues aún humo se ve, aún se ve la llama,
 aún se oyen quejas hoy, hoy ronco acento.

Tal miedo o religión fuerza la mente
 de la vecina gente,

que refiere admirada
 que en la noche callada

una voz triste se oye, que llorando

"cayó Itálica", dice; y lastimosa

Eco reclama "Itálica" en la hojosa

se a olvidado. Dejó el Genio su templo.
 Dejaron los penates sus altares.
 Erynnis de iras llena, i de inclemencia,
 de su furor renueva el triste exemplo,
 i no harta, prosigue sus pesares
 en los sagrados lares
 del augusto Trajano,
 de el divino Adriano.

Mas eco ia con ronca voz doliente
 tal se queixa, que el caro nombre oído
 de tanta ánima excelsa, en dolorido
 acento me responde tiernamente:
 sólo Silio cantar, llorar pudicra,
 su gloria, su desdicha postrimera;
 Silio, hijo inmortal de esta ruína,
 que el imperio venció de Libitina.

6. Esta corta piedad, que agradecido
 güésped a tus sagrados Manes debo,
 les do i consagro: Itálica famosa:
 tú, si don tan pequeño an admitido¹
 las ingratas cenizas, de que llevo
 memoria eternamente lastimosa,
 permite, por piadosa
 usura a tierno llanto,
 vea el cadáver santo
 de Geroncio, tu martyr y prelado:

selva, que se le opond resonando
 "Itálica": y el caro nombre oído
 de "Itálica" renuevan el gemido
 mil sombras nobles en su gran ruína.

Tanto aun la plebe a sentimiento inclina.

- 1 Tú (si don tan pequeño han admitido
 las ingratas cenizas, de que llevo
 dulce noticia, asaz, si lastimosa),
 permiteme, piadosa.

dame ¹ de su sepulcro algunas señas,
 y cavaré con lágrimas las penas
 que ocultan su sarcóphago sagrado:
 tabla votiva offresco a su memoria ².
 ¡Triste! Que indigno soi de tanta gloria.
 Goza en las tuías sus reliquias bellas,
 onor del mundo, invidia a las estrellas ³.

(¿Quinta redacción?) ⁴

†

R. C.

CANCIÓN.

I. Estos, Fabio ay dolor! que ves ahora
 campos de soledad, mustio collado

1 muestra.

2 Pero mal pido el único consuelo
 de todo cuanto bien te quitó el cielo.

3 para invidia del mundo y las estrellas.

4 Es de las cinco redacciones la que primero se conoció. La publicó por vez primera, llamándola *Canción inédita*, Juan Joseph López de Sedano en su "*Parnaso Español. Colección de poesías escogidas de los más célebres poetas castellanos...*" Madrid. Por don Antonio de Sancha. Tomo VIII (1774); páginas 217-220.

El original de esta redacción se encuentra en el manuscrito 3888 (antigua signatura M-82) de la Biblioteca Nacional, y es autógrafa.

Siguiendo a Sedano se incluyó en todas las colecciones de poesías, comenzando por la que, pocos años después de él, daba a luz desde 1785 en Madrid, el padre Estala, bajo el seudónimo de *Ramón Fernández*, quien la inserta en su tomo XVIII: *Poesías inéditas de Francisco de Rioja y otros poetas andaluces* (1797); págs. 69-72. Y ya en el siglo XIX, Quintana, en

fueron un tiempo Itálica famosa.
 Aquí de Cipión la vencedora
 colonia fué: por tierra derribado
 yace el temido honor de la espantosa
 muralla, y lastimosa
 reliquia es solamente.
 De su invencible gente
 solo quedan memorias funerales,
 donde erraron ya sombras de alto ejemplo¹.
 Este llano fué plaza, allí fué templo,
 de todo apenas quedan las señales.
 Del gimnasio y las termas regaladas
 leves vuelan cenizas desdichadas.
 Las torres que desprecio al aire fueron

sus *Poetas selectas castellanas* (Madrid, 1807; 2.^a edición, 1830); Mendibil y Silvela, en su *Biblioteca selecta de Literatura española* (Burdeos, 1810); Marchena, en sus *Lecciones de Filosofía moral y Eloquencia* (Burdeos, 1820), y el poeta don Alberto Lista en la *Collección de trozos escogidos de los mejores hablistas castellanos* (Madrid, 1821), que publicó con destino a la "Casa de educación sita en la calle de San Mateo de esta Corte", de la cual era director; colección que es tal vez la primera destinada en España a la enseñanza elemental de la Literatura.

La ortografía está modernizada: pero se ha seguido la puntuación del manuscrito de la Biblioteca Nacional.

1 Ramón Fernández (y no Quintana, como afirma A. Fernández-Guerra) corrigió la puntuación, y la siguieron Quintana y Mendibil y Silvela (pero no Marchena y Lista, que se atienen al original):

reliquia es solamente
 de su invencible gente.
 Sólo quedan memorias funerales
 donde erraron ya sombras de alto ejemplo.

a su gran pesadumbre se rindieron.

2. Este despedazado anfiteatro
 impío honor de los dioses, cuya afrenta
 publica el amarillo jaramago,
 ya reducido a trágico teatro,
 oh fábula del tiempo! representa
 cuánta fué su grandeza, y es su estrago.
 Cómo en el cerco vago
 de su desierta arena
 el gran pueblo no suena?
 Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
 luchador? dónde está el atleta fuerte?
 Todo desapareció: cambió la suerte
 voces alegres en silencio mudo:
 mas aun el tiempo da en estos despojos
 espectáculos fieros a los ojos:
 y miran tan confusos¹ lo presente,
 que voces de dolor el alma siente.

3. Aquí nació aquel rayo de la guerra,
 gran padre de la patria, honor de España,
 pío, felice, triunfador Trajano,
 ante quien muda se prostró² la tierra
 que ve del sol la cuna, y la que baña
 el mar también vencido gaditano.
 Aquí de Elio Adriano,
 de Teodosio divino,

¹ Quintana: *confuso*.

² Sedano: *postró*, y, después de él, todos los recopiladores mencionados.

de Silio peregrino
rodaron de marfil, y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
coronados los vieron los jardines
que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada
ay! yace de lagartos vil morada.
Casas, jardines, césares murieron,
y aun las piedras que de ellos se escribieron.

4. Fabio, si tú no lloras, pon atenta
la vista en luengas calles destruidas,
mira mármoles y arcos destrozados,
mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas;
y ya en alto silencio sepultados
sus dueños celebrados.
Así a Troya figuro,
así a su antiguo muro.
Y a ti, Roma, a quien queda el nombre apenas,
oh patria de los dioses y los reyes:
y a ti, a quien no valieron justas leyes
fábrica de Minerva sabia Atenas.
Emulación ayer de las edades,
hoy cenizas, hoy vastas soledades;
que no os respetó el hado, no la muerte
ay! ni por sabia a ti, ni a ti por fuerte.

5. Mas para qué la mente se derrama
en buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente.

Que aun se ve el humo aquí, aun se ve la llama ¹,
 aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.
 Tal genio, o religión fuerza la mente
 de la vecina gente
 que refiere admirada
 que en la noche callada
 una voz triste se oye que llorando
 Cayó *Itálica* dice: y lastimosa
 Eco reclama *Itálica* en la hojosa
 selva, que se le opone resonando
Itálica: y el caro ² nombre oído
 de *Itálica* renuevan el gemido
 mil sombras nobles en ³ su gran ruina.
 Tanto, aun la plebe a sentimiento inclina!
 6⁴. Esta corta piedad, que agradecido

1 R. Fernández, y, tras él, todos:

que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,

2 Sedano, y, siguiéndole, todos: *claro*.

3 Sedano, y, luego, todos: *de*.

4 Suprimió ya esta estrofa Ramón Fernández, y le siguieron Mendibil y Silvela, Marchena y hasta Lista. El primero justifica la supresión con la siguiente nota: "No se ha querido desfigurar esta bellisima Canción con la última estancia, indigna enteramente de todo lo demás."

Quintana, que dió íntegra la Canción en las dos ediciones de sus *Poesías selectas castellanas*, hace, sin embargo, estas observaciones: "La última estrofa no pertenece ya a la obra; y por su objeto, su ejecución y su estilo está enteramente fuera del cuadro que el autor se propuso. Nosotros ignoramos la historia de este poema: tal vez encargado Rioja de escribir versos al mártir San Geroncio, prelado de *Itálica*, le sirvió esto de ocasión y motivo para emplear su fantasía en las ruinas y antigüedades del pueblo, y no tuvo arte o voluntad para enlazar lo uno con lo otro. En tal caso, esta mala estancia habrá sido

huésped a tus sagrados manes debo,
 les dó y consagro, Itálica famosa¹.
 Tú, (si lloroso don han admitido²
 las ingratas cenizas de que llevo
 dulce noticia asaz sí lastimosa)
 permítete piadosa
 usura a tierno llanto
 que vea el cuerpo santo
 de Geroncio tu mártir y prelado.
 Muestra de su sepulcro algunas señas
 y cavaré con lágrimas las peñas
 que ocultan su sarcófago sagrado.
 Pero mal pido el único consuelo
 de todo el bien que airado quitó el cielo.
 Goza en las tuyas sus reliquias bellas
 para invidia³ del mundo y las estrellas.

A LA VILLA DE CARMONA.

SILVA.

¡Salve, alcázar sagrado!
 ¡Salve, una y otra vez, antiguo muro

la causa del poema, y como sin ella no la tendríamos, podríamos llamarla *felix culpa*." (En las *Observaciones*, a las poesías del tomo I (2.ª edición, 1830, pág. 360).—De haber conocido Quintana el *Memorial de la Villa de Utrera*, no habría escrito seguramente las anteriores líneas.

1 Quintana, modernizando la forma anticuada *do*, puso:
 la doy y consagro a Itálica famosa.

2 Quintana:

Tú, si el lloroso don han admitido.

3 Quintana: *envidia*.

de mi por patria cara venerado!
 Aunque del tiempo vives mal seguro,
 y del mismo te veo
 ya casi en tus ruinas sepultado,
 no sé qué de valor y de grandeza
 a mis ojos ofreces,
 con que respeto y afición mereces.

¡ Cuán bien te puso nombre de alegría,
 oh ínclita Carmona,
 quien tu primero pueblo disponía!
 Pues con mural corona
 sales festiva a recibir el día,
 y con la fértil copia de tus bienes
 alegre lo festejas y entretienes.

Prevínote la mano artificiosa,
 sobre altos pedernales arriscada,
 para que de altos fines
 émula a las estrellas te avecines;
 y tú, a grandes hazañas ardidosa,
 les hurtaste no menos que un lucero,
 que resplandece, empresa gloriosa,
 en el escudo de tu limpio acero.
 De tu ilustre trofeo
 las dos Hesperias envidiosas veo,
 pues usurpan su honor a Leucotea
 y el Héspero luciente a Citerca.

Para ser como reina respetada
 te dió naturaleza
 la majestad y alteza;

y así, en hombros de montes levantada,
presides al gran llano,
que enriquece de espigas el verano.

¡Cuánto mejor es tu vega
que la que, en varias flores deleitosa
Darro barre con oro y Genil riega!

¡Cuánto te debe Palas belicosa
de olivos siempre verdes!

¡Cuánto licor sagrado,
pródiga, en aras de Dionisio pierdes!

Mas ¿para qué tu generoso aliento
desacredito en lo caduco y vano,
y arrastro por el suelo el pensamiento?
Voces me da en su templo soberano
la fama de tus hijos inmortales,
cuyo nombre la Aurora en sus umbrales
oyó admirada, y su valor pregona
el indio mar en la tostada zona.

Aquí y allí corrieron orgullosos,
el renombre español acreditando
y dando a Marte ejemplos gloriosos.
¿Qué está la fiera invidia murmurando?
Pues vió cuanto esta gloria tuya abona
que para el César invencible fuese
flaco el poder romano,
y al mismo pareciese
(quizá temió) fortísima Carmona.

De la bárbara hueste descreída,
del feroz africano

tanto fuiste temida,
que acometer no osó tu muro fuerte;
y así pudo engañarte, no vencerte.

¡Ay, cuánto precio diste
de noble sangre al fiero alfanje moro,
a la vida de cruz anteponiendo,
la lealtad al tesoro!
Dígalo el cuello santo
de uno solo (¡y cuán grande!) Teodomiro,
admiración de Córdoba, y espanto
del bruto Abderramen enfurecido.
Y ¿qué retorno diste a su venganza?
Mil te pagó por uno.

Tú fuiste de Fernando la esperanza,
que, con sólo a adquirir tu alcázar fuerte,
adelantó su intento glorioso
sobre el oscuro reino de la muerte;
lloró su fatal suerte
el bárbaro en Sevilla delicioso;
arrastró negro luto entristecido
el gran Califa, en Africa temido.

¿Qué reñidas batallas, qué escuadrones
no honraron tus pendones?
Ilustres hijos tuyos
dan ser al promontorio Meliteo,
desde el mar gaditano al turbio Egeo.
¿Quién el genio no admira
de los que con benigno aspecto mira
erudita Minerva?

Mas su decoro a sí solo reserva
su debida alabanza;
que aunque se esfuerce osado el pensamiento
el decir no lo alcanza.

Vive siempre segura, vive ufana:
no temas de tu luz sombra enemiga:
tu gloria soberana
vivirá eternamente;
que es mayor que el olvido tu alta frente.





¿ANDRES FERNANDEZ DE ANDRADA?

EPÍSTOLA MORAL

LOS MANUSCRITOS ¹.—Se conocen actualmente seis manuscritos de la *Epístola moral*. Tres pertenecen a la Biblioteca Nacional de Madrid: 1.º, signatura 2883 (antigua signatura M-269); es un volumen en folio, sin portada, de letra del siglo xvii, encuadernado en pergamino, y que tiene escrito en la parte superior del lomo: † Poesías | M. S. | de los | Leonard^s | y otros; la *Epístola* ocupa las páginas 389-394; 2.º, 3797, volumen en 4.º, al cual falta en la primera página la parte superior, donde habría de seguro alguna indicación de lo que contiene; está encuadernado en pergamino, y en el lomo: *Poesías manuscrit.^s 3.*; procede de la “Librería de D. Luis de Usóz”; la *Epístola* se halla en los folios 137 (final) a 141.—3.º, 4141 (antigua signatura M-251), volumen en 4.º, escrito, como los anteriores, en letra del siglo xvii, encuadernado en pergamino, y con la siguiente inscripción en el lomo: *Obras de Ar-*

¹ Dió una primera noticia de ellos M. Foulché-Delbosc, en la *Revue Hispanique*, VII (1900), páginas 248-250.

gensola Ms.; en la primera página del libro dice: "Es del Rey Niño Señor. Comprela de los mss. de Barcia. Pellicer" (y rúbrica); la *Epístola* ocupa las págs. 211-217.

El cuarto manuscrito se encuentra en la Biblioteca Colombina, de Sevilla, signatura 237. Ha sido publicado por Adolfo de Castro, que lo descubrió, en su trabajo: *La Epístola moral a Fabio no es de Rioja. Descubrimiento de su autor verdadero*, por el Excmo. señor D...—Cádiz, Imprenta de D. José Rodríguez, 1875. 4.º, 79 páginas.

El quinto es propiedad del duque de Gor, que lo conserva en su biblioteca de Granada. A pesar del interés y de la diligencia puesta por los amigos a quienes encargué de la copia de este manuscrito, no les fué posible dar con él.

El sexto y último está en Inglaterra. Se encuentra en la biblioteca que fué de Sir Thomas Phillips, en Cheltenham (Gloucestershire), y que hoy día pertenece a su nieto míster F. Fitz Roy Fenwick, a quien soy deudor de una excelente copia, hecha por él mismo, motivo por el cual le estoy doblemente agradecido.

Los cinco manuscritos que conozco pueden clasificarse en tres grupos. Sin duda el de la Colombina, de Sevilla, es muy distinto de los otros; pero, aun así, el ms. 2883, de Madrid, puede formar grupo con él, **sin** que yo crea que es una copia directa. El ms. 3797, de Madrid, se agrupa con el de la biblioteca de Cheltenham. Es claro que, en ambos grupos, los manuscritos que los forman no son absolutamente iguales; pero las relaciones que permiten agruparlos del modo indicado son evidentes y más numerosas que las diferencias que entre ellos existen. El ms. 4141 de la Biblioteca Nacio-

nal de Madrid, o sea el que el erudito Pellicer compró para el Rey (Carlos III?), constituye, por de pronto, un grupo aparte de los anteriores, concordando algunas veces con el primero de los establecidos; otras, con el segundo, y dando no pocas una lección diferente de todos, y que es, quizás, la que debe ajustarse más al desconocido original.

LOS TEXTOS IMPRESOS.—Fué también López de Sedano quien publicó por primera vez la *Epístola moral*: la incluyó en el tomo I de su *Parnaso español* (Madrid, 1768). Este primer texto impreso está hecho con una ligereza y una falta de respeto que no pueden menos de censurarse. Algunas de sus correcciones llegan a ser disparatadas, y ni siquiera puede disculparlas la dificultad de la lectura de los manuscritos de que se sirviera el colector, porque son todos ellos de muy fácil lectura. Cabe más bien pensar que, por no entender a veces el pensamiento del autor, corrigió de una manera arbitraria. Y, sin embargo, el adjetivo *astuto* del primer terceto (en lugar de *activo* que aparece en todos los manuscritos) se debe a él.—Reprodujo, pocos años después, este primer texto impreso Ramón Fernández (pseudónimo del padre Pedro Estala) en sus *Rimas del doctor Bartolomé Leonardo de Argensola* (Madrid, 1786), que es el tomo tercero de su *Colección de poesías*. El padre Estala adoptó casi siempre las modificaciones introducidas por Sedano; pero, en algunos casos, corrigió, a su vez, dichas modificaciones, y no puede decirse que fuera más feliz.

El segundo texto impreso se debe al padre Estaia en sus *Poesías inéditas de Francisco de Rioja y otros poetas andaluces* (Madrid, 1797), que es el tomo XVIII de su *Colección de poesías*. Sin duda el padre Estala conoció, posteriormente a la primera publicación que

hizo de la *Epístola*, algún manuscrito, y sintió la necesidad de dar un nuevo texto menos arbitrario, ya que en el de ahora se aparta por completo del de Sedano. Este segundo texto de Estala ha sido seguido rigurosamente por La Barrera y Leirado, en sus *Poesías de D. Francisco de Rioja* (Sociedad de Bibliófilos Españoles), Madrid, 1867.

En las colecciones de poesías que se publicaron en España durante la primera mitad del siglo XIX, la *Epístola moral* suele tener por base generalmente el texto de Sedano. No pocas veces, sin embargo, adoptan algunos de los colectores la segunda edición de Estala. Quintana en sus dos ediciones (1807 y 1830), sigue más que ningún otro a Sedano, hasta en algunas interpretaciones caprichosas de éste. Mendíbil y Silvela, más escrupulosos, dejaron de poner tres tercetos (9, 40 y 41), quizás porque no les satisfacían los textos que tuvieron a mano. Lista debió utilizar directamente algún manuscrito, como lo prueba el que sea él el único de los colectores de este tiempo que trae el verso segundo del terceto 60 como viene en cuatro de los manuscritos:

“que usó como si fuera vil gaveta”.

cuando todos los demás sin excepción, y La Barrera, han cambiado este verso, siguiendo a Sedano, de esta manera:

“que usó, como si fuera plata neta”.

Menéndez y Pelayo ha seguido unas veces el texto de Sedano; otras, la segunda edición de Estala, aceptando una modificación de Marchena (terceto 34, ver-

so 2.º); dos de Quintana (terceto 42, verso 1.º; terceto 52, verso 1.º), y corrigiendo él mismo el verso 1.º del terceto 17:

“que halagar lisonjero las orejas”.

Marchena, a más de la modificación citada anteriormente, tiene otra (terceto 52, verso 2.º).

El tercer texto impreso se debe al erudito andaluz Adolfo de Castro. Lo publicó en su ya citado trabajo *La Epístola moral a Fabio no es de Rioja* (Cádiz, 1875), y en él se limitó a dar el texto del Ms. 237 de la Biblioteca Colombina, de Sevilla.

El texto que ofrezco está hecho teniendo presentes los cinco manuscritos que conozco (para el de Sevilla me atengo al trabajo de Castro). No pretendo, sin embargo, haber establecido un texto definitivo. He aquí por qué: de los 205 versos (67 tercetos y el cuarteto final) que tiene la *Epístola*, llevan notas 105, los cuales pueden clasificarse del modo siguiente: a) 13, gracias a la conformidad de los cinco manuscritos presentan la verdadera lección de modo indudable; son los versos 1³, 2¹, 18², 18³, 22², 24¹, 32¹, 32², 34², 34³, 44², 57² y 64³;—b) podrían agregarse a éstos los versos 19² y 31², ya que la diferencia, en cada caso, de uno de los manuscritos, puede atribuirse más a equivocación del copista que, propiamente, a diferencia de lección;—c) en 81 versos, el estudio de los manuscritos da una lección que puede tomarse como definitiva;—y d) en cambio, los 9 siguientes (5¹, 9¹, 10², 21³, 25¹, 25², 32³, 50³ y 61¹) no me atrevería a considerarlos como definitivamente establecidos. ¿Resolverá el manuscrito granadino de la biblioteca del duque de Gor las dudas que las diferentes lecciones de los otros cinco suscitan? Sea cual fuere la res-

puesta, es muy de desear que se publique pronta y cuidadosamente.

Las notas puestas en el presente trabajo son de dos clases. Las más importantes y numerosas sirven para esclarecer la fijación de este texto. Las otras, como aclaraciones a los textos anteriormente impresos. — Para facilitar las notas se utilizan las siguientes abreviaturas: Ms. 2883, de Madrid = M₁; Ms. 3797 = M₂; Ms. 4141 = M₃; Ms. de la Colombina de Sevilla = S.; Ms. de la biblioteca de Cheltenham = Ch.

EL AUTOR.—1) *Francisco de Medrano*.—El manuscrito 4141 de la Biblioteca Nacional, de Madrid, pone el siguiente epígrafe a la *Epístola*: “De Bartholomé Leonardo de Argensola contra las esperanzas y pretensiones de la corte, exhortando a un amigo que las deje y se retire a su Patria. Escriviola a un Cabellero (*sic*) sevillano, pretendiente en Corte”. Pero en la página primera tiene una extensa nota escrita al margen, y que parece de la misma mano que copió la poesía, nota que dice así: “No es esta carta de Bar.^m Leonardo, como él mismo me lo confesó, diciendo que estimara mucho que lo fuera. Según el estilo y materia de que trata, es de Don Fran.^{co} de Medrano, de quien están alg.^s cossas en el cartapacio, pág. 267, que assí me lo asseguró una persona q.^o lo sabía muy bien. La obra es en el estilo y argumento de las cossas mejor escritas de nra. lengua.” Esta atribución no ha sido recogida, que yo sepa, por ningún historiador ni crítico de nuestra literatura.

2) *Bartolomé Leonardo de Argensola*.—Débese esta atribución a Sedano, quien la hizo con la misma falta de fundamento con que atribuyó a Rioja la *Canción a las ruinas de Itálica*. En la introducción al tomo I de su

Parnaso español dice lo siguiente: “Esta hermosa Pieza yacía ignorada y confundida entre las muchas inéditas de los dos *Leonardos*, que existen en poder de algunos Curiosos...” No es fácil decir cuáles son los manuscritos que utilizara Sedano para su publicación; verdad es que tampoco importa demasiado, vista la poca seriedad con que lo hizo; pero el párrafo transcrito puede tal vez explicar alguno o algunos de los que utilizó. Ya se ha dicho al principio, tratando de los manuscritos, que el 2883, de la Nacional de Madrid, tiene escrito en el lomo: *Poesías M. S. de los Leonardos y otros*; éste debió ser, indudablemente, uno de los aprovechados; y lo confirma más que nada el terceto 35, verso 3.º, que en dicho manuscrito es como sigue:

“oh quien así lo entiende cuánto yerra”,

que es como lo trae Sedano, y, siguiéndole, todos los colectores; mientras que los otros cuatro manuscritos dicen:

“oh quien así lo piensa cuánto yerra”.

Es posible que también se valiese del Ms. 3797 de la Nacional, que pone el siguiente epígrafe a la *Epístola*: “A un amigo Pretendiente. — Bartolomé.” — Más difícil me parece el que se sirviera del Ms. 4141, de Madrid, a pesar de que en el lomo ponga: “*Obras de Argensola Ms.*”, y de que en el epígrafe se atribuya la *Epístola* a Bartholomé. Es verdad, sin embargo, que el texto de Sedano coincide algunas veces con el Ms. 4141; pero, en la mayoría de los casos, este Ms. es igual al 2883, y en algunos, al 3797; y sólo en el terceto 48, verso 1.º, sigue Sedano al Ms. 4141, que es igual en este verso al Ms. de Sevilla y diferente de los otros tres.

3) *Francisco de Rioja*.—La atribución de Sedano a favor de Argensola fué únicamente seguida por el padre Estala en su primera publicación (*Rimas del doctor Bartolomé Leonardo de Argensola*, 1786). Sin embargo, en la advertencia que precede a las poesías dice así: “Ultimamente se ponen dos piezas que en el *Parناسo español* se atribuyen a Bartolomé; no porque sea ninguna de ellas suya, sino por las razones que expondremos. Estas son la epístola que empieza:

“Fabio, las esperanzas cortesanas”,

y la canción:

“Ufano, alegre, altivo, enamorado.”

De éstas, la primera es, sin duda, de Francisco de Rioja, como es evidente a cualquiera que la lea con reflexión y tenga conocimiento del estilo y carácter de las poesías de este grande ingenio. Pero sin tener que recurrir al estilo, porque esta es una prueba muy equívoca para muchos, tenemos sobrados fundamentos para restituir a Francisco de Rioja la gloria de esta bella composición...”

La segunda vez que publica el padre Estala la *Epístola* la incluye en el volumen de *Poesías inéditas de Francisco de Rioja y otros poetas andaluces* (1797).

A partir de Estala, todos los colectores de poesías españolas han seguido atribuyéndosela a Rioja, incluso Adolfo de Castro en sus *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII* (Biblioteca de Autores Españoles, tomo XXXII), Madrid, 1854.

4) *Andrés Fernández de Andrada*.—Se debe esta atribución a Adolfo de Castro en su ya citado trabajo

La Epístola moral a Fabio no es de Rioja. Descubrimiento de su autor verdadero (Cádiz, 1875).

De los cinco manuscritos, tres atribuyen a Andrés de Andrada la *Epístola moral*. El Ms. 237 de la Biblioteca Colombina, de Sevilla, trae el siguiente epígrafe: "Copia de la carta que el capitán Andrés Fernández de Andrada escribió desde Sevilla a D. Alonso Tello de Guzmán, pretendiente en Madrid, que fué corregidor de la ciudad de México."—El Ms. 2883 de la Biblioteca Nacional, de Madrid, tiene este epígrafe: "De Andrés Sánchez (*sic*) de Andrada en Sevilla Epístola."—Y, por último, el manuscrito de la biblioteca de Sir Thomas Phillips, en Cheltenham, pone: "Carta de Andrés de Andrada escrita a un amigo pretendiente."

No debe olvidarse la nota marginal en la primera página de la *Epístola*, en el Ms. 4141, de Madrid, donde se niega que sea Argensola el autor de esta obra, agregando, quien escribió la nota, que era confesión del propio Bartolomé, quien afirmaba además que estimaría mucho que lo fuera.

Si conociéramos el manuscrito de Granada, tendríamos probablemente un dato más para la resolución de este problema.

El señor Menéndez y Pelayo, en su colección *Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua castellana* (London & Glasgow, 1908), no se decidió a aceptar plenamente la atribución debida a Adolfo de Castro; y así considera la *Epístola moral* como de un "Anónimo sevillano (Probablemente Fernández de Andrada)".

- 1 Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son do el ambicioso muere
y donde al más activo¹ nacen canas.
- 2 El² que no las limare o las rompiere,
ni el nombre de varón ha merecido,
ni subir³ al honor que pretendiere.
- 3 El ánimo plebeyo y abatido
procura⁴, en sus intentos temeroso,
antes⁵ estar suspenso que caído;
- 4 que el corazón entero y generoso
al caso adverso inclinará la frente
antes que la rodilla al poderoso.

1 Así en los cinco manuscritos.—López de Sedano substituyó este adjetivo por *astuto*, y le siguieron Ramón Fernández (el padre Pedro Estala), en su primera edición de la *Epistola* (tomo III de su *Colección*, 1786); Quintana, en las dos ediciones de sus *Poesías selectas castellanas* (1807 y 1830); Mendibil y Silvela, en *Biblioteca selecta de Literatura Española* (1819); A. de Castro, en *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII* (1854), y Menéndez y Pelayo, en *Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua castellana* (1908).—Pero Estala, en su segunda edición (tomo XVIII de su *Colección*, 1797), hecha ya con entera independencia de Sedano, puso el adjetivo que se lee en los manuscritos, *activo*, y siguieron esta lección Marchena, *Lecciones de Filosofía moral y Elocuencia* (1820); Lista, *Colección de trozos escogidos de los mejores hablistas castellanos* (1821), y La Barrera, *Poesías de Francisco de Rioja* (1867).

2 SEDANO Y ESTALA 1:

Y el que no las limare o las rompiere.

Marchena, Lista, Castro y Menéndez y Pelayo, en cambio, traen la lección correcta.

3 S.: *llegar*.

4 M₁ y S.: *elija*.

5 M₁ y S.: *primero*.

- 5 Más coronas, más triunfos dió al prudente ¹
 que supo retirarse, la fortuna ²,
 que al que esperó obstinada y locamente.
- 6 Esta invasión terrible e importuna
 de contrarios sucesos nos espera
 desde el primer sollozo de la cuna.
- 7 Dejémosla pasar como a la fiera
 corriente del gran Betis, cuando airado ³
 dilata hasta los montes la ribera ⁴.
- 8 Aquel entre los héroes es contado
 que el premio mereció, no quien le alcanza
 por vanas consecuencias del estado.
- 9 Peculio propio es ya de la privanza ⁵
 cuanto de Astrea fué, cuando regía ⁶
 con su temida espada y su balanza.
- 10 El oro, la maldad, la tiranía
 del inicuo, precede ⁷ y pasa al bueno ⁸.

1 M₁ y S.: Más triunfos, más coronas dió al prudente.

2 M₂ y Ch.: a la fortuna.

3 S.: corriente o al gran Betis cuando airado.

4 M₁: su ribera.—S.: su carrera.

5 M₁, M₂ y Ch.: Peculio es propio ya de la privanza.

6 M₂ y Ch.: cuanto de Astrea fué cuando regía.

SEDANO Y ESTALA¹ traen así este verso y el siguiente:

cuanto de Austria fué, cuando regía
 con su temida espada y fuerte lanza.

Y lo peor es que Quintana les sigue, en sus dos ediciones.—
 MENDÍBIL y SILVELA, tal vez por no entender el terceto de la
 manera disparatada como SEDANO lo interpretó, lo suprimen.

7 M₁, M₂ y Ch.: procede. ESTALA¹: precede.

8 M₂: y para el bueno, tal vez por error de copia.

- ¿Qué espera la virtud o qué confía? ¹
- 11 Vente ², y reposa en el materno seno
de la antigua Romúlea ³, cuyo clima
te será más humano y más sereno.
- 12 Adonde, por lo menos, cuando oprima
nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
“Blanda le sea”, al derramarla encima;
- 13 donde no dejarás la mesa ayuno
cuando en ella te falte el pece raro ⁴
o cuando su pavón nos ⁵ niegue Juno.
- 14 Busca, pues, el sosiego dulce y caro ⁶,
como en la oscura noche del Egeo ⁷
busca el piloto el eminente faro;
- 15 que si acortas y ciñes tu deseo
dirás: “Lo que ⁸ desprecio he conseguido;
que la opinión vulgar es devaneo.”
- 16 Más quiere el rui señor su pobre nido ⁹
de pluma y leves pajas, más sus quejas

1 S.: o en qué confía.

2 M₁ y S.: Ven.

3 M₁ y S.: Romulia.

4 M₁: cuando en las manos falte el pece raro.

ESTALA²: cuando te falte en ella el pece raro;
y le han seguido todos los colectores.

5 S.: te.

6 S.: claro.

7 S.: *Lethæo*.

8 S.: Cuanto.

9 Así en M₁ y M₃.

M₂ y Ch.: Más quiere el rui señor su patrio nido.

S.: Más precia el rui señor el pobre nido.

ESTALA², y con él todos: Más precia el rui señor su pobre nido.

- en el monte ¹ repuesto y escondido,
 17 que agradar ² lisonjero las orejas
 de algún príncipe insigne ³, aprisionado
 en el metal de las doradas rejas.
 18 Triste de aquel que vive destinado
 a esa antigua colonia de ⁴ los vicios,
 augur de los semblantes del privado ⁵.
 19 Cese el ansia y la sed de los oficios;
 que acepta el don y burla del intento ⁶
 el ídolo, a quien haces sacrificios.
 20 Iguala con la vida el pensamiento,
 y no le ⁷ pasarás de hoy a mañana,
 ni aun quizá de un momento a otro momento ⁸.
 21 Apenas ⁹ tienes ni una sombra vana
 de nuestra antigua Itálica ¹⁰, y ¿esperas?

1 M₁ y S.: *bosque*.

2 S.: *adular*.—MENÉNDEZ Y PELAYO: *halagar*.

3 S.: *raro*.

4 SEDANO y ESTALA¹: *do*.

5 SEDANO da a este verso una interpretación del todo arbitraria:

aunque de los semblantes desgraciado;

y ESTALA¹, tal vez por no entenderla, pone otra igualmente arbitraria:

habitan con semblante disfrazado.

Ninguna de las dos está justificada por los manuscritos.

6 M₁: que açeda el don y burla del intento. Ch.: que acepta el don y burla del concento.—En ambos mss. debe haber error de copia.

7 M₁: *lo*, tal vez por error de copia; pues en S.: *la*.

8 Así en M₃ y S.—M₁: y *quizá*.—M₂ y Ch.: *ni aun quizás*.

9 M₁: *Cuasi no*.—SEDANO y ESTALA¹: *Casi no*; y así también QUINTANA¹⁻², MENDÍBIL y SILVELA, MARCHENA, LISTA, CASTRO y M. Y PELAYO.

10 M₂ y Ch.: *Italia*.—M₁ y S.: de nuestra grande Itálica y esperas.

- ¡ Oh error perpetuo ¹ de la vida humana ² !
 22 Las enseñas grecianas, las banderas ³
 del senado y romana monarquía ⁴
 murieron, y pasaron sus carreras.
 23 ¿ Qué es nuestra vida más que un breve día,
 do apenas sale ⁵ el sol, cuando se pierde
 en las tinieblas de la noche fría ?
 24 ¿ Qué más que el heno, a la mañana verde ⁶
 seco a la tarde ? ¡ Oh ciego desvarío !
 ¿ Será que de este sueño se recuerde ⁷ ?
 25 ¿ Será que pueda ser ⁸ que me desvío
 de la vida viviendo, y que esté ⁹ unida

1 S.: *caduco*.

2 M₁, M₂ y Ch.:

¡ oh error perpetuo de la suerte humana !;

y así también en las colecciones, sin excepción.

3 Así M₃ y S.—M₁, tal vez por error de copia: *entenas*.—M₂ y Ch.: *insignias*.

4 SEDANO y ESTALA¹, arbitrariamente:

del Senado Romano, y Monarquía.

5 Así M₂, M₃ y Ch.—S.: *hace*.—M₁ no tiene este verso.

6 SEDANO y ESTALA:

Qué, es más que el heno, a la mañana verde.

Y le siguen QUINTANA¹⁻², MENDÍBIL y SILVELA y LA BARRERA.

7 Así M₁, M₃ y S.—M₂ y Ch.: Será bien que del sueño se recuerde.

Y así también SEDANO, y tras él QUINTANA¹⁻², MENDÍBIL y SILVELA, MARCHENA, LISTA y M. y PELAYO. Pero no ESTALA¹⁻² ni LA BARRERA.

8 Así M₂, M₃ y Ch.—M₃: *ver*.

M₁: ¿ Será que pudo ver que me desvío ?

SEDANO y todos los demás colectores siguen la segunda de estas lecciones.

9 Así M₂ y S.—M₁ y S.: *está*.—La copia que tengo del ms. de Ch. no trae la terminación verbal; dice sólo: *est*.

- la cauta muerte al simple¹ vivir mío?
- 26 Como los ríos, que en veloz corrida
se llevan a la mar, tal soy llevado
al último suspiro de mi² vida.
- 27 De la pasada edad ¿qué me ha quedado?
O ¿qué tengo yo a dicha, en la que espero,
sino alguna noticia de mi hado?³
- 28 ¡Oh si acabase, viendo cómo muero,
de aprender a morir, antes que llegue
aquel forzoso término postrero;
- 29 antes que aquesta mies inútil siegue⁴
de la severa muerte dura⁵ mano,
y a la común materia se la⁶ entregue!
- 30 Pasáronse las flores del verano,
el otoño pasó⁷ con sus racimos,
pasó⁸ el invierno con sus nieves cano;
- 31 las hojas que en las altas selvas vimos⁹
cayeron, ¡y nosotros a porfía¹⁰

1 M1: *siempre*.

SEDANO Y ESTALA¹ traen este verso así:

La corta muerte al siempre vivir mío.

2 S.: *la*.

3 Ch.: sin alguna noticia de mi hado.

SEDANO Y ESTALA¹: *sin alguna*.—ESTALA²: *sin ninguna*, y⁴
todos han seguido esta lección.

4 M2 y Ch.: Antes que aquesta tan inútil siegue.

5 S.: *cruda*.

6 S.: *le*.

7 S.: *llegó*.

8 M2 y Ch.: *pasa*.

9 M1: Y las hojas que en altas selvas vimos.

10 S.: cayeron y... a porfía.—ADOLFO DE CASTRO, en *La*

- en nuestro engaño inmóviles vivimos!
- 32 Temamos al Señor que nos envía
las espigas ¹ del año y la hartura,
y la temprana lluvia ² y la tardía.
- 33 No imitemos la tierra siempre dura
a las aguas del cielo y al arado,
ni la vid cuyo fruto no madura ³.
- 34 ¿Piensas acaso tú que fué criado
el varón para el rayo de la guerra ⁴,
para sulcar ⁵ el piélagosalado,
- 35 para medir el orbe de la tierra
o el cerco ⁶ por dó ⁷ el sol siempre camina?
¡Oh, quien así lo piensa ⁸, cuánto yerra!
- 36 Esta nuestra porción, alta y divina,
a mayores acciones es llamada

Epístola moral a Fabio no es de Rioja, pone la siguiente nota a este verso: "Así en el original."

1 M₂: *esperas*, sin duda por error de copia.

2 Así en S.—M₁ y M₃: y la temprana lluvia y la tardía. M₂ y Ch., y la lluvia temprana y la tardía.

3 Así en todos los mss.

SEDANO: Ni a la vid cuyo fruto no madura; y le siguieron ESTALA¹, QUINTANA¹⁻², MENDIBIL y SILVELA.

4 Así en todos los mss.

MARCHENA: el varón para rayo de la guerra; y le siguieron LISTA, CASTRO y MENÉNDEZ y PELAYO.

5 Ch.: *sacar*. Debe ser error de copia.

6 Así en M₃ y S.—M₁, M₂ y Ch.: y el cerco.

7 Todos los mss. dicen: *por do*.

ESTALA²: y el cerco donde el sol siempre camina. Y así, en todas las colecciones.

8 M₁, únicamente: *entiende*.

Y así también SEDANO y, siguiéndole, todos los colectores, sin excepción.

- y en más nobles objetos¹ se termina.
- 37 Así aquella, que al hombre solo es dada²,
sacra razón y pura me despierta,
de esplendor y de rayos coronada³,
- 38 y en la fría región, dura y desierta,
de aqueste pecho enciende nueva llama,
y la luz vuelve a arder que estaba muerta.
- 39 Quiero, Fabio, seguir a quien me llama,
y callado⁴ pasar entre la gente,
que no afecto⁵ los nombres ni la fama.
- 40 El soberbio tirano del Oriente⁶,
que maciza las torres de cien codos
de⁷ cándido metal puro y luciente,
- 41 apenas puede ya comprar los modos⁸
del pecar; la virtud es más barata,

1 M1: *sujetos*.

2 Siguió esta lección ESTALA², y con él LISTA, MARCHENA, CASTRO, LA BARRERA y MENÉNDEZ y PELAYO.

S.: Y así aquella que a solo el hombre es dada.

M2 y Ch.: Así aquella que a sólo el hombre es dada.

Adoptó esta otra SEDANO, y, siguiéndole, ESTALA¹.

QUINTANA¹⁻²: Así aquella, que sólo al hombre es dada. Le siguieron MENDÍBIL y SILVELA.

3 M2: De esplendor y rayos coronada.

S.: De esplendor y de luces coronada.

Ch.: De esplendores y rayos coronada.

4 M2 y Ch.: y *callando*.

Y así también SEDANO y ESTALA¹.—ESTALA²: y *callado*, y así ya todos los colectores, sin excepción.

5 S.: *imito*.—CASTRO: *afecto a*.

6 MENDÍBIL y SILVELA suprimen los tercetos 40 y 41.

7 M1 y S.: *dcl*.

8 S.: apenas halla ya a comprar los modos.

Lista: *pueda*.

- ella consigo misma ruega a todos ¹.
- 42 Mísero ² aquel que corre y se dilata
por cuantos son los climas y los mares ³,
perseguidor ⁴ del oro y de la plata!
- 43 Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve,
que no perturben deudas ni pesares.
- 44 Esto tan solamente es cuanto debe
naturaleza al parco ⁵ y al discreto,
y algún manjar común ⁶, honesto y leve.
45. No, porque así te escribo, hagas concepto ⁷
que pongo la virtud en ejercicio:
que aun esto fué difícil a Epitecto ⁸.
- 46 Basta, al que empieza, aborrecer el vicio,
y el ánimo enseñar a ser modesto;
después le será el cielo más propicio.

1 Así M₁ y M₃.

S.: ella consigo misma ruega a todos; lección que siguen LISTA y MENÉNDEZ Y PELAYO.

Ch.: ella consigo mismo ruega a todos.

M₂: ella consigo mismo niega a todos; tal vez por error de copia.

2 S.: *Triste de*.

ESTALA²: *Pobre de*; le siguieron QUINTANA¹⁻², MENDÍBIL Y SILVELA, MARCHENA, LISTA, CASTRO y MENÉNDEZ Y PELAYO.

3 Ch: por cuantos son las climas y las mares.

4 S.: *perseguidos*.

5 Así en todos los manuscritos.

SEDANO: *simple*; le han seguido ESTALA¹, CASTRO y MENÉNDEZ Y PELAYO.

6 S.: *común manjar*.

7 M₃: *conceto*.

8 M₃: *Epiteto*.

- 47 Despreciar el deleite no es supuesto
de sólida virtud; que aun el vicioso
en sí propio¹ le nota de molesto².
- 48 Mas no podrás negarme cuán forzoso³
este camino sea al alto asiento⁴,
morada⁵ de la paz y del reposo.
- 49 No sazona la fruta en un momento
aquella inteligencia que mensura
la duración de⁶ todo a su talento.
- 50 Flor la vimos ayer⁷ hermosa y pura,
luego materia acerba y desabrida,
y sabrosa⁸ después, dulce y madura.
- 51 Tal la humana prudencia⁹ es bien que mida
y compase¹⁰ y dispense las acciones¹¹
que han de ser compañeras de la vida.

1 Ch.: *propio*.

2 S.: en sí mismo le nota y le es molesto.

3 Así M₃ y S.

M₁: Mas no podrás negarme que forzoso.

M₂ y Ch.: Mas no puedes negarme que es forzoso.

La palabra *puedes* no está clara en la copia que tengo de Ch.

4 Así M₁ y M₃.

S.: este ánimo sea al alto asiento.

M₂ y Ch.: este camino para el alto asiento.

5 S.: *morador*.

6 S.: *del*.

7 M₁ y S.: *primero*.

8 M₁ y S.: *perfecta*.

9 M₂ y M₃: *natura*.

10 M₁: *que comparta*.

11 S.: y comparta y *dispierte* las acciones.

- 52 No quiera Dios que siga¹ los varones
que moran nuestras plazas macilentos²,
de la virtud infames histriones ;
- 53 estos inmundos trágicos, atentos³
al aplauso común, cuyas entrañas
son oscuros e infaustos⁴ monumentos.
- 54 ¡ Cuán callada⁵ que pasa las montañas⁶
el aura, respirando mansamente !
¡ Qué gárrula y sonora⁷ por las cañas !
55. ¡ Qué muda la virtud por el prudente !
¡ Qué redundante y llena de ruido
por el vano, ambicioso y aparente !
- 56 Quiero imitar al pueblo en el vestido,
en las costumbres sólo a los mejores,
sin presumir de roto y mal ceñido⁸.
- 57 No resplandezca el oro y las⁹ colores

1 S.: *imite*.

QUINTANA¹: *imite estos*, y le han seguido todos: MENDÍBIL.
y SILVELA, MARCHENA, LISTA, CASTRO, LA BARRERA y MENÉN-
DEZ Y PELAYO.

2 MARCHENA, y , siguiéndole, CASTRO:
que gritan en las plazas macilentos.

3 Así en Mz y Ch.

Mi y M₃: Estos inmundos, trágicos y atentos.

S.: Esos inmundos trágicos, atentos.

4 MI y S.: son infaustos y oscuros monumentos.

SEDANO: Son infectos, y oscuros monumentos; y le siguieron:
ESTALA¹, MARCHENA, LISTA y CASTRO.

5 MI: *callando*.

6 S.: Qué callada que pasa a las montañas.

7 MI y S.: *sonante*.

Así también ESTALA¹, a quien siguen todos los colectores.

8 S.: *deslucido*.

9 MI y S.: *los*.—Así también SEDANO y ESTALA¹.

- en nuestro traje, ni tampoco sea
 igual al de los dóricos cantores.
- 58 Una mediana vida yo posea,
 un estilo ¹ común y moderado,
 que no le note nadie que le vea ².
- 59 En el plebeyo barro mal tostado
 hubo ya quien bebió tan ambicioso
 como en el vaso ³ Múrino ⁴preciado;
- 60 y alguno tan ilustre y generoso
 que usó, como si fuera vil gaveta ⁵,
 del cristal transparente y luminoso.
- 61 Sin la templanza ¿viste tú perfeta ⁶
 alguna cosa? ¡Oh muerte! Ven callada,
 como sueles ⁷ venir en la saeta;

1 M₁: *vestido*.—S.: *estado*.

2 M₁: que no lo note nadie que lo vea.

Así también ESTALA², y, después, todos.

3 Así en M₁ y S.—M₂ y M₃: *barro*.—En la copia que tengo de Ch. no puedo leer con claridad si es *vasso* o *varro*.

4 M₁: *Murrino*.—M₃ y Ch.: *murido*.—S.: *mirrino*.—En M₂ aparece en claro el lugar de la palabra.

SEDANO, ESTALA¹, QUINTANA¹⁻², MENDÍBIL Y SILVELA, LISTA, LA BARRERA Y MENÉNDEZ Y PELAYO: *múrino*.—ESTALA² y MARCHENA: *murino*.

5 M₃: *fuese*.— Los demás manuscritos: *fucra*; y, así, en LISTA.

SEDANO: que usó, como si fuera plata neta; y le siguieron ESTALA¹⁻², QUINTANA¹⁻², MENDÍBIL Y SILVELA, MARCHENA, CASTRO, LA BARRERA Y MENÉNDEZ Y PELAYO.

6 M₁, S. y Ch.: *perfecta*.

ESTALA¹ rehizo este terceto de una manera absolutamente arbitraria.—No menos lo es la interpretación dada por SEDANO al segundo verso del mismo.

7 M₁: *suele*.

- 62 no en la tonante máquina preñada
de fuego y de rumor; que no es mi puerta
de doblados metales fabricada.
- 63 Así, Fabio, me enseña¹ descubierta
su esencia la verdad², y mi albedrío³
con ella se compone y se concierta.
- 64 No te burles de ver cuánto confío,
ni al arte de⁴ decir, vana y pomposa,
el ardor atribuyas de este⁵ brío.
- 65 ¿Es por ventura menos poderosa
que el vicio la verdad? ¿O menos fuerte?⁶
No la arguyas de flaca y temerosa.
- 66 La codicia en las manos de la suerte⁷
se arroja al mar, la ira a las espadas,
y la ambición se ríe de la muerte⁸.

1 M₁ y S.: *muestra*.

CASTRO trae este verso con errata evidente: Así, Fabio, me muestra se cubierta.

2 M₁ y M₃: *virtud*.

3 S.: su esencia la verdad, y el albedrío.

Y así también SEDANO y ESTALA¹.

4 M₂ y Ch.: *del*.

5 M₁, M₂ y Ch.: *deste*.

6 Así en M₃ y S.

Así también SEDANO y ESTALA¹.

M₁: que el vino (*sic*) la virtud, o menos fuerte.

ESTALA², y, siguiéndole, todos:

que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?

S.: que el vicio la virtud? ¿O más fuerte?

7 S.: *muerte*.

8 S.: *suerte*.

Los colectores y LA BARRERA siguen todos, en estos dos versos, la versión de los cuatro manuscritos.

- 67 Y ¿no serán siquiera tan osadas
las opuestas acciones, si las miro¹
de más nobles objetos ayudadas?²
- 68 Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
de cuanto simple amé: rompí los lazos:³
ven y sabrás al grande fin que aspiro⁴,
antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

1 M₂ y Ch.: las acciones opuestas, si las miro.

S.: las contrarias acciones, si las miro.

SEDANO y ESTALA¹:

las opuestas razones, si las miro.

Desde ESTALA², todos, sin excepción:

las opuestas acciones, si las miro.

2 M₁ y S.: de más ilustres genios ayudados; y esta es la lección seguida en todas las colecciones.

En apoyo de la lección adoptada, véase el terceto 36, verso 3.

3 Así M₂, M₃ y Ch.—Me parece mejor la puntuación de M₃, que es la adoptada. La siguen ESTALA¹⁻², QUINTANA², MENDÍBIL Y SILVELA, LA BARRERA y M. Y PELAYO.

M₁: de cuanto simple amé, rompo los lazos.

S.: de cuanto siempre amé, rompí los lazos.

4 Así en M₁ y Ch.

M₃ y S.: ven y verás al grande fin que aspiro.

Siguen esta lección SEDANO y ESTALA¹.

M₂ no tiene este verso.

ESTALA², y, siguiéndole, todos:

ven y verás al alto fin que aspiro.





FRANCISCO DE RIOJA

Sevilla, 1583?—Madrid, 1659.

SILVAS.

II

A LA RIQUEZA.

¡Oh mal seguro bien, oh cuidadosa
riqueza, y cómo a sombra de alegría
y de sosiego engañas!
El que vela en tu alcance y se desvía
del pobre estado y la quietud dichosa,
ocio y seguridad pretende en vano;
pues tras el luengo errar de agua y montañas,
cuando el metal precioso coja a mano,
no ha de ver sin cuidado abrir el día.
No sin causa los dioses te escondieron
en las entrañas de la tierra dura:
mas ¿qué halló difícil y encubierto
la sedienta codicia?
Turbó la paz segura
con que en la antigua selva florecieron
el abeto y el pino,
y trájolos al puerto,

y por campos de mar les dió camino.
Abrióse el mar, y abrióse
altamente la tierra,
y saliste del centro al aire claro,
hija de la avaricia,
a hacer a los hombres cruda guerra.
Saliste tú, y perdióse
la piedad, que no habita en pecho avaro.
Tantos daños, riqueza,
han venido contigo a los mortales,
que, aun cuando nos pagamos a la muerte,
no cesan nuestros males;
pues el cadáver que acompaña el oro,
o el costoso vestido,
sólo por opulento es perseguido;
y el último descanso y el reposo
que tuviera en pobreza, le es negado,
siendo de su sepulcro conmovido.
¡A cuántos armó el oro de cruz,
y a cuántos ha dejado
en el último trance, oh dura suerte!

.....
Al menos animoso,
para que te posea,
das, riqueza, ardimiento licencioso.
Ninguno hay que se vea
por ti tan abastado y poderoso,
que carezca de miedo.
¿Qué cosa habrá de males tan cercada?

Pues ora pretendida, ora alcanzada,
y aun estando en deseos,
pena ocultan tus ciegos devaneos.
Pero cánsome en vano; decir puedo
que si sombras de bien en ti se vieran
los inmortales dioses te tuvieran.

X

AL JAZMÍN.

¡ Oh en pura nieve y púrpura bañado,
jazmín, gloria y honor del cano estío !
¿ Cuál habrá tan ilustre entre las flores,
hermosa flor, que competir presume
con tu fragante espíritu y colores ?
Tuyo es el principado
entre el copioso número que pinta
con su pincel y con su varia tinta
el florido verano.
Naciste entre la espuma
de las ondas sonantes,
que blandas rompe y tiende el Ponto en Chío,
y quizá te formó suprema mano,
como a Venus, también de su rocío :
o, si no es rumor vano,
la misma blanca diosa de Citera,
cuando del mar salió la vez primera,
por do en la espuma el blando pie estampaba
de la playa arenosa,

albos jazmines daba ;
 y de la tersa nieve y de la rosa
 que el tierno pie ocupaba,
 fiel copia apareció en tan breves hojas.
 La dulce flor de su divino aliento
 liberal escondió en su cerco alado :
 hizo inmortal en el verdor tu planta,
 el soplo la respeta más violento
 que impele, envuelto en nieve, el cierzo cano,
 y la luz más flamante
 que Apolo esparce altivo y arrogante.
 Si de suave olor despoja ardiente
 la blanca flor divina,
 ya amenaza a su cuello ya a su frente,
 cierta y veloz ruina,
 nunca tan licencioso se adelanta
 que al incansable suceder se opone
 de la nevada copia,
 que siempre al mayor sol igual florece,
 e igual al mayor hielo resplandece.
 ¡ Oh jazmín glorioso !
 tú sólo eres cuidado deleitoso
 de la sin par hermosa Citerea,
 y tú también su imagen peregrina.
 Tu cándida pureza
 es más de mí estimada
 por nueva emulación de la belleza
 de la altiva luz mía,
 que por obra sagrada

de la rosada planta de Dione:
a tu excelsa blancura
admiración se debe
por imitar de su color la nieve,
y a tus perfiles rojos
por emular los cercos de sus ojos.
Cuando renace el día
fugoso en oriente,
y con color medroso en occidente
de la espantable sombra se desvía,
y el dulce olor te vuelve
que apaga el frío y que el calor resuelve,
al espíritu tuyo
ninguno habrá que iguale,
porque entonces imitas
al puro olor que de sus labios sale.
¡Oh! corona mis sienes,
flor, que al olvido de mi luz previenes.

XI

A LA ROSA.

Pura, encendida rosa,
émula de la llama
que sale con el día,
¿cómo naces tan llena de alegría,
si sabes que la edad que te da el cielo
es apenas un breve y veloz vuelo?
Y ni valdrán las puntas de tu rama,

ni púrpura hermosa,
a detener un punto
la ejecución del hado presurosa.
El mismo cerco alado
que estoy viendo riente,
ya temo amortiguado,
presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
te dió Amor de sus alas blandas plumas,
y oro de su cabello dió a tu frente.
; Oh fiel imagen suya peregrina!
Bañóte en su color sangre divina
de la deidad que dieron las espumas.
¿Y esto, purpúrea flor, esto no pudo
hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
róbate lilencioso su ardimiento
el color y el aliento;
tiendes aun no las alas abrasadas,
y ya vuelan al suelo desmayadas:
tan cerca, tan unida
está al morir tu vida,
que dudo si en sus lágrimas la aurora
mústia, tu nacimiento o muerte llora.

SONETOS.

VII.

AL GUADALQUIVIR.

Otro tiempo profundo y dilatado
te vi correr, ¡oh sacro hesperio río!
Y ya te ciñe el abrasado estío,
y tu luciente mármol seca airado.

Triste pensaba yo, nunca sobrado
sentir tal vez el ardimiento mío;
o helase al Tánais el invierno frío,
o regalase el sol su curso helado.

Pero si tú, gran lustre de occidente,
Betis, siendo deidad, del inhumano
tiempo la vez y sientes la crueza,
no desespero de mi ardor insano
vuelta ver en ceniza la grandeza
mientras Febo rayare en oriente.

XXV.

¿Date en qué ejercitar el sufrimiento
y la grandeza de ánimo fortuna,
¿y desmayas así? Ocasión alguna
menospreciar debieras de tormento.

¿Sabes que es infelice el siempre exento
de padecer debajo de la luna?
¿Qué un mal sufrido, y aspereza una

número da entre dioses y alto asiento?

Mira cómo del hierro y la herida
la mal derecha vid orna su frente
con verde veste, y con purpúrea gloria.

Pues la ínclita Sagunto, por sufrida,
más que a sus fuertes muros y a su gente,
debe a la adversidad su alta memoria.

XXIX.

A LAS RUINAS DE LA ATLÁNTIDA.

A don Juan de Fonseca y Figueroa.

Este mar que de Atlante se apellida,
en inmensas llanuras extendido,
que a la tierra amenaza embravecido,
y ella tiembla a sus olas impelida;
cubre, don Juan, la parte más lucida
del orbe, y yace envuelta en alto olvido:
vivir el nombre apenas ha podido,
y fué mayor que el Africa encendida.

En un sol y una sombra esta grandeza
la agua cubrió; di ¿y temes alterado
de tus males eterna la aspereza?

¡Oh cuán cerca te juzgo de engañado
si temes a los ímpetus firmeza!
Que todo huye como viento airado.

A ITÁLICA.

Estas ya, de la edad, canas ruinas,
que aparecen en puntas desiguales,
fueron anfiteatro, y son señales
apenas de sus fábricas divinas.

¡Oh, a cuán mísero fin, tiempo, destinadas
obras que nos parecen inmortales!
Y temo, y no presumo, que mis males
así a igual fenecer los encaminas.

A este barro, que llama endureciera,
y blanco polvo humedecido atara,
¡cuánto admiró y pisó número humano!

Y ya el fausto y la pompa lisonjera
de pesadumbre tan ilustre y rara
cubre yerba, y silencio, y horror vano.





ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS

Matute (Logroño), 1589 —Nájera (Logroño), 1669.

ODA XIV

A LA MUERTE DE GARCILASO.

Si al apacible viento,
eterno huésped de este prado umbrío,
regalado instrumento,
dulce tal vez, y secretario mío,
hemos cantado a solas,
tú, dulces ojos, yo, sangrientas golas,
 ea, de aquel famoso,
de aquel ilustre mayoral cantemos,
que con pie generoso
pisó del Tajo márgenes y extremos,
hasta que la Garona
le vió blandir las armas de Belona.
 ¡ Cuán cubierto de acero
el Aquitano conoció sus bríos
en el asalto fiero,
y desatando manantiales ríos
de galicanas venas,

murallas inundó, coloró almenas!

Mas luego que al sosiego
del trance duro retiraba el brazo,
Venus le ardía en fuego,
dócil al yugo, fácil al regazo,
y él cantaba su espuma
tomando, ora la espada, ora la pluma;
así como solía

al ampararse de su voz postrera
el cisne, que a porfía
aguas paró del Istro en la ribera,
que fueron a sus males
rocas de hielo o hielos de cristales.

Bien lo dirá la fuente,
dígalo amor también, que amor lo sabe,
si cuando en su corriente
cantando a veces tierno, a veces grave,
maldijo su fatiga
y el casto engaño de su dulce amiga.

Mas ¡ay! detente un poco,
detente, lira, pues, que aquí Salicio
desalentado y loco,
cuerdo en perder entonces el juicio,
también paró su canto,
colgó su lira y empezó su llanto.

CANTILENAS.

VII

DE UN PAJARILLO.

Yo vi sobre un tomillo
quejarse un pajarillo,
viendo su nido amado,
de quien era caudillo,
de un labrador robado.
Vile tan congojado
por tal atrevimiento
dar mil quejas al viento,
para que al cielo santo
lleve su tierno llanto,
lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
esforzando el intento,
mil quejas repitia;
ya cansado callaba,
y al nuevo sentimiento
ya sonoro volvía;
ya circular volaba,
ya rastrero corría:
ya, pues, de rama en rama,
al rústico seguía,
y, saltando en la grama,
parece que decía:

—“¡ Dame, rústico fiero,
mi dulce compañía!”;
y a mí que respondía
el rústico: —“¡ No quiero!”

XXXIV

A SUS AMIGOS.

Ya de los altos montes
las encumbradas nieves
a valles hondos bajan
desesperadamente.
Ya llegan a ser ríos
las que antes eran fuentes,
corridas de ver mares
los arroyuelos breves.
Ya las campañas secas
empiezan a ser verdes,
y porque no beodas,
aguadas enloquecen.
Ya del Liceo monte
se escuchan los rabeles,
al paso de las cabras
que Titiro defiende.
Pues, ea, compañeros,
vivamos dulcemente,
que todas son señales
de que el verano viene.
La cantimplora salga,

la cítara se temple,
y beba el que bailare
y baile el que bebiere.

ANACREÓNTICAS.

II

DE LA LIRA.

Quiero cantar de Cadmo,
quiero cantar de Atridas:
mas ¡ay! que de amor solo
sólo canta mi lira.
Renuevo el instrumento,
las cuerdas mudo aprisa;
pero si yo de Alcides,
ella de amor suspira.
Pues, héroes valientes,
quedaos desde este día,
porque ya de amor solo
sólo canta mi lira.

X

A UNA PALOMA.

Amada palomilla,
¿de dónde, di, u adónde
vienes con tanta priesa,
vas con tantos olores?

¿Pues a ti qué te importa?
Sabrás que Anacreonte
me envía a su Batilo,
señor de todo el orbe.
Que como por un himno
me mancipó Dione,
nombróme por su paje
y él por tal recibíome.
Suyas son estas cartas,
suyos estos renglones,
por lo cual me promete
libertad cuando torne.
Pero yo no la quiero
ni quiero que me ahorre;
porque ¿de qué me sirve
andar cruzando montes,
comer podridas vacas
ni pararme en los robres?
A mí, pues, me permite
el mismo Anacreonte
comer de sus viandas,
beber de sus licores;
y cuando, bien brindada,
doy saltos voladores,
le cubro con mis alas
y él dulce las acoge.
Su cítara es mi cama,
sus cuerdas mis colchones,
en quien suavemente

duermo toda la noche.
Mi historia es ésta, amigo ;
pero queda a los dioses,
que me has hecho parlera
más que graja del bosque.

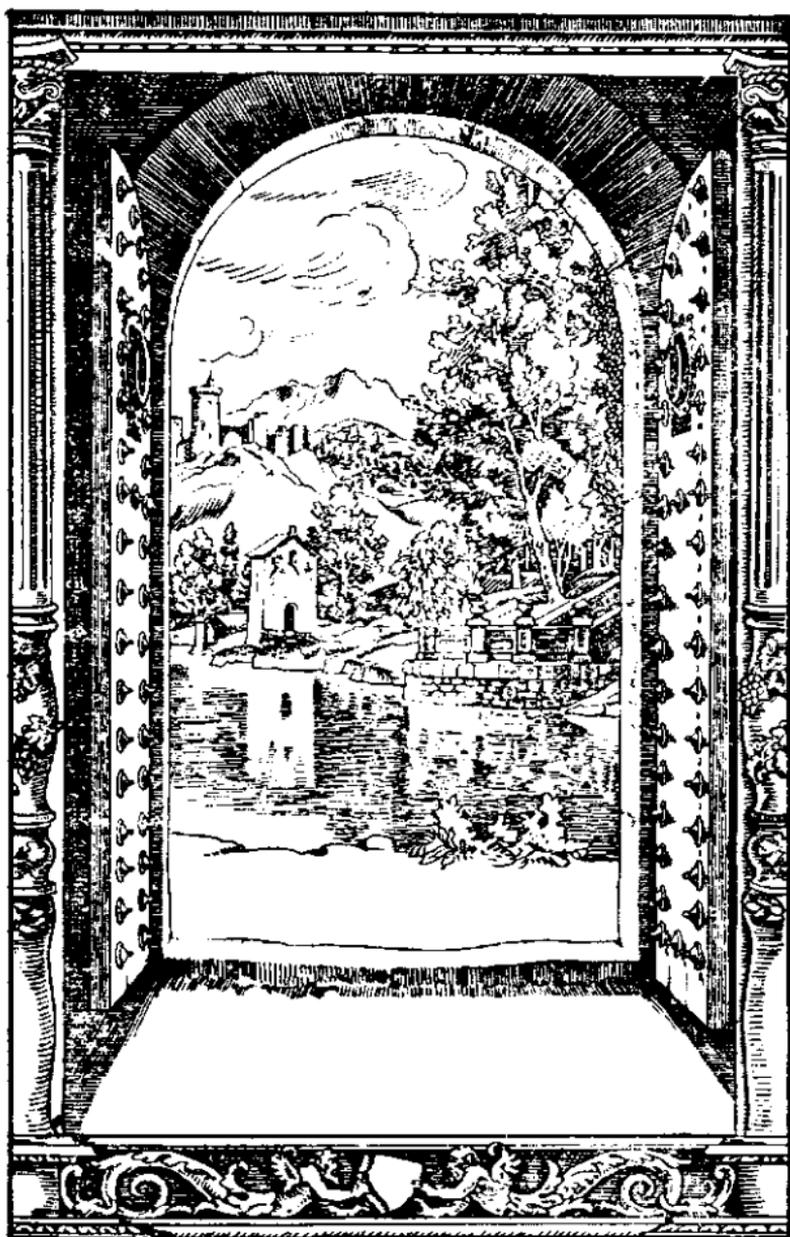
SÁFICOS.

Dulce vecino de la verde selva,
huésped eterno del abril florido,
vital aliento de la madre Venus,
céfiro blando ;
si de mis ansias el amor supiste,
tú, que las quejas de mi voz llevaste,
oye, no temas, y a mi ninfa dile,
dile que muero.

Filis un tiempo mi dolor sabía,
Filis un tiempo mi dolor lloraba ;
quísome un tiempo, mas agora temo,
temo sus iras.

Así los dioses con amor paterno,
así los cielos con amor benigno,
nieguen al tiempo que feliz volares
nieve a la tierra.

Jamás el peso de la nube parda,
cuando amenace la elevada cumbre,
toque sus hombros, ni su mal granizo,
hiera tus alas.





INDICE

PÁGS.

GARCILASO DE LA VEGA

Egloga primera. Salicio, Nemoroso.....	5
Canción quinta. A la flor de Gnido.....	20
Sonetos:	
X. <i>¡Oh dulces prendas por mi mal halladas...</i>	26
XVII. <i>Pensando que el camino iba derecho.....</i>	27
XXXVI. <i>A la entrada de un valle, en un desierto.....</i>	27
Canción VIII. <i>Nadie puede ser dichoso.....</i>	28

GUTIERRE DE CETINA

Madrigales:	
I. <i>Ojos claros, serenos.....</i>	29
II. <i>Cubrir los bellos ojos.....</i>	29
Sonetos:	
XCII. <i>¿En cuál región, en cuál parte del suelo?.....</i>	30
CX. <i>Golfo de mar con gran fortuna airado.....</i>	30
CXV. <i>Horas alegres que pasáis volando.....</i>	31

CRISTÓBAL DE CASTILLEJO.

Contra los que dejan los metros castellanos y siguen los italianos.....	32
Sueño.....	40

FRAY LUIS DE LEÓN

Vida retirada.....	43
A Francisco Salinas.....	49
Profecía del Tajo.....	50
Noche serena.....	54
A Felipe Ruiz.....	56
En la Ascensión.....	59
Morada del cielo.....	60

INDICE

	PÁGS.
Décima.....	61
Sonetos:	
III. <i>Agora con la aurora se levanta</i>	62
IV. <i>¡Oh cortesía, oh dulce acogimiento!</i>	62
Horacio. Oda II. <i>Beatus ille</i>	63
Imitación de Petrarca.....	65
Salmos:	
I. <i>Beatus vir</i>	68
XVIII. <i>Coeli enarrant</i>	69
CIII. <i>Benedic, anima mea</i>	70
FRANCISCO DE LA TORRE	
La cierva.....	74
Sonetos:	
<i>¡Cuántas veces te me has engalanado</i>	77
<i>Esta es, Tirsis, la fuente do solía</i>	77
Endechas:	
<i>El pastor más triste</i>	78
<i>Viuda sin ventura</i>	79
FERNANDO DE HERRERA	
Canciones:	
Por la Vitoria de Lepanto.....	83
Por la pérdida del rey don Sebastián.....	90
Sonetos:	
A los que murieron en Africa con el rey don Sebastián.....	94
A Carlos Quinto Emperador.....	95
En la muerte de la Condesa de Gelves.....	95
<i>Rojo sol que, con hacha luminosa</i>	96
Por la Vitoria de Lepante.....	96
A don Juan de Austria, en su muerte.....	97
A las ruinas de Itálica.....	97
A Sevilla.....	98
GASPAR GIL POLO	
Soneto. <i>Arenoso, desierto y seco prado</i>	99
Canción de Nerea.....	99
Canción de Sireno.....	105

INDICE

	PÁGS.
SAN JUAN DE LA CRUZ	
Canciones del Alma:	
I. <i>En una noche oscura</i>	111
II. <i>¿Adónde te escondiste?</i>	112
Canción de Cristo y el alma.....	120
Coplas del alma que pena por ver a Dios.....	121
ANÓNIMO	
A Cristo Crucificado. Soneto.....	124
BALTASAR DEL ALCÁZAR	
Una cena.....	126
Canción. <i>Tres cosas me tienen preso</i>	130
Vida del autor en la vejez.....	131
A Inés. <i>Oyeme, así Dios te guarde</i>	133
Epigramas.....	133
Diálogo entre dos perrillos.....	135
Madrigal.....	137
ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA	
De <i>La Araucana</i> (fragmentos):	
Descripción de la provincia de Chile y Estado de Arauco, con las costumbres y modos de guerra de sus naturales.....	139
Discurso de Colocolo para calmar la discordia surgida entre los caciques de Arauco con motivo de la elección de capitán para luchar contra los españoles.....	150
Lincoya y Caupolicán vencen a todos los caciques que han intentado la prueba propuesta por Colocolo para elegir capitán del ejército araucano.....	152
Hazañas del araucano Rengo y del europeo Andrea.....	156
Descripción de la cueva del hechicero Titón y de las cosas que en ella había.....	162
LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA	
Canción II. A la esperanza.....	165
Sonetos:	
V. Al sueño.....	167

INDICE

	PÁGS.
XXXVI. La edad madura de un enamorado.....	168
XLV. Llevó tras sí los pámpanos octubre.....	168
L. Tras importunas lluvias amanece.....	169
BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA	
:Sonetos :	
LXXI. "Dimc, Padre camún, pues eres justo.....	170
LXXIX. Fabio, pensar que el Padre soberano.....	170
LXXXIX. Si quieres conservarte, Lauso, evita.....	171
XXI. Carlos, ni pretensión ni gloria fundo.....	172
XLII. En abismos poner los fundamentos.....	172
En fin, en fin, tras tanto andar corriendo.....	173
Estancia. Ajeno de razón, de mí olvidado.....	173
Epigramas.....	174
JUAN DE ARGUIJO	
Sonetos :	
IX. Al Guadalquivir en su avenida.....	176
XII. Las estaciones.....	176
XVII. La avaricia.....	177
XVIII. Ulises.....	178
XXVII. La tempestad y la calma.....	178
XXXIV. A Julio César, mirando la cabeza de Pompeyo.....	179
LIX. En segura pobreza vive Eumclo.....	179
A la vihuela.....	180
LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE	
Canción VIII. Corcilla temerosa.....	183
Letrillas :	
IV. No son todos ruiñeñores.....	185
XII. Ande yo caliente.....	186
XLVI. Con el son de las hojas.....	188
LV. Aprehended, flores, de mí.....	189
Romances :	
V. Servía en Orán al Rey.....	191
VI. Entre los sueltos caballos.....	193
IX. Los rayos te cuenta al sol.....	197
XII. La más bella niña.....	198
XIV. Angélica y Medoro.....	200

INDICE

	PÁGS.
XL. <i>Amarrado a un duro banco</i>	205
LXIII. <i>Hermana Marica</i>	206
<i>Por una negra señora</i>	209
Sonetos:	
XLIV. <i>Mientras por competir con tu cabello</i>	210
LXXXII. <i>A la tela de justar de Madrid, que la sa-</i> <i>caron al campo</i>	211
CII. <i>Al sepulcro de Dominico Greco, excelen-</i> <i>te pintor</i>	212
Las Soledades.....	212

FÉLIX LOPE DE VEGA Y CARPIO

Canción. <i>¡Oh libertad preciosa</i>	214
Idilio.....	220
Epístola. <i>A un avaro, exhortándole a ser liberal</i>	221
Sonetos:	
<i>Adonde quiera que su luz aplican</i>	223
<i>Un soneto me manda hacer Violante</i>	223
<i>Yo dije siempre, y lo diré, y lo digo</i>	224
<i>Céfiro blando, que mis quejas tristes</i>	224
<i>El pastor que en el monte anduvo al hielo</i>	225
<i>Hija del tiempo, que en el siglo de oro</i>	225
<i>Daba sustento a un pajarillo un día</i>	226
<i>Con pálido color, ardiendo en ira</i>	226
<i>¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras</i>	227
<i>Pastor, que con tus silbos amorosos</i>	227
<i>Temores en el favor</i>	228
Romances:	
<i>A mis soledades voy</i>	229
<i>Corría un manso arroyuelo</i>	232
<i>La barquilla</i>	235
Endechas:	
<i>Si queréis</i>	240
<i>Norabuena vengáis al mundo</i>	241
<i>Zagalejo de perlas</i>	243
Villancico. <i>Las pajas del pesebre</i>	244
Cantarcillo. <i>Pues andáis en las paimas</i>	246

INDICE

	PÁGS.
FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS	
Al Sueño.....	248
Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes de los castellanos, escrita al Conde-Duque de Olivares.....	251
Sonetos:	
A Roma sepultada en sus ruinas.....	258
Memoria inmortal de don Pedro Girón, duque de Osuna, muerto en la prisión.....	259
A un amigo que retirado de la corte pasó su edad...	260
Conoce la diligencia con que se acerca la muerte y procura conocer también la conveniencia de su vida, y aprovecharse de su conocimiento.....	261
Enseña cómo todas las cosas avisan de la muerte...	261
A una nariz.....	262
Un valentón.....	263
Letrilla. <i>Rosal, menos presunción</i>	264
Letrilla satírica. <i>Poderoso caballero</i>	265
Boda y acompañamiento del campo.....	267
Suceso que aunque parece de conseja fué verdadero.....	270
Procura enmendar el abuso de las alabanzas de los poetas.	272
Pendencia mosquito. Jácara.....	275
RODRIGO CARO	
A las ruinas de Itálica. Canción.....	280
A la villa de Carmona. Silva.....	302
¿ANDRÉS FERNÁNDEZ DE ANDRADA?	
Epístola moral.....	307
FRANCISCO DE RIOJA	
Silvas:	
II. A la riqueza.....	330
X. Al jazmín.....	332
XI. A la rosa.....	334
Sonetos:	
VII. Al Guadalquivir.....	336
XXV. <i>Date en qué ejercitar el sufrimiento</i>	336

INDICE

	PÁGS.
XXIX. A las ruinas de la Atlántida.....	337
A Itálica.....	338
ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS	
Oda XIV. A la muerte de Garcilaso.....	339
Cantilenas:	
VII. De un pajarillo.....	341
XXXIV. A sus amigos.....	342
Anacreónticas:	
II. De la lira.....	343
X. A una paloma.....	343
Sáficos.....	345
INDICE.....	349



